

2011

LETRA

112

7 euros

INTERNACIONAL



**YO SOY
UNA NOVELA**

Jorge Volpi

**NO HE RENUNCIADO
A NADA**

Margarita Salas
Rosa Pereda

**NEOPOPULISMO
EN EUROPA**

Josep Borrell
Werner A. Perger
René Cuperus
Ann Catherine Jungar
Torcuato Di Tella

Jean Meyer • Juan Ignacio Macua • Carlos García Santa Cecilia
Alberto Sucasas • Juan Ángel Juristo • Íñigo García Ureta • Matías Néspolo
Jordi Gracia • Paula Izquierdo • Toni Montesinos • Alejandra Díaz Ortiz



5-7
OCTUBRE
2011



Liber

Feria Internacional del Libro

ORGANIZA



IFEMA
Feria de Madrid

TU ENCUENTRO



PATROCINADORES:



GOBIERNO DE ESPAÑA

MINISTERIO DE CULTURA



GOBIERNO DE ESPAÑA

MINISTERIO DE INDUSTRIA, TURISMO Y COMERCIO

ICEX



La Suma de Todos

Comunidad de Madrid

www.madrid.org



CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS REPROGRÁFICOS



Asociación de Editores Madrid

Dos culturas, una raíz

PROMUEVE:



FEDERACIÓN DE GREMIOS DE EDITORES DE ESPAÑA



PAÍS INVITADO:

RUMANÍA

www.liber.ifema.es

LINEA IFEMA

LLAMADAS DESDE ESPAÑA

INFOIFEMA

EXPOSITORES

902 22 15 15

902 22 16 16

LLAMADAS INTERNACIONALES (34) 91 722 30 00

liber@ifema.es

LETRA¹¹² INTERNACIONAL

FUNDADOR

Antonin J. Liehm

DIRECTOR

Salvador Clotas

SUBDIRECTOR

Manuel Ortuño Armas

COORDINADORA

Rosa Pereda

SECRETARIA DE REDACCIÓN

Mercedes García Lenberg

CONSEJO DE REDACCIÓN

Victoria Camps, Luis Goytisolo,
Jon Juaristi, Ludolfo Paramio,
Carlos Piera, Josep Ramoneda

LETRA INTERNACIONAL ES MIEMBRO DE



Esta revista ha recibido una ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades de España para la totalidad de los números del año.



Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades de España para la totalidad de los números del año.

LETRA INTERNACIONAL

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
28010 Madrid.
Teléf.: 913 104 696 - 913 104 313
Fax: 913 194 585
editorial@fpabloiglesias.es
www.fpabloiglesias.es

DISEÑO Y MAQUETACIÓN
Torre de Babel, S.L.

REALIZACIÓN GRÁFICA
Egraf, S.A.

CIF n.º G-28667061
Depósito Legal: M-4655-1986
ISSN 0213-4721

OTOÑO 2011

ÍNDICE

-
- **Jean Meyer**
Memoria de Libia 2
 - **Jorge Volpi**
Yo soy una novela 8
 - **Juan Ignacio Macua**
Unos apuntes sobre el fin del arte 14

NEOPOPULISMO EN EUROPA

-
- **Josep Borrell**
La izquierda ante la amenaza neopopulista 32
 - **Werner A. Perger**
Neopopulismo de derechas en Austria y Alemania 43
 - **René Cuperus**
Implacables con el neopopulismo y sus causas 49
 - **Ann Catherine Jungar**
Las tres olas del populismo nórdico 57
 - **Torcuato Di Tella**
Neopopulismo europeo y movilizacionismo latinoamericano 64
-
- **Margarita Salas y Rosa Pereda**
«No he tenido que renunciar a nada» 72

LOS LIBROS

-
- **Carlos García Santa Cecilia** (Paul Preston); **Alberto Sucasas** (Reyes Mate); **Juan Ángel Juristo** (Nikola Tesla); **Íñigo García Ureta** (Mario Muchnik); **Matías Néspolo** (Carlos Fuentes); **Jordi Gracia** (José Félix Tezanos); **Paula Izquierdo** (Íñigo García Ureta); **Toni Montesinos** (Eva Díaz Pérez); **Alejandra Díaz Ortiz** (Guillermo Fadanelli). 78

CORRESPONDENCIA

-
- **Juan Ángel Juristo** 94

Memoria de Libia

Jean Meyer

BREVE REPASO HISTÓRICO

Libia aparecía pocas veces en los medios de comunicación hasta que resultó afectada por la pronta caída de los dirigentes de sus dos países vecinos, Túnez y Egipto. Incluso en ese momento, cuando la agitación se propagaba en el Medio Oriente, los expertos afirmaban que en Libia no pasaría nada porque el coronel Muamar Gadafi tenía todo perfectamente controlado. Se equivocaban, precisamente, porque en los 40 años anteriores habían identificado siempre a Libia con su jefe; agitador desordenado para unos, genial campeón del arabismo y del tercermundismo para otros, además de ser indispensable y hábil rector de una milagrosa renta petrolera para Europa y Estados Unidos. La extravagancia del joven coronel, su responsabilidad en dos atentados aéreos, su apoyo a todas las guerrillas del mundo aparecían durante unos días en la primera plana de los periódicos y ya. Hace más de dos meses (escribo el 28 de abril de 2011) que la OTAN bombardea Libia para provocar la caída o la muerte de Gadafi. Podemos apostar que si lo logra, Libia volvería a caer muy pronto en la inexistencia internacional, con todo su petróleo, sus seis millones de habitantes y su millón setecientos mil kilómetros cuadrados de desierto, o casi desierto.

La personalidad del coronel y su arte para conseguir muchas cosas con el petróleo explican el gran papel que Libia ha tenido en las relaciones internacionales desde la revolución de 1969, la cual puso fin a una efímera monarquía nacida en 1951.

Durante más de diez años, la monarquía vivió de la renta de bases militares a los americanos y a los ingleses. Las grandes compañías conocían la existencia



Avelino Sala
Standstill # 3
2011

de petróleo en Libia pero empezaron a sacarlo, realmente, a partir de 1964 - 1965. De un momento a otro Libia se volvió un país rico gracias a la relación muchos petrodólares / pocos habitantes (quizá dos millones en 1951). El viejo y pacífico monarca empleó bien esa renta para desarrollar el país y mejorar el nivel de vida de la población; después de la desastrosa guerra de los Seis Días (1967), desastrosa para los países árabes, ayudó a Egipto y a Jordania. Entonces, ¿por qué cayó?

La renta petrolera hubiera permitido poner fin al alquiler de las bases militares a los anglosajones que ayudaron a Israel en dicha guerra; no haberlo hecho antes de la guerra golpeó duramente la legitimidad del régimen, considerado por los libios como cómplice (involuntario) de Israel.

Es cuando surge el personaje del entonces capitán Muamar Gadafi. A sus 27 años el joven oficial era producto del modernismo árabe. Por sus orígenes era beduino, hijo del desierto, criado en el recuerdo de la resistencia del pueblo libio contra Italia (1911-1943), pero por sus estudios y su opción por la carrera militar, se había vuelto un tecnócrata militar, sobre el modelo de los «oficiales libres» de Nasser.

Al tomar el poder con un golpe seco, sin derramamiento de sangre, Gadafi creía que el petróleo le daría la posibilidad de realizar su proyecto árabe de liberación y unificación, el proyecto de un Nasser que adoraba. Sin embargo, con todo y la inesperada alza formidable de los precios del petróleo, no pudo realizar su ambición. Nasser murió en 1970, su sucesor Anuar al Sadat rechazó la unión que le ofrecía Gadafi, no le permitió participar en la guerra del Kippur (1973) y abandonó a los palestinos. Además, Arabia Saudita y sus aliados del Golfo desconfiaban del «oficial libre»: partidario del «socialismo árabe antiimperialista» y seguían en su alianza con Estados Unidos.

Unos Estados Unidos bastante molestos porque, tan pronto como tomó el poder, Gadafi había cerrado las bases inglesas y norteamericanas.

Huérfano de Nasser, Gadafi se vuelve «el jinete del Apocalipsis»: apoya la lucha palestina contra Israel y sus aliados, directa e indirectamente se le relaciona con el terrorismo (financia y arma a ETA, al IRA, a los nacionalistas corsos, etc.), participa en la guerra con Francia en el Chad vecino, establece la alianza con la URSS, algo que lleva al presidente Ronald Reagan a ordenar el bombardeo de la residencia de este «perro loco» (así lo llama) que quiere matar (1986). La *perestroika* no es una ayuda para Gadafi, quien ha comprado a la URSS enormes arsenales, pero sigue subvencionando en el mundo entero periódicos, partidos, sindicatos y guerrillas (en Centroamérica, por ejemplo, además de que jóvenes católicos mexicanos, recibidos en Trípoli con todos los honores, se llevan maletas llenas de dólares para comprar armas para el Frente Farabundo Martí). Como respuesta al ataque estadounidense el líder libio comete el error de destruir dos aviones civiles: el vuelo 103 de PANAM en 1988 y el 772 de UTA en 1989.

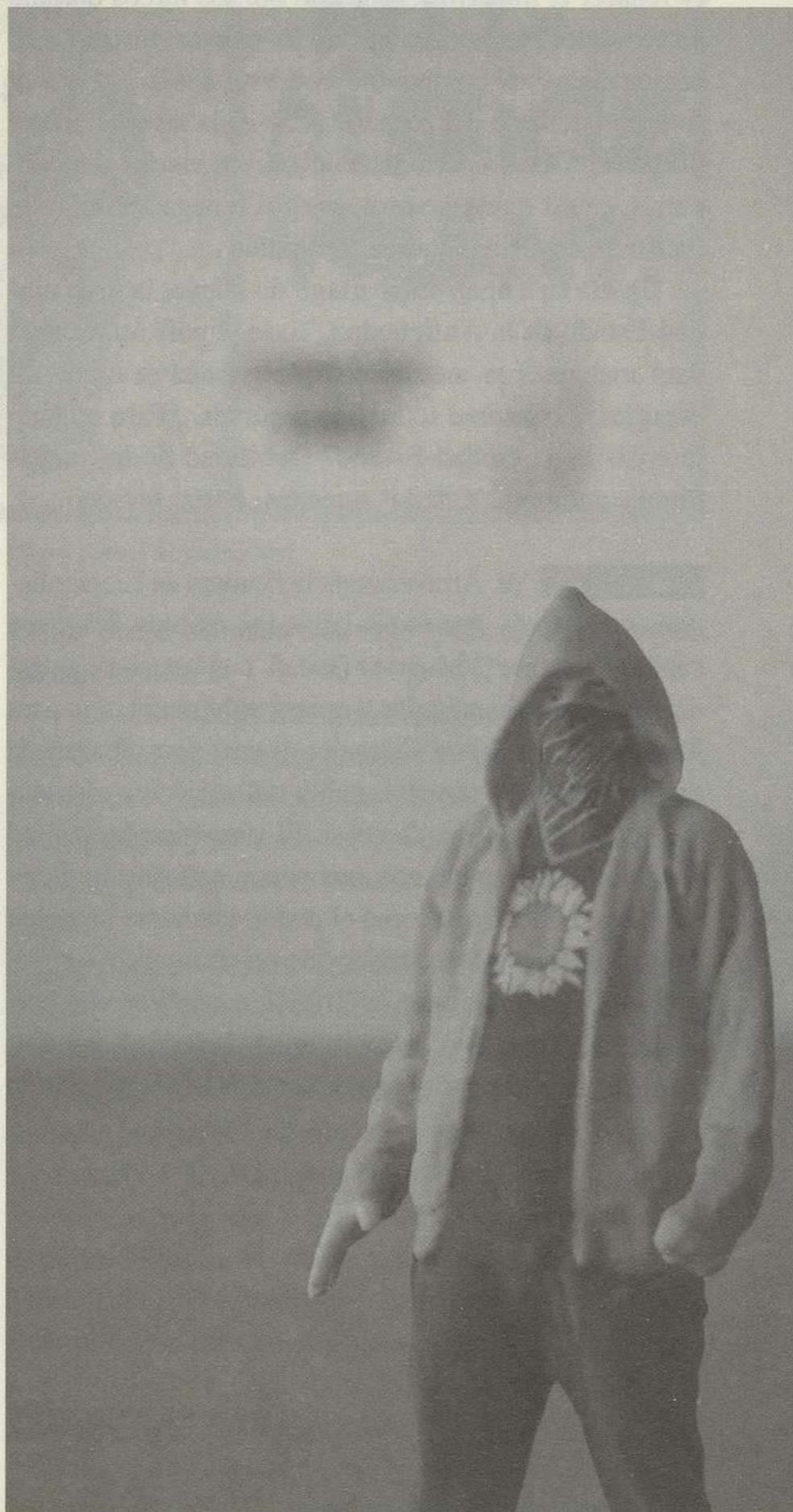
De manera muy normal, a la hora de la primera guerra del Golfo (1991), apoya a Sadam Hussein y logra recuperar sus posiciones en el Chad. La invasión de Irak y la derrota de Sadam Hussein no lo toman desprevenido, porque inmediatamente después de los atentados del 11 de septiembre 2001, cometidos por Al Qaeda, había puesto sus servicios de seguridad a disposición de Estados Unidos: les dieron información muy valiosa en la lucha contra el terrorismo. Al Qaeda era un enemigo para Gadafi desde los años 90, cuando organizó un levantamiento en Bengasi, una rebelión armada islámica que fue duramente aplastada. Logra la reconciliación con Europa, Estados Unidos y todos los gobiernos se precipitan para participar en el banquete petrolero entre 2005 y 2010.

En todos esos años, Gadafi había gastado mucho dinero en grandes obras públicas, algo que no se puede negar. Al mismo tiempo, los libios conocían un nivel de vida muy superior al de cualquier habitante de África y de Oriente Medio. Este empleo positivo de los petrodólares desestabilizó a la sociedad, con una urbanización acelerada: Trípoli tiene casi dos millones de habitantes y Bengasi un millón doscientos mil. Se creó una clase media próspera, unas masas mantenidas en forma de clientela, y un subproletariado de trabajadores inmigrados, venidos de diversos puntos de África

(entre ellos, Egipto), y Asia (Filipinas, Pakistán, India y China). Además de los seis millones de libios, en febrero de 2011 había un millón trescientos mil extranjeros: la mitad huyó de la guerra en marzo y abril. Dato importante: el 40% de la población tiene menos de 20 años.

Y de repente, en marzo de 2011, para algunos dirigentes occidentales el amigo, el aliado Gadafi, volvió a su situación de *mad dog*.

Todos pensaban que iba a caer en unos días y una vez más sorprende, ahora con su resistencia.



Avelino Sala Standstill # 1 2011

UN SALTO HACÍA ATRÁS

Recorrí Libia en el verano de 1970, desde la frontera tunecina hasta la de Egipto, siguiendo la costa, sin entrar al inmenso desierto. En una pequeña libreta verde —Muamar Gadafi aún no dictaba su Libro Verde— garabateé unos apuntes que transcribo tal cual.

1 DE JULIO En el barco de Marsella a Túnez. El panarabismo, la *ummah*, la antigua comunidad con la cual sueñan los pueblos árabes despertados por Nasser, ¿no es rehacer el imperio regentado por los turcos durante cinco siglos? ¿Quiénes serán lo nuevos turcos? ¿El nacionalismo es compatible con este sueño? ¿Será el futuro un retorno del pasado? ¿Eso es la revolución del día de hoy? Un imperio islámico cuyos visires son cristianos, cuyos marineros son griegos renegados del cristianismo, cuyos banqueros son judíos...

Un día en Túnez. Es Cartago de nuevo, la gran ciudad-Estado de la Antigüedad. Todo el país útil trabaja para mantener la metrópolis que concentra todas las energías y consume todos los recursos. ¿Para cuándo la crisis de la ciudad-Estado? Debilidad de las megalópolis antiguas. Y de las nuestras. París, México...

6 DE JULIO Ya. Atravesamos la frontera de Libia y llegamos a Trípoli. Por todos lados los retratos del joven capitán (¿coronel?) Muamar Gadafi, cuya existencia desconocía. Mi guía en inglés y en tres volúmenes, uno para Tripolitana, otro para Cirenaica y otro para Fezzan, la antigua Phaisana romana, habla del viejo rey, descendiente de los famosos Senussi. El simpático Mohamed G., natal de Misurata, nos cuenta con entusiasmo quién es el joven oficial que tomó el poder, mediante un golpe seco, sin muertos, hace menos de un año.

Nos lleva al mercado de Trípoli, nos ofrece una horchata (se dice «luz»); compro unos chalecos bordados. Café turco en el puerto. Mohamed nos invita a cenar en

casa de unos amigos, todos de Misurata, menos Habib, que es de Sirte, y pertenece a la tribu de Gadafi. «¿Franceses? ¡Qué viva De Gaulle!»: exactamente como cuando llegué a México en 1965, son más «gaullistes» que los franceses, que corrieron al general hace un año.

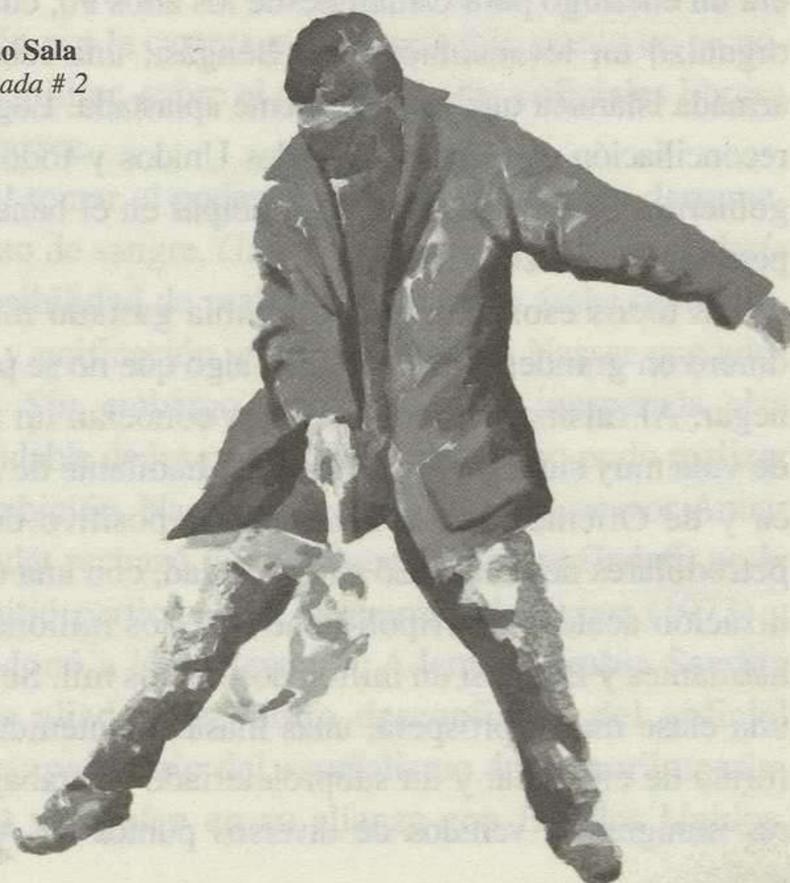
Hablamos en inglés. Mohamed quiere ir a Estados Unidos para aprender a pilotar aviones. (Comentario de 2011: lo hizo, se casó con una estadounidense y se quedó en Huntsville.)

7, 8, 9 DE JULIO Acampamos en la playa en Sabrata, un sitio arqueológico romano monumental. El teatro que deja ver el mar al fondo es una locura. Bernard, con su arpón, saca pescado para cada comida y la gente nos regala melones y sandías.

10 DE JULIO Pasamos el día en Trípoli, pero todas las oficinas están cerradas porque es viernes. Señoras italianas mayores salen de la misa de 11 en la catedral. Parece que hay todavía muchos italianos, que los libios les han perdonado el colonialismo. Cena en casa del simpático Abd-ul Wahad.

11 DE JULIO Todo el día en Lebda, la antigua, famosa y enorme Leptis Magna, cuyo esplendor me llena de entusiasmo. Tomo fotografías como loco, en blanco y negro y transparencias a colores. Aquí nació el futuro emperador Séptimo Severo. Creo que es una de las ciudades romanas más monumentales de toda África. Un foro inmenso, una basílica impresionante, termas, calles y calles según un plano geométrico, construcciones bizantinas con iglesias. El guía que nos ofrece un té

Avelino Sala
Barricada # 2
2011



caliente, nos dice que los italianos se llevaron muchas estatuas a Roma. Leptis Magna me impresiona más que Pompeya, que conocí en 1961 cuando iba a Israel.

Llegamos a Misurata. Como lo acordamos, Mohamed G. nos esperaba en su casa y nos ofrece un delicioso cuscús a la hierbabuena. Acampamos en la playa.

No hay ningún turista, no hemos visto ni uno desde que entramos al país. En los libros, a la entrada de los sitios arqueológicos, en los últimos dos meses han pasado unos cinco yugoslavos, nadie más. El guardián único del sitio calienta su tetera de metal sobre un pequeño fuego entre tres tabiques. Nos ofrece de su té verde «a la menthe»: densamente azucarado. La gentileza, la hospitalidad de la gente es espectacular. La seguridad total. En Misurata, la policía ni siquiera nos pide nuestros pasaportes: nos ofrece pasar el día (no hay un solo árbol en la playa) a la sombra de su gran tienda, mucho más fresca que las dos chiquitas nuestras.

Gamal Abdel Nasser, el «Rais», es omnipresente. ¿Será porque nos acercamos a Egipto? Por cierto, hay muchos egipcios trabajando como albañiles y una noria incesante de Peugeot con placas egipcias, sobrecargados de gente y con muchos colchones amarrados en el techo. Los libios no pasan hambre y los ingresos del petróleo parecen haber creado un Estado bene-



Avelino Sala *Nil Difficile Volenti (querer es poder)* 2011

12 DE JULIO Comida a las 12 en casa de Mohamed, antes de recorrer 250 kilómetros de desierto: las Sirtes. Llegamos a Sirte y nos alojamos en un hotel destartado, paraíso de las cucarachas, atendido por unos muchachos malencarados. Salgo todo enjabonado de la regadera porque se acabó el agua.

13 DE JULIO Por todos lados, fotos de M. Gadafi. De Sirte a Brega, puro desierto. La costa es invisible e inaccesible porque corre a nuestra izquierda una alta duna. Pasamos la noche en Brega, en una casa en construcción. Nos invitaron a hacerlo dos vigilantes. A la entrada de cada pueblo y ciudad, hemos visto obras o recién estrenados barrios nuevos de casitas muy decentes. Los guardianes nos explican que se debe a un gran plan de «realojamiento» lanzado por el nuevo gobierno, con el dinero del petróleo.

14 DE JULIO De Brega a Bengasi. Puro desierto de arena y de repente el oasis de Bengasi. Una enorme ciudad llena, llena de gente atareada, que tiene prisa, grita, se atropella. La circulación en coche es difícil a causa de unas obras colosales por los cuatro vientos. No hay fotos de Gadafi, unas pocas nada más, pero

factor desde los años del viejo monarca. En Bengasi hablan bien de él.

Para salir hacia Driana atravesamos ciudades perdidas, de lámina y cartón que han respetado unas pocas palmeras. Nos dicen que sus pobladores no son libios sino egipcios y africanos que vienen a trabajar. Burros, caballos y dromedarios buscan alguna hierba entre la basura.

Después de Driana, Tukra. En la playa conocemos a un buen arqueólogo libio. 20 kilómetros antes de llegar a Tukra el paisaje cambia. Ya no es arena, sino una tierra roja, se siente por primera vez algo de humedad. A lo largo, una sierra en forma de mesa. Empieza la famosa Cirenaica de los Battides. Tukra es un pueblo risueño y verde, casi griego o provenzal. Dormimos bajo las estrellas. Nunca vi tantas estrellas como en Libia. Entre Tukra (Arsinoe) y Ptolemais. Entre montaña y mar, uno se siente Ulises.

15 DE JULIO Tukra-Tulmaita (la antigua Ptolemais). Una pequeña ensenada entre las rocas del acantilado. Muchos peces, erizos de mar, entre los tepalcates. Tulmaita es un pequeño pueblo alrededor de su calle

única de tierra apisonada. Cuando nos paramos, la gente se nos abalanza y al ver la F de la placa del coche, exclama: «¡Frangai! ¡De Gaulle!». Nos regalan agua gaseosa y cigarros. Correspondemos con *Gauloises* y regaliz *Cachou Gallu*. Desde el cerro, la antigua Ptolemais baja hasta el mar.

16 DE JULIO Ptolemais, El Massa, Al Haria. Nos alejamos del mar y atravesamos la rica serranía que culmina con un gran llano (el Nerj-Barca). Paisaje totalmente mediterráneo. Los restos agrícolas de la colonización italiana están muy presentes: casas, cipreses, parras, olivares. Y también, en medio de la nada, hermosos pequeños templos griegos o romanos, con su frontón triangular y columnas. Acampamos en la playa de Al Haina, muy parecida a la de Ptolemais.

17 Y 18 DE JULIO Al Haina-Cirenaica. Pasamos 24 horas en el sitio arqueológico. Maravillas del santuario, ágora, foro, templo de Zeus cuyas columnas gigantes fueron tumbadas por los judíos durante su gran rebelión del año no recuerdo qué... Noche en el hotel administrado por un italiano que nos aloja gratuitamente: desde la revolución de septiembre de 1969 no ha visto un solo turista. Nos enseña la recámara de Mussolini. Dice que Gadafi es un discípulo de Nasser, que ha cerrado inmediatamente las bases militares inglesas y americanas, que va a nacionalizar todo, que es un socialista militar, que daría con gusto a Nasser todo el dinero del petróleo para financiar la unión de todos los árabes y la expulsión de los judíos de Palestina.

Salimos hacia Susa (Apolonia), otra famosa ciudad antigua, pero la vemos desde lejos, desde las alturas, porque hay un perímetro militar que nos prohíbe el paso. La gente nos dice que es porque Gadafi ha invitado a los rusos a instalar una base para submarinos y misiles... Lo cuentan con orgullo y afirman que Gadafi es como De Gaulle, valiente, macho y antiyanqui.

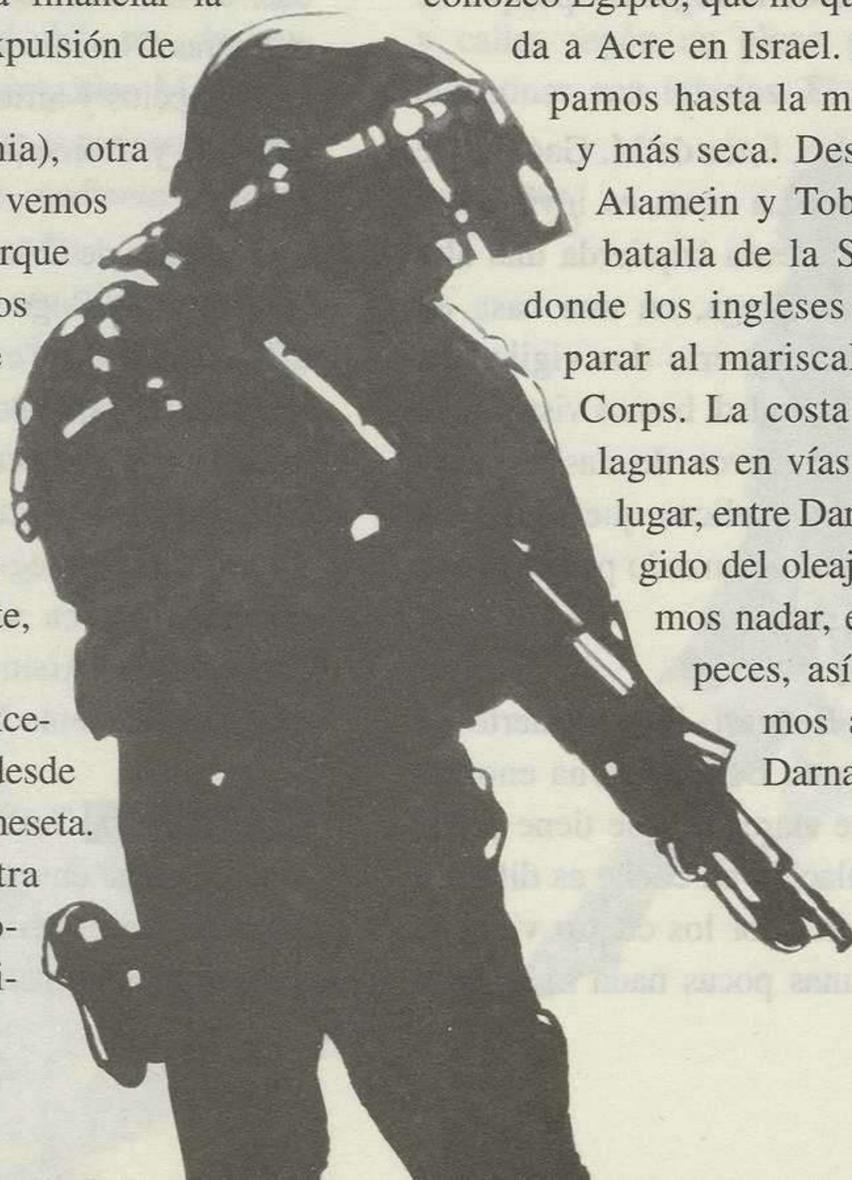
La carretera, angosta pero excelente, sigue el cañón que arranca desde Cirenaica, en la escarpa de la meseta. Tierra roja, como la de nuestra Provenza, misma vegetación, matorral, chaparral («maquis», «garri-

gue») con ricos olores fuertes exaltados por el sol. Ni una nube desde que salimos de Marsella. Por todos lados sarcófagos aislados, monumentos funerarios, mausoleos, casas de trogloditas excavadas en la pared rocosa. Bajada vertiginosa sobre un mar color índigo que rompe violentamente en una costa de roca roja. Luego una llanura costera risueña y verde desde Apolonia hasta Ras el Hilal. Después volvimos a escalar la meseta y la recorrimos hasta Iamluda, luego a la izquierda hacia Ras el Hilal. Desde la carretera se ven por todos lados edificios antiguos, estelas, pequeños templos, mausoleos; a veces seguimos una vía romana con su alineamiento de boyas de piedra. Paraíso del arqueólogo, delirio del historiador que intenta recordar sus clases de historia antigua...

La bajada sobre Ras el Hilal es vertiginosa. Cientos de metros en pocos minutos. Ahora la carretera tiene que pegarse a la costa, atrapada entre la montaña y un mar bronco, inaccesible. El pie de monte, acumulación de deslaves y derrumbes, reduce muchas veces el espacio a nada. Al fondo de cada río seco, los laureles de Apolo, cubiertos de flores color de rosa. Como es noche de luna llena cuya luz no nos deja dormir, tenemos que instalar la tienda debajo de gruesos cipreses, mirtos negros y Huryas. Pienso en Ulises, en su primera noche en Ítaca...

19 DE JULIO El mismo paisaje hermoso hasta Darna, ciudad activísima, colmena caótica, ya oriental. No conozco Egipto, que no queda lejos, pero me recuerda a Acre en Israel. Es un oasis. Otra vez trepamos hasta la meseta, que se vuelve más y más seca. Desierto de Bemba hasta El Alamein y Tobruk, famosos campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial, donde los ingleses y los franceses lograron parar al mariscal Rommel y a su Afrika Corps. La costa es ahora muy llana, con lagunas en vías de desaparición. El único lugar, entre Darna y Tmimi, un poco protegido del oleaje muy fuerte, donde podemos nadar, es Ras el Tin, pero no hay peces, así que para dormir regresamos al lugar de anoche, entre Darna y Ras el Hilal.

Avelino Sala
Standstill # 2
2011



20 DE JULIO Media vuelta. No iremos a la frontera egipcia, no tenemos visa. Hasta Cirena y Al Hania.

21 DE JULIO Todo el día en Al Hania. Belleza increíble de los fondos marinos. Cocinamos a la brasa los pescados atrapados por Bernard. Lo acompaño bajo el agua, sin arma. Empezamos el camino hacia Bengasi. ¡Adiós, hermosa montaña!

22 DE JULIO Etapa Bengasi-Brega. Saludamos a nuestros amigos los guardianes del barrio nuevo. El Agheila, Ras Sidra, Sen Gervad. Encontramos una pequeña ensenada debajo de un acantilado que se mete en el mar. No sé si se debe a alguna crecida devastadora del río, ahora totalmente seco, pero a más de 25 metros se presenta una rebanada arqueológica increíble. Se acumulan tepalcates, piezas de metal, cerámica, piedras, huesos, carbón, mineral fundido, de todas las épocas. Lo mismo cerámica burda, gruesa, tosca, color rojizo, que hermosa cerámica griega de tipo Campania y roja brillante de la época imperial romana.

23 DE JULIO Sirta. Llegó hace poco Muamar Gadafi y nos dicen que se encuentra en su tienda, como siempre, puesto que pertenece a una tribu beduina: le debe su apellido, pues es la tribu Gadafa. Un malicioso nos

felicita por ser franceses: «¿No saben ustedes que el verdadero padre de Gadafi es un oficial francés del tiempo de la guerra? Quedó herido en Tobruk y lo confiaron a una importante familia beduina. Las mujeres beduinas son valientes y libres. Así que...».

Atravesamos sin parar el desierto de las Sirtes, la grande y la chica. El mar es plano y transparente cerca de Buerat el Hsur. El desierto sigue hasta Misurata. Noche en la duna bajo las estrellas.

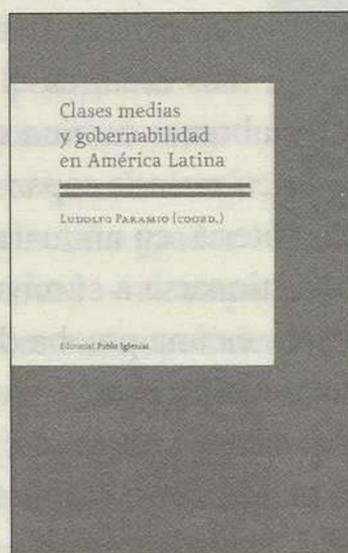
24 DE JULIO Por la mañana un campesino nos despierta para ofrecernos unas latas de conserva de atún y cuatro huevos... Atravesamos Trípoli sin pararnos para llegar a Sabratha. Estamos instalando las tienditas de campaña, cuando cuatro hombres se acercan y nos invitan, con mucha delicadeza, a compartir su cuscús. Delicioso.

Nos quedamos varios días en este fabuloso sitio, dos veces hermoso, por su naturaleza y por la ciudad que nos legaron los romanos. Conocemos a un palestino refugiado en Libia con su familia. Hasán Ahmed Tahaweena admira mucho a Gadafi y dice que tomará el testigo de Nasser. Es de Gaza, militante de Al Fatah. Nos habla de la OLP y de Yaser Arafat.

(Fin de los apuntes)



Fundación Pablo Iglesias



ISBN: 978-84-95886-59-0
304 páginas

Clases medias y gobernabilidad en América Latina

LUDOLFO PARAMIO (COORD.)

ESTHER DEL CAMPO
MIGUEL CAINZOS
MANUEL HIDALGO
MARTÍN HOPENHAYN
SOLEDAD LOAEZA
EMMANOEL NUNES DE OLIVEIRA
SIMÓN PACHANO
LILIANA DE RIZ
MANUEL ROJAS BOLAÑO
MARIA HERMÍNIA TAVARES DE ALMEIDA

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha. 28010 Madrid Teléfono: 913 104 696 - 913 104 313 Fax: 913 194 585
editorial@fpabloiglesias.es
www.fpabloiglesias.es

Yo soy una novela

Jorge Volpi

En su discurso tras recibir un importante premio literario, un célebre escritor estadounidense confesó que adoraba las novelas porque, a diferencia de casi cualquier otra cosa, éstas no sirven para nada. No sé si la memoria me engaña —y, como habrá de verse más adelante, a fin de cuentas tampoco importa demasiado. Para el escritor neoyorquino real, o para el que ahora dibujo en mi mente (¿o debería decir en mi cerebro?), la ficción literaria, y acaso toda manifestación artística, se distingue por carecer de un fin práctico fuera de lo que suele llamarse, con cierta pedantería, el goce estético: no es ni el primero ni el último en suscribir esta tesis. Una tesis de incierto origen romántico que, como trataré de demostrar en estas páginas, es esencialmente falsa.

Sólo en las sociedades que han llegado a ser lo suficientemente prósperas o lo suficientemente descreídas, las obras de arte han sido apreciadas como tales: objetos valiosos, susceptibles de ser comprados o vendidos, pero cuyo valor no depende de su utilidad, sino de la vanidad de sus dueños o la codicia de sus admiradores. Durante buena parte de la Antigüedad, con excepción quizás de la Atenas de Platón o la Roma imperial, mientras se prolongaron las esquivas sombras del Medioevo, e incluso en otros momentos puntuales de la historia, un artista o un artesano jamás hubiese suscrito una idea semejante: a sus oídos no sólo hubiese sonado

herética, sino absurda. Su trabajo era tan práctico, aun si se trataba de una praxis simbólica, como el de un herrero un talabartero o un sastre. El arte era o bien decorativo o bien religioso, y nadie se hubiese ofendido al reconocerlo.

Sostener esto hoy, en una época en apariencia tan laica como la nuestra —en el fondo más indiferente que escéptica—, resulta casi blasfemo: sólo un artista menor o descarriado, o un provocador, se atreverían a sugerir que su trabajo sirve efectivamente para algo, o para mucho. Todavía hoy son mayoría quienes piensan que sus *obras* —otro concepto rimbombante— son productos absolutamente individuales, resultado de su originalidad y de su genio (es decir, de su arrogancia), sin otro fin práctico que permitirles ganarse la vida con ello.

Se equivocan: en su calidad de herramienta evolutiva, el arte no puede sino perseguir una meta más ambiciosa. ¿Cuál? La obvia: ayudarnos a sobrevivir y, más aún, hacernos auténticamente humanos. (Adviertes en mis palabras cierto menosprecio hacia el arte. No es tal. Creo, más bien, que quienes sacralizan el arte y lo colocan en un pedestal inalcanzable, producto de la inspiración divina o, en nuestra época, del talento o el trabajo, se pierden el bosque por contemplar un solo árbol, por magnífico que sea.)

Que el arte exista en todas partes —las distintas sociedades huma-

nas han conocido y desarrollado sus distintos géneros de maneras básicamente similares— debería prevenirnos sobre su carácter de adaptación por selección natural. Una adaptación sorprendente, que duda cabe, pero a fin de cuentas *tan útil* como el tallado de hachas de sílice, la organización en clanes o la invención de la escritura. Porque, como habremos de ver más adelante, el arte, y en especial el arte de la ficción, nos ayuda a adivinar los comportamientos de los otros, y a conocernos a nosotros mismos, lo cual supone una gran ventaja frente a especies menos autoconscientes.

En contra de la opinión del novelista neoyorquino, resulta difícil pensar que el arte haya surgido de manera casual, como un inesperado subproducto del neocórtex, una errata benéfica o un premio inesperado. Su origen hemos de perseguirlo, más bien, en el pausado y deslumbrante camino que nos transformó en materia capaz de pensar en la materia, en animales capaces de cuestionarse a sí mismos. El arte no sólo es una prueba de nuestra humanidad: somos humanos gracias al arte.

Otro tanto ocurre con la ficción. Al considerarla una especie de don inapreciable, de toque de genio, los románticos asumían que debió aparecer de forma tardía en nuestra especie. Si ello fuera cierto, deberíamos aceptar que durante miles de años la ficción no fue parte de nuestras vidas hasta que, un buen día,

nuestros ancestros la descubrieron por casualidad, sumergida bajo el limo de un pantano primordial o en el amenazante fondo de una cueva, como si se tratase de un hallazgo semejante a la regularidad de las estaciones o a la domesticación del fuego. Me niego a creerlo. Prefiero pensar que la ficción ha existido desde el mismo instante en que pisó la Tierra el *Homo sapiens*. Porque los mecanismos cerebrales por medio de los cuales nos acercamos a la realidad son básicamente idénticos a los que empleamos a la hora de crear o apreciar una ficción. Su suma nos han convertido en lo que somos: organismos autoconscientes, bucles animados.

Verdad de Perogrullo confirmada por las ciencias cognitivas: todo el tiempo, a todas horas, no sólo percibimos nuestro entorno, sino que lo recreamos, lo manipulamos y lo reordenamos en el oscuro interior de nuestros cerebros —no sólo somos testigos, sino artífices de la realidad. Como espero detallar más adelante, reconocer el mundo e inventarlo son mecanismos paralelos que apenas se distinguen entre sí.

No podría ser de otra manera: si nuestro cerebro evolucionó y se ensanchó a grados monstruosos —al amparo de deformes cabezotas, nacimientos prematuros y atroces dolores de parto—, fue para hacernos capaces de reaccionar mejor y más rápido frente a las amenazas externas. De otro modo: nos hizo expertos en generar futuros más o menos confiables. (Dices no estar de acuerdo; en tu opinión, casi siempre erramos al predecir el futuro. Tal vez tengas razón cuando te refieres a las sutilezas de lo humano —nuestra civiliza-

ción es demasiado reciente—, pero en cambio fíjate cómo atrapas esta pelota, cómo huyes de este tigre o cómo esquivas esta bofetada sin necesidad apenas de pensarlo.)

Más tarde, este mecanismo dio un insólito salto hacia adelante y, de una manera que ninguna otra especie ha alcanzado con la misma intensidad, de pronto nos permitió mirarnos a nosotros mismos y convencernos de que, en alguna parte de nuestro interior, existe un centro, un *yo* que nos estructura, nos controla, nos vuelve quienes somos. El *yo* habría

adentro —aquí adentro. Todo, repito, y eso incluye, irremediablemente, a los demás. A mis semejantes —a mi familia, mis amigos, incluso a mis enemigos— y, sí, también a ustedes, queridos lectores. (Espero que, no por ello, abandonen estas páginas.)

¡Menuda invención evolutiva! Yo no soy sino una ficción de mi cerebro. O, expresado de manera más precisa, mi *yo* es una fantasía de mi cerebro. Eso sí, la mayor y más poderosa de las fantasías, pues se concibe capaz de generar y con-



Rafa
Macarrón
*Quedada en el
patio sur*
2011

surgido, en tal caso, como una especie de controlador de vuelo, de capitán de barco.

Si, como afirma Francis Crick, en el fondo no somos otra cosa que nuestro cerebro —«sorprendente hipótesis»: tan previsible como escalofriante—, deberíamos concluir que eso que llamamos la realidad, con todo cuanto contiene, se halla inscrito en los millones de neuronas de nuestra corteza cerebral. El universo entero, con sus serpenteantes galaxias y sus constelaciones fugitivas, con sus humeantes planetas y sus esquivos satélites, con su sobrecogedora profusión de plantas y animales, cabe todo allí

trolar a todas las demás. El *Yo* me da orden y coherencia, estructura mi vida, me confiere una identidad más o menos clara —pero no existe ningún lugar preciso en el cerebro donde sea posible localizar a ese esquivo fantasma, a ese omnipresente y omnipotente animalillo que es el *Yo*.

El escenario resulta inquietante y sin embargo, conforme uno medita sobre sus consecuencias, el horror se desvanece. Frente a esta hipótesis, primero comparece el vértigo: ¿significa que la realidad no existe? ¿Que yo no existo? No exactamente: la única realidad que conoceremos —y que, en el mejor de los

casos, está levemente emparentada con la realidad— es la realidad de nuestra mente, la realidad que percibimos y luego recreamos sin medida. No es este el lugar para empantanarnos en discusiones filosóficas de mayor calado: nuestro sentido práctico, esa facultad que nos ha permitido sobrevivir y dominar el planeta, nos indica de modo natural que debemos hacer como si la reali-

El *como si* que nos permite tolerar el universo imaginario de una novela es idéntico, pues, al *como si* que nos lleva a asumir que la realidad es tan sólida y vigorosa como la presenciamos. Si la ficción se parece a la vida cotidiana es porque la vida cotidiana también es —ya lo suponíamos— una ficción. Una ficción *sui generis*, matizada por una ficción secundaria —la idea de que

paralelo al mecanismo por medio del cual soy capaz de concebir a alguien inexistente y de darle vida por medio de palabras —de ideas, con las que a fin de cuentas todos hemos sido modelados. Podemos afirmar, con el bardo, que estamos hechos de la misma materia de los sueños, siempre y cuando no olvidemos que los sueños también están hechos de retazos —a veces significativos, a veces inconexos— de ideas.

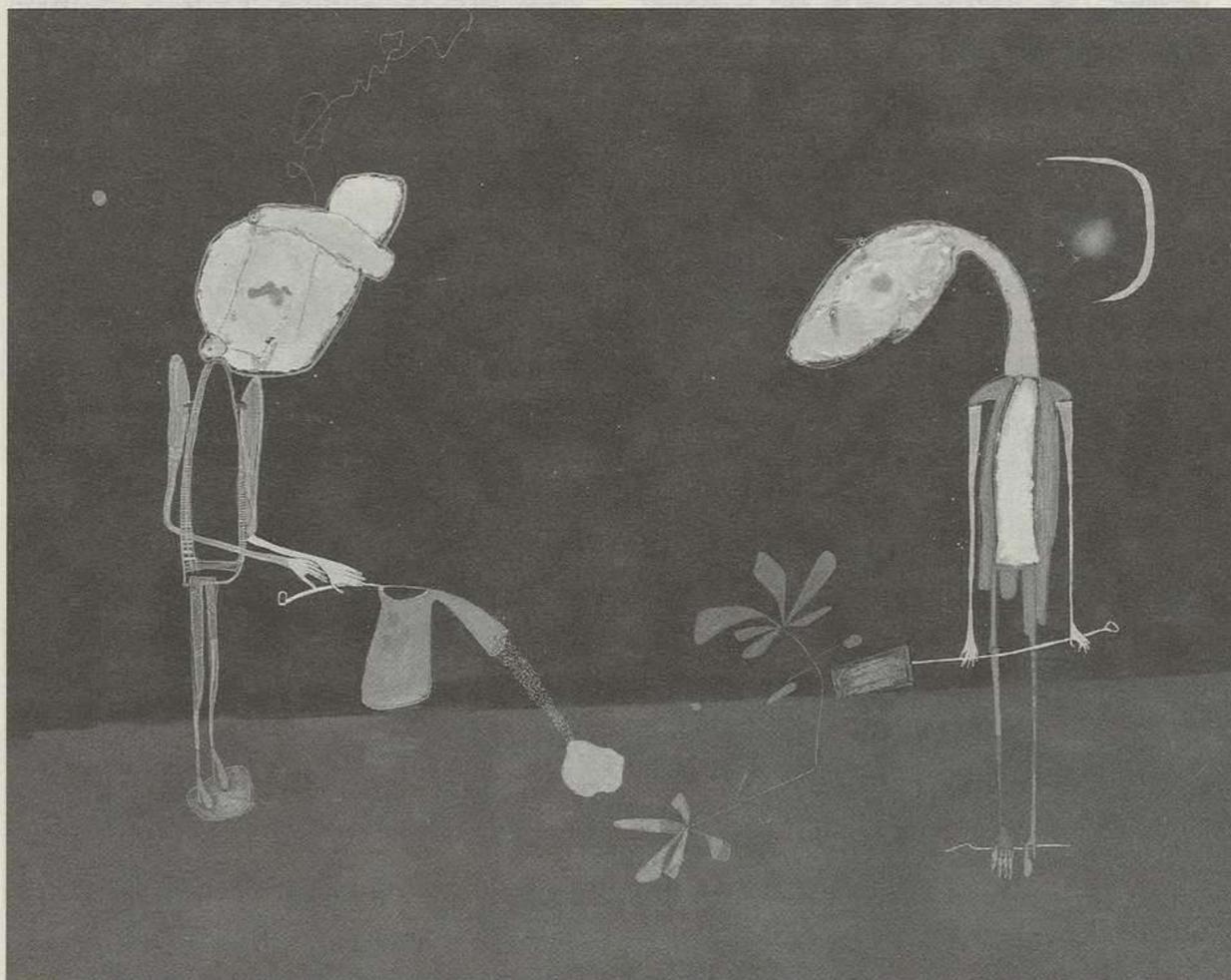
El teatro, la ópera, el cine, la televisión, los videojuegos y, por supuesto, la literatura —los diversos soportes de la ficción—, son todos simulacros verosímiles de la realidad: los críticos más sagaces no se han cansado de proclamarlo. Pero la acuciante necesidad que tenemos de sumergirnos en ellos, desde sus ejemplos más elevados hasta los más vulgares, no se origina en un capricho infantil y pasajero, en el ansia de evasión o en el puro y calamitoso tedio, como sugiere el novelista neoyorquino. En cada una de estas manifestaciones, el creador y el espectador

no sólo invierten largas horas de esfuerzo —aun la peor ficción, como veremos, resulta siempre demandante—, sino que parecen

Rafa
Macarrón
*Plantando
bajo la luna*
2011

no cansarse nunca de sus trampas y sus engaños, aun a sabiendas de que lo son.

Don Quijote y Pedro Páramo, Hamlet y Lulú, Darth Vader y Dumbo, Mario y Luigi, ¿existen sólo para transcurrir horas aciagas, para apresurar la noche y el sueño, para impedir que —pobres de nosotros— nos vayamos a aburrir? Sonaría inverosímil: una especie no gasta tanta energía, tanto dinero y tantos anhelos en una actividad que sirve



dad de nuestra mente en efecto se correspondiera con esa realidad inaprensible que nos es sustraída a cada instante.

La idea de la ficción, como puede verse, yace completa en ese pedestre y desconcertante *como si*. El *como si* que nuestro cerebro aplica a diario para que nuestro cuerpo se mueva razonablemente por el mundo, para que descubra nuevas fuentes de energía y consiga salvaguardarse de depredadores y enemigos. El *como si* que nos impide tropezar a cada instante, que nos mantiene en equilibrio y que nos impide estrellarnos contra una ventana o caer de una escalera.

la realidad es real—, pero una ficción al fin y al cabo.

No llegaré al extremo de insinuar que todo lo demás, incluidos ustedes, mis lectores, mis hermanos, sólo son invenciones mías, tan predecibles o caprichosas como los personajes de mis libros —un tema recurrente en tantas novelas y películas—, y que acaso yo estoy loco o que sólo yo existo, como en *La amante de Wittgenstein*, de David Markson. El solipsismo extremo es, también, una invención literaria.

Sí me gustaría subrayar, por ahora, que el proceso mental que me anima a poseer una idea de ustedes, lectores míos, mis semejantes, es

nada más que para colmar las horas muertas.

Los humanos somos rehenes de la ficción. Ni los más severos iconoclastas han logrado combatir nuestra debilidad y nuestra dependencia por las mentiras literarias, teatrales, audiovisuales, cibernéticas. Pero no nos deleitan, no abducen, no nos atormentan de forma adictiva por el hecho de ser mentiras, sino porque, pese a que reconozcamos su condición hechiza y chapucera, las vivimos con la misma pasión con la cual nos enfrentamos a lo real. Porque esas mentiras también pertenecen al dominio de lo real.

Cuando leo las aventuras de un caballero andante o la desgracia de una mujer adúltera, cuando presencio la indecisión de un príncipe o la agonía de un rey anciano, cuando contemplo la avaricia de un magnate de la prensa o la caída de un imperio galáctico o cuando lucho por sobrevivir a un ataque de invasores alienígenas, mi mente sabe que me encuentro frente a un escenario irreal y al mismo tiempo se esfuerza por olvidar o sepultar esta certeza mientras dura la novela, la pieza teatral, la película o el juego de vídeo. En resumen: la conciencia humana aborrece la falsedad y, al menos durante el tiempo precioso que dura la ficción, prefiere considerarla una suma de verdades parciales, de escenarios alternativos, de existencias paralelas, de aventuras potenciales.

La evolución convirtió a nuestro cerebro en una máquina de futuro y éste reacciona con el mismo ahínco frente a la realidad y frente a la ficción. Las cuitas y fracasos de un personaje de novela no pueden dejar de conmovernos, igual que no resistimos simpatizar con ciertos héroes o despreciar a ciertos villanos: nos enfadamos, nos sorprendemos, sufri-

mos y tememos con la misma intensidad que en la vida diaria —y a veces más.

Hasta hace poco, la empatía era vista con cierto recelo, una especie de campo magnético involuntario, una emoción deslavada y algo cursi. Hoy sabemos, gracias a los estudios de Giacomo Rizzolatti y sus colegas, que la empatía es un fenómeno omnipresente en los humanos —al igual que en ciertos simios, elefantes y delfines—, originada en un tipo especial de neuronas, las ya célebres «neuronas espejo»; localizadas, para sorpresa de propios y extraños, en las áreas motoras del cerebro. Desde allí estas sorprendentes células nos hacen imitar los movimientos animales que se atraviesan en nuestro camino como si fuéramos nosotros quienes los llevamos a cabo. Al hacerlo no sólo reconocemos a los agentes que nos rodean, sino que tratamos de predecir su comportamiento, en primera instancia para protegernos de ellos y, a la larga, para comprenderlos a partir de sus actos. (En efecto: si miras por televisión a un contorsionista o a un lanzador de peso olímpico, en tu interior tú también te descoyuntas y también lanzas la maldita bola de metal lo más lejos posible.)

Desde esta perspectiva, la ficción cumple una tarea indispensable para nuestra supervivencia: no sólo nos ayuda a predecir nuestras reacciones en situaciones hipotéticas, sino que nos obliga a representarlas en nuestra mente —a repetirlas y reconstruirlas— y, a partir de allí, a entrever qué sentiríamos si las experimentáramos de verdad. Una vez hecho esto, no tardamos en reconocernos en los demás, porque en alguna medida en ese momento ya *somos* los demás.

Repito: no leemos una novela o asistimos a una sala de cine o una función de teatro o nos abismamos en un videojuego sólo para entretenernos, aunque nos entretenga, ni sólo para divertirnos, aunque nos divierta, sino para probarnos en otros ambientes y en especial para ser, vicaria pero efectivamente, al menos durante algunas horas o algunos minutos, otros. *Madame Bovary, cest moi*, afirmó Flaubert, pero lo mismo podría ser expresado por cualquiera de sus lectores.

Vivir otras vidas no es sólo un juego —aunque sea primordialmente un juego—, sino una conducta provista con sólidas ganancias evolutivas, capaz de transportar, de una mente a otra, ideas que acentúan la interacción social. La empatía. La solidaridad. Qué lejos queda la idea de la ficción como un pasatiempo inútil, destinado a la admiración embelesada, al onanista placer estético. Sin duda la naturaleza del arte contempla también la idea de lo bello —un conjunto de patrones fijados en cada sociedad y en cada época, y reforzados obsesivamente hasta su desgaste—, pero la belleza no sería entonces sino una suerte de anzuelo evolutivo, un cebo para atraernos hacia la información que se esconde detrás de su fachada. Así como el gozo sexual es una adaptación que refuerza la necesidad de los genes de perdurar y reproducirse —y nos condena a la desasosegante persecución de otros cuerpos—, la belleza es el tirabuzón que nos encamina hacia conjuntos de ideas que nos alientan a comprender mejor el mundo, a nuestros semejantes y, por supuesto, a nosotros mismos.

Si en verdad sólo somos nuestro cerebro, como sugería Crick, en otro nivel es válido decir que sólo somos un gigantesco conjunto de ideas

producidas y ancladas en ese cerebro: la idea del Yo, ese incómodo testigo que al presenciar los hechos nos separa de ellos, es, ya lo apunté, la más compleja y la más frágil. Porque el Yo siempre se halla solo. Irremediablemente solo. Su única escapatoria consiste en identificarse con ese otro conjunto de ideas complejas que son los demás, sean estos reales o imaginarios. Y, paradójicamente, ese contacto virtual es nuestro único escape del autismo o la demencia. Los humanos somos «símbolos mentales» obsesionados con relacionarnos con otros «símbolos mentales». (Sé, amada mía, que no toleras que te llame «símbolo mental»: pero, desde esta perspectiva, decirte por tu nombre sería un encubrimiento.)

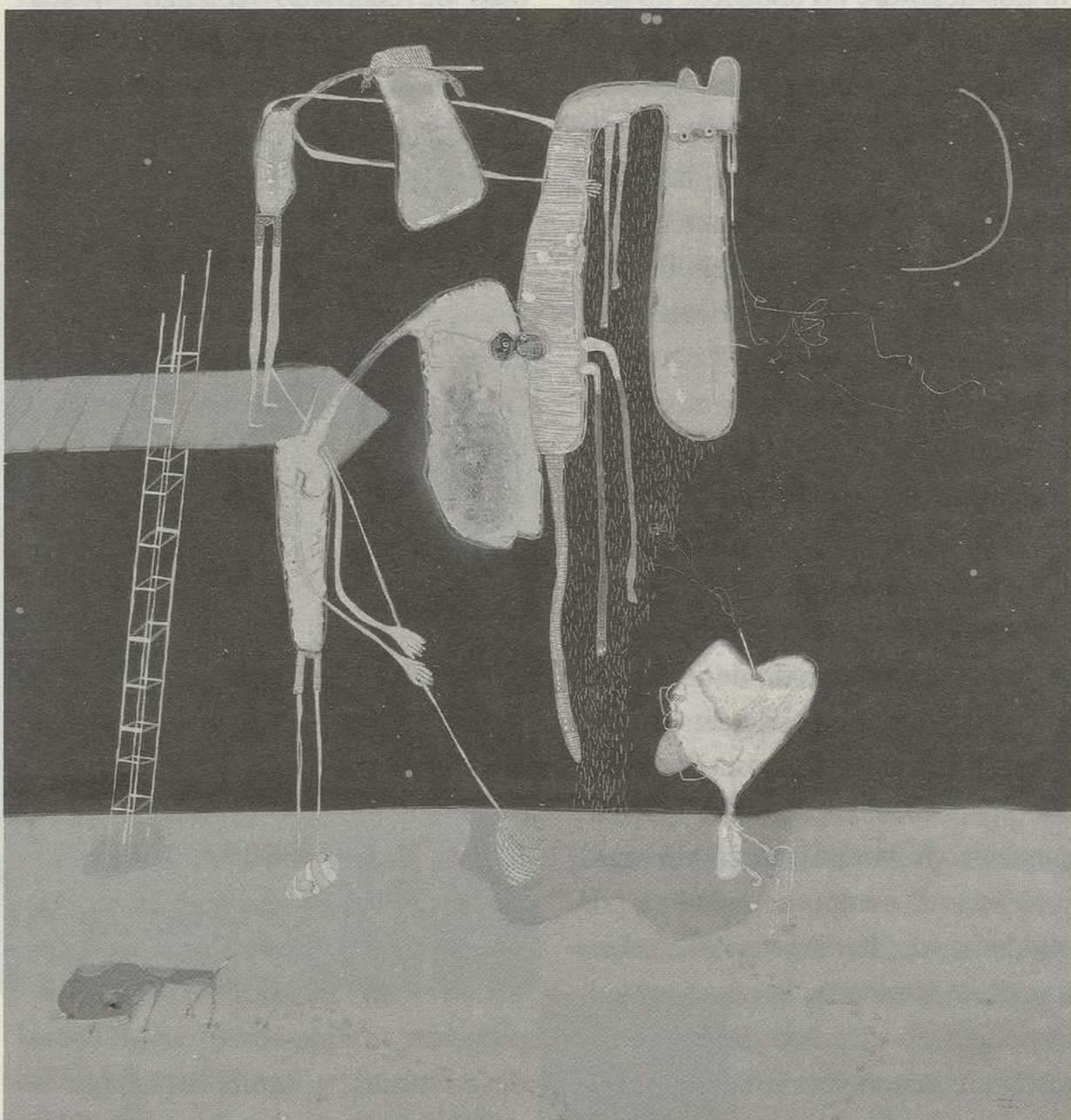
Leer una novela o un cuento no es una actividad inocua: desde el momento en que nuestras neuronas nos hacen reconocernos en los personajes de ficción —y apoderarnos así de sus conflictos, sus problemas, sus decisiones, su felicidad o su desgracia—, comenzamos a ser otros. Conforme más contagiosas —más aptas— sean las ideas que contiene una narración, sus secuelas quedarán más tiempo incrustadas en nuestra mente, como si fuesen las secuelas de una enfermedad viral o de una fiebre terciaria. La única cura es, por supuesto, el olvido. Y la lectura de otras novelas.

Si Alonso Quijano nos fascina es porque se trata de la proyección extrema de lo que suele ocurrirle a cualquier lector empedernido: a fuerza de representarse una y otra vez ciertas escenas de la ficción, termina por considerarlas reales. (Piénsalo: ¿acaso no es tan real Natasha

Rostova, en quien has pensado en cientos o miles de ocasiones, como aquel amor de juventud que no has vuelto a ver y sin embargo cambió tu vida para siempre?)

Dada nuestra naturaleza de animales sociales, la ficción literaria tampoco podría ser entendida, sin

lentemente perniciosas—, la literatura siempre anunció una verdad que hace apenas unos años corroboró la secuenciación del genoma humano: todos somos básicamente idénticos. Al menos en teoría, cualquiera podría ponerse en el sitio de cualquiera.



Rafa
Macarrón
En la pisci
2011

embargo, como un mero instrumento para la supervivencia individual. Una novela me permite experimentar vidas y situaciones ajenas pero, como decía antes, también me transmite información social relevante —la literatura es una porción esencial de nuestra memoria compartida. Y se convierte, por tanto, en uno de los medios más contundentes para asentar nuestra idea de humanidad.

Frente a las diferencias que nos separan —del color de la piel al lugar de nacimiento, obsesiones equiva-

Nuestro tiempo desconfía, creo que con razón, del papel social de la literatura: baste recordar los estragos provocados por el compromiso político, el realismo socialista o el frenesí revolucionario. La literatura, es cierto, parece degradarse cuando persigue un fin concreto, cuando soporta una ideología explícita. Porque cualquier ideología es, de entrada, una forma excluyente de otras variedades de pensamiento. En cambio, en su expresión más amplia, más libre, la ficción nos permite ensanchar nuestra idea de lo humano.

Con ella no sólo conocemos otras voces y otras experiencias, sino que las sentimos tan vivas como si nos pertenecieran.

No importa el lugar o la época, las diferencias sociales o las costumbres: nuestro cerebro siempre nos impulsa a colocarnos en el lugar de los personajes de un cuento o una novela. Todos somos capaces de ser Aquiles o Hanuman, Emma Bovary o Aureliano Buendía, Hitler o Adriano, o un incluso un perro o un alienígena, siempre y cuando sus actos nos permitan deducir en su interior algo similar a una conciencia.

No quiero exagerar: leer cuentos y novelas no nos hace por fuerza mejores personas, pero estoy convencido de que quien no lee cuentos y novelas —y quien no persigue las distintas variedades de la ficción— tiene menos posibilidades de comprender el mundo, de comprender a

los demás y de comprenderse a sí mismo. Leer ficciones complejas, habitadas por personajes profundos y contradictorios, como tú y como yo, como cada uno de nosotros, impregnadas de emoción y desconcierto, imprevisibles y desafiantes, se convierte en una de las mejores formas de aprender a ser humano.

Desconfío, pues, de quienes se solazan al despojar a la ficción literaria de su carácter de adaptación evolutiva. De su esencia práctica. Escribimos cuentos y novelas no sólo porque no podemos dejar de hacerlo, no sólo porque nos hagan disfrutar con la perfección de sus frases o la fuerza de sus historias, sino porque los cuentos y las novelas nos han hecho quienes somos. En los relatos del mundo se encuentra lo mejor de nuestra especie: nuestra conciencia, nuestras emociones y sentimientos, nuestra memoria,

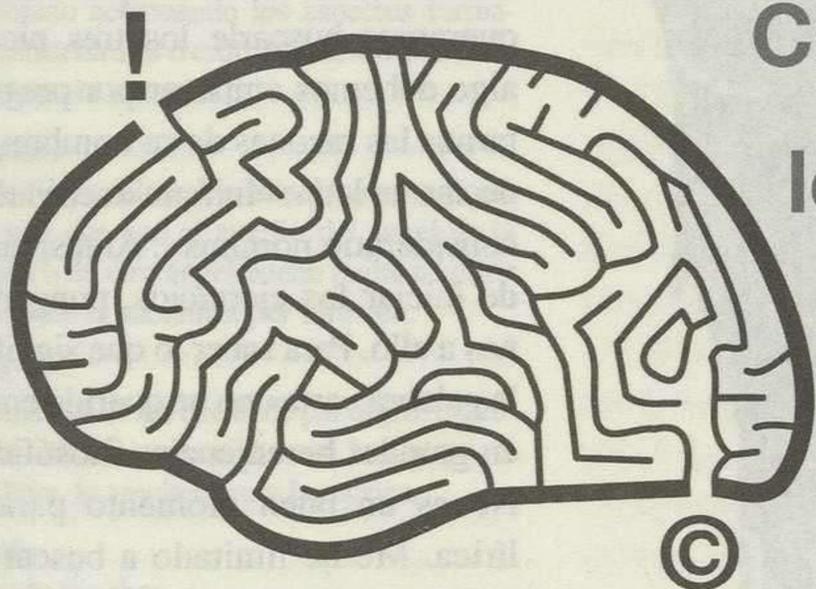
nuestra inteligencia, nuestras dudas y prejuicios, acaso también la medida de nuestro albedrío. (Ello no excluye que también puedan almacenar lo peor: la maldad gratuita, el odio, la intolerancia, la sevicia.)

Si la ficción es una herramienta tan poderosa para explorar la naturaleza —y en especial la naturaleza humana—, es porque la ficción también es la realidad. Una vez que las percepciones arriban al cerebro, este órgano húmedo y tenebroso codifica, procesa y a la postre reinventa el mundo tal como un escritor concibe una novela o un lector la descifra. Aun si en la mayor parte de los casos somos capaces de diferenciar lo cierto de lo inventado, su sustancia se mantiene idéntica. A causa de ello, la ficción resulta capital para nuestra especie. La literatura no sirve para entretenernos ni para embelesarnos, la literatura nos hace humanos. □

Propiedad intelectual

El trabajo de autores y editores es importante para el desarrollo cultural, científico-técnico, social y económico de nuestra sociedad.

Colabora con la cultura: sé responsable con los derechos de autor.



CEDRO

CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS REPROGRÁFICOS
www.cedro.org

CEDRO. Miguel Ángel, 23, 4.º. 28010 Madrid / Tel.: 91 308 63 30 / Fax: 91 308 63 27 / cedro@cedro.org
Delegación en Cataluña. Pau Claris, 94, 2.º A. 08010 Barcelona / Tel.: 93 272 04 45 / Fax: 93 272 04 46 / cedrocat@cedro.org

Unos apuntes sobre el fin del arte

Juan Ignacio Macua

Estos apuntes, algo dispersos y muy personales, han ido surgiendo ante el desfallecimiento, el triste encogimiento de hombros y la desesperanza que inevitablemente asoman cada vez que se saca el tema en cualquier conversación. Todos —quizá lo de «todos» sea un optimismo exagerado, tan sólo aquellos pocos a los que nos preocupa— repetimos con machacona insistencia y en voz baja, como si estuviéramos en una UVI, que el arte parece estar en las últimas, el arte ha llegado a su término, ahí está ya el *fin* del arte. Y suele quedar en el aire la otra interpretación de la palabra *fin*: ¿para qué sirve, cuál es el objeto, que *fin* tiene el Arte?

Estos apuntes, estas breves reflexiones (podríamos romper la palabra y dejarla en *re-flexiones*: un doble esfuerzo o un doble ejercicio gimnástico) han surgido muy simplemente, son un pequeño gesto de rebeldía, quizá tan inútil como el que solíamos hacer cuando íbamos de «mani» a cualquiera de aquellas protestas de autosatificación.

Artistas, galeristas, los pocos críticos que todavía osan mandar a los periódicos algún escrito sobre arte, el coleccionista ese al que nadie encuentra y los inquietos, escasos y humildes disfrutadores del arte, no dejamos de llorar y buscar al culpable sin que se nos ocurra mirar en el espejo. Miramos a nues-

tro alrededor y con tanto girar la cabeza ya nos duelen las cervicales. Nos invade una profunda tristeza y sentimos un gran miedo ante la orfandad que nos amenaza.

Los síntomas no engañan. Estamos ante una situación en la que todo, hasta la más cutre de las metáforas o la más vulgar muestra de mal gusto, puede ser arte si un artista así lo afirma y firma. Un momento en el que, según quieren vendernos,

Alexandre Arrechea
Carpintero infinito
2011



el arte actual ya no es un producto de los artistas, ¡pobres!, ahora es producción exclusiva de los intermediarios quienes para presentarlo utilizan, sin pudor, las obras de los artistas para, en el mejor de los casos, parir con gran aparato el consabido ratoncito.

Ahora todos lloran, ni siquiera hay excepciones: vender un cuadro es un milagro. Nadie compra nada, ni siquiera como regalo de boda. Lo que dicen los periódicos de las casas de subastas o es ficción o ocurre en la otra galaxia en la que viven ricos y famosos, esos que parece que son los únicos que existen pues son de papel, cuché, por supuesto. Lo que más duele de esta situación es que no le importa un pimiento a nadie ajeno a la obra, a pesar de que a todos se les permite el paso.

Los viejos maestros decían —y tanto por maestros como por viejos suelen tener razón— que cuando queramos buscarle los tres pies a algo debemos empezar por preguntarnos las razones de su nombre. Lo decían en latín: «Initium doctrinae sit consideratio nominis». Antes, pues, de iniciar los ejercicios, pongámonos a ello. Para saber lo que significa la palabra «arte» no he querido entrar en grandes berenjenales filosóficos. No es un buen momento para la lírica. Me he limitado a buscar en algún diccionario y, como no podía ser de otra manera, he empezado por el de la Real Academia de la Lengua. Paso a copiarlo y os pido

permiso para hacerle algunas glosas a tan seria y reconocida institución.

Del latín *ars, artis* y éste calco del griego (*desgraciadamente, mi ordenador no tiene caracteres griegos*)

Virtud, disposición y habilidad para hacer algo.

Manifestación de la actividad humana mediante la cual se expresa una visión personal y desinteresada que interpreta lo real o imaginario con recursos plásticos, lingüísticos o sonoros.

Conjunto de preceptos y reglas necesarios para hacer bien algo.

Maña, astucia.

Disposición personal de alguien.

Instrumento que sirve para pescar.

rar. Man Noria (II máquina para subir agua).

desus. Libro que contiene los preceptos de la gramática latina.

pl. Lógica, física y metafísica. Curso de artes.

Curioso, ¿verdad? Todo ello, incluida la «Noria» y la «Gramática latina» es a lo que nos estamos refiriendo y de lo que hablamos cuando lo ponemos en solfa o por lo menos cuando lloramos por su actual, casi definitiva, enfermedad.

Pero la RAE ha sido esta vez menos parca que lo que acostumbra y ha añadido sabrosas apostillas a la palabra «arte»:

abstracto

m. Modalidad artística que transcribe lo expresado acentuando los aspectos formales, estructurales o cromáticos, sin atender a la imitación material.

angélico

Medio por el cual se suponía supersticiosamente que con el auxilio del ángel de la guarda o de otro ángel bueno podía adquirir el hombre la sabiduría por infusión.

bella

Cada una de las que tiene por objeto expresar la belleza y especialmente la pintura, la escultura, la arquitectura y la música.

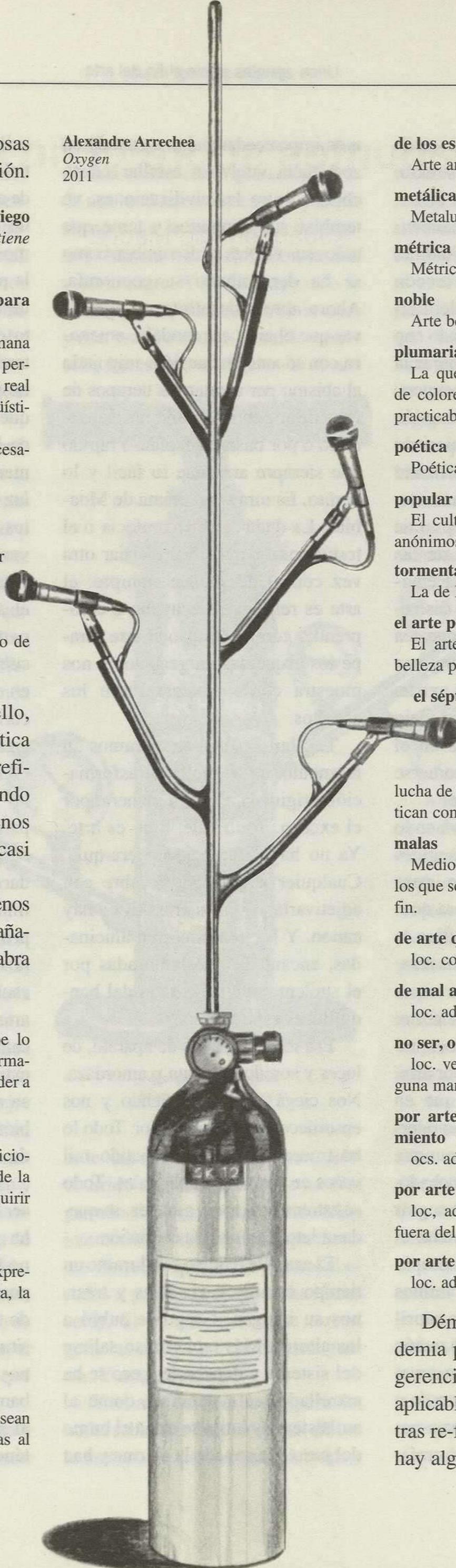
cisoria

La de trinchar.

decorativa

La pintura o la escultura en cuanto no sean obras independientes, sino subordinadas al embellecimiento de objetos o edificios.

Alexandre Arrechea
Oxygen
2011



de los espíritus

Arte angélico.

metálica

Metalurgia (arte de beneficiar los metales).

métrica

Métrica.

noble

Arte bella.

plumaria

La que imita pinturas mediante plumas de colores adheridas a un plano, como se practicaba antiguamente en México.

poética

Poética.

popular

El cultivado por artistas, con frecuencia anónimos, y fundado en la tradición.

tormentaria

La de las armas de guerra.

el arte por el arte

El arte como pura manifestación de la belleza por sí misma.

el séptimo

El arte cinematográfico.

marciales

Conjunto de antiguas técnicas de lucha de Extremo Oriente, que hoy se practican como deporte. U. t. en sing.

malas

Medios o procedimientos reprobables de los que se vale alguien para conseguir algún fin.

de arte que

loc. conjunt. ant. De suerte que.

de mal arte

loc. adv. En mal estado o disposición.

no ser, o no tener, arte ni parte en algo

loc. verbs. No intervenir en ello de ninguna manera.

por arte de birlibirloque o de encantamiento

ocs. adis, coloqs. Por arte de magia.

por arte del diablo

loc, adv. Por vía o medio que parecen fuera del orden natural.

por arte de magia

loc. adv. coloq. De modo inexplicable.

Démosle gracias a la Real Academia por todo este montón de sugerencias. Cualquiera de ellas es aplicable con o sin mala idea a nuestras reflexiones, porque decidme si hay alguien que no se haya conmo-

vido por la escueta y perfecta definición de lo que es el arte abstracto, esa cosa que tantas y tantas discusiones, tantos y tantos apasionamientos, levantó en la segunda mitad del siglo XX y que todavía se utiliza con desprecio por algunos recalcitantes. Y quién no estaría encantado con hacer «arte angélico» para lograr la sabiduría por infusión que, supongo, será con agua caliente. Y quién no se siente un poco desilusionado ante la sencillez de lo que es el «arte cisorio», trinchar, así solamente, cuando los grandes cocineros han llevado su arte a la mayor de las alturas del Olimpo, siendo la envidia de todos los que hacen o disfrutamos del arte, sin importar que sea efímero e irrepetible, pues una vez hecho, o sea comido, ya no existe. Aquí sí que puede aplicarse el viejo dicho de que nadie se baña en el mismo río ni nadie puede comerse dos veces la misma manzana.

Así podríamos seguir revisando una por una las citadas anotaciones que el diccionario nos hace, pero creo que con su simple lectura queda bien acotado lo que significa la palabra «arte». Aunque no nos aclara lo que hay debajo, lo que esperamos, lo que, equivocados o no, entendemos, se ha entendido, queremos o debemos entender por arte. Teníamos la esperanza de que en estos últimos estertores de la modernidad nos quedaba todavía, aunque cada vez más lejano y deshilachado, un asidero que nos permitiría seguir enganchados a la trascendencia: el arte. El problema es que el propio arte se ha embarrado en caminos equivocados, sin salida y con caprichosos meandros. La civilización occidental que siempre lo ha reverenciado, lo ha tenido como guía y lo ha presentado como prueba y garantía de su progreso y que creía-

mos imperecedera, ahora, cuando en apariencia vuelve a estallar cierto choque entre las civilizaciones, ve temblar sus cimientos y teme que todos sus valores se derrumben como se ha derrumbado su economía. Ahora abre y desorbita sus ojos al ver que el arte, ese modelo, amenaza con su autodestrucción, empujado al abismo por acortar los tiempos de reflexión, por refugiarse en lo efímero o por buscar el aplauso rápido que siempre arrancan lo fácil y lo bonito. Es otra vez la cinta de Moebius. La duda entre la profecía o el testimonio. Se ha vuelto a liar otra vez con el dilema de siempre: el arte es reflejo y nos ayuda a comprender cómo somos o el arte rompe los esquemas ya gastados y nos muestra cómo navegar entre los escollos.

Lo cierto es que atravesamos un momento de completa transformación originada, en gran manera, por el exceso. Todo vale, todo es arte. Ya no hay diferencia ni jerarquía. Cualquier acción del hombre con adjetivarla así ya es arte. Ya no hay canon. Y las gentes corren alucinadas, encantadas, deslumbradas por el suplente que ha saltado del banquillo, el espectáculo.

Esa tormenta llena de aparato, de luces y sonidos, nos ata y amordaza. Nos ciega con su estruendo y nos ensordece con su resplandor. Todo lo trastrueca con su eco repetido mil veces en textos y en digitales. Todo se estremece y todo, a su vez, se queda quieto. Demasiada confusión.

El arte fue o quiso ser durante un tiempo camino hacia Dios y traernos su imagen. Luego se subió a los altares. Más tarde quiso salirse del sistema y derribarlo, pero se ha estrellado, el sistema se come al antisistema y hasta se traga el humo del puro. Ha sonado la alarma y han

callado las músicas, hasta las celestiales. El arte, ni nosotros, ya no puede creerse el sueño alborozado de que un día no demasiado lejano podamos, alegres y gozosos, dejada atrás la peligrosa y actual aventura, contar a un embobado auditorio el susto de muerte que nos han dado, el terrible momento que estamos pasando y el gozo de que haya pasado, que haya sido solamente un susto de los agoreros de turno y que era mentira el pavoroso relámpago de luz brillante y el fugaz temblor con los que hemos temido que iba a ser verdad la muerte de la muerte. Aquel espantoso momento cuando el arte se quedó mudo y no tomó partido, dejando que la confortable cultura de la post-post-modernidad, en la que todo vale mientras sea correcto, grite victoriosamente: que siga el espectáculo.

Eso nos está obligando a apuntalar la debilidad del pensamiento para que éste no se subleve, a procurar que las gafas además de ver y darnos la tercera dimensión, nos tiñan las cosas de color rosa, y, así, protejan nuestros ojos para que no nos metan los dedos en ellos. Nos asusta que ya no podamos acudir al arte en busca de los valores que ha cambiado por los precios y que, al extenderse por el globo, haya perdido su norte y se haya camuflado también en lo correcto, se haya vestido de espectáculo.

No hace falta ser profeta para ser agorero. Ni viceversa. Y si nos ha pillado de improviso es porque no hemos tenido tiempo para verlo, porque estábamos distraídos corriendo tras cualquier frivolidad y aquella situación que ya creíamos controlada, nos ha estallado en la cara. Esperábamos que la red llevaría de la mano al arte por todo el globo e instantáneamente, devolviéndole todo su

poderío, que gracias a esa nueva expresión del arte estrecharíamos los lazos y se borrarían las diferencias, que la belleza estaría al alcance de todos, pero la realidad, lo real, nos amenaza con ensancharlas, con estirarlas para ver hasta dónde aguantan. Y tras el estallido del globo —¡ay, qué me lo han pinchado!— todo se ha desmenuzado en mil aldeas, en mil patrias.

Y lo malo es que esa pseudo cultura global del espectáculo con la que flotamos en un mar de inocencia, de seguridad, de comodidad y de riqueza, no ha sido más que eso, un sueño. Y según nos van despertando vemos, llenos de alarma, que las diferencias se ahondan, los otros nos amenazan, el bienestar se esfuma y un regusto amargo nos inunda la garganta.

Mientras el arte se debate en la encrucijada, sin encontrar el camino que le conduzca al refugio que nunca debió abandonar, la humanidad, que ya es mayor, que ha crecido y se ha hecho global, se adormece en su cultura una vez que las culturas han muerto. En esa nueva cultura, la única verdaderamente global, la que se apoya en aquellos valores que caracterizan a la cultura del espectáculo, de cuyo mejor exponente, Hollywood, decía Todd Gitlin: «Su preferencia por lo locuaz, lo terso, lo sentimental, lo mecánico y despreocupado; su burla de la esencia; su franca hostilidad contra lo reflexivo; su recubrimiento de la historia, su interés por presentar un mundo sin conflictos graves, un mundo de risitas, un mundo en el que la mayor decisión es elegir a qué jugar, a qué ti vivo subir en el ferial...».

Es el momento de pasar página y para ello necesitamos sentir nuestra

mano bien sujeta. Vamos a entrar en una nueva era y queremos tener de nuevo al arte con nosotros porque siempre que la historia pasa de página lo hace en medio de la destrucción y con sangre. Y ya ha empezado la vuelta, ya no podemos volver la cara, y esta vez el susto no ha caído, como solía hacerlo antes, lejano. Y al arte



Alexandre Arrechea
El viento entre las hojas
2011

se le han acabado los *happenings*, ha ocurrido el gran estallido, se ha desgarrado el telón, ese entretenido telón interactivo y multicultural que tanto nos distraía y quizás nos veamos abocados a pensar. El juego se ha hecho serio. Si yo me como dos torres, gemelas claro, tú te chupas esta guerra. Y así, en cadena.

Y el arte no nos ha despertado, no ha sabido desbaratar en mil añicos la fantasía de que nuestra celebrada y

global cultura, la del espectáculo continuado, ya no va a servirnos de analgésico, ya no podrá ofrecernos ese placer inmediato, ese pensamiento débil de rápido consumo, esa pirueta barata, esa parodia de vanguardismo, esa metáfora ridícula que hasta ahora nos transportaba. Nos ha dejado caer en el abismo de la realidad, en lo inseguro más seguro, en la terrible inseguridad de tener que decidir y ¡quién sabe! si hasta de tener que pensar. Se ha querido refugiarse, ¡también él!, en su propio ombligo porque se le han acabado las atracciones, se ha cerrado el parque y allí han quedado envueltos en polvo y telarañas los repintados muñecos del simulacro, las historias con final feliz, lo rápido y corto.

Ahora, envuelto con el disfraz de la farsa, se ve triste y solo. Se ha olvidado de la historia, celebrando las historietas y la historia se le ha reído en la cara: han estallado los efectos especiales, la pirotecnia ha vuelto a alumbrar a los viejos jinetes, a los cuatro con sus caballos, y la historia se ha reído y en su risa volvemos a oír los ecos que ya creímos muertos y que han vuelto.

Asustado, se ha refugiado, precisamente, en las evocaciones históricas, en las que su presencia ayuda a suavizar los conflictos, a esconder tras su belleza lo triste y nauseabundo, mientras a las puertas se oye un reclamo furibundo de los últimos artistas que piden que lo molesto y lo desagradable, lo feo y lo provocativo, lo sin sentido, lo desordenado, la protesta y la irritación se presenten también —y tan bien— con tanto esmero y casi con tanto dinero y con, al menos, parecida preocupa-

ción que los que se derrochan en las tranquilizadoras historias.

El problema es conocer qué vamos a encontrarnos al pasar la página. Le preguntamos al arte y el arte se entretiene en su confusión y nos da la callada por respuesta. No es la primera vez a lo largo de nuestra presencia en la tierra que no solamente debemos pasar de página, sino que tenemos que cambiar el libro entero y nos gustaría saber cuál ha sido el papel de ese arte al que ahora llamamos y que nos acompaña, que nosotros sepamos, desde hace más de 40.000 años, como protagonista indiscutible de la cultura y gracias al cual hemos podido disfrutar los humanos, durante todo ese inmenso periodo, de otra realidad llena de connotaciones religiosas, mágicas, heroicas y estéticas.

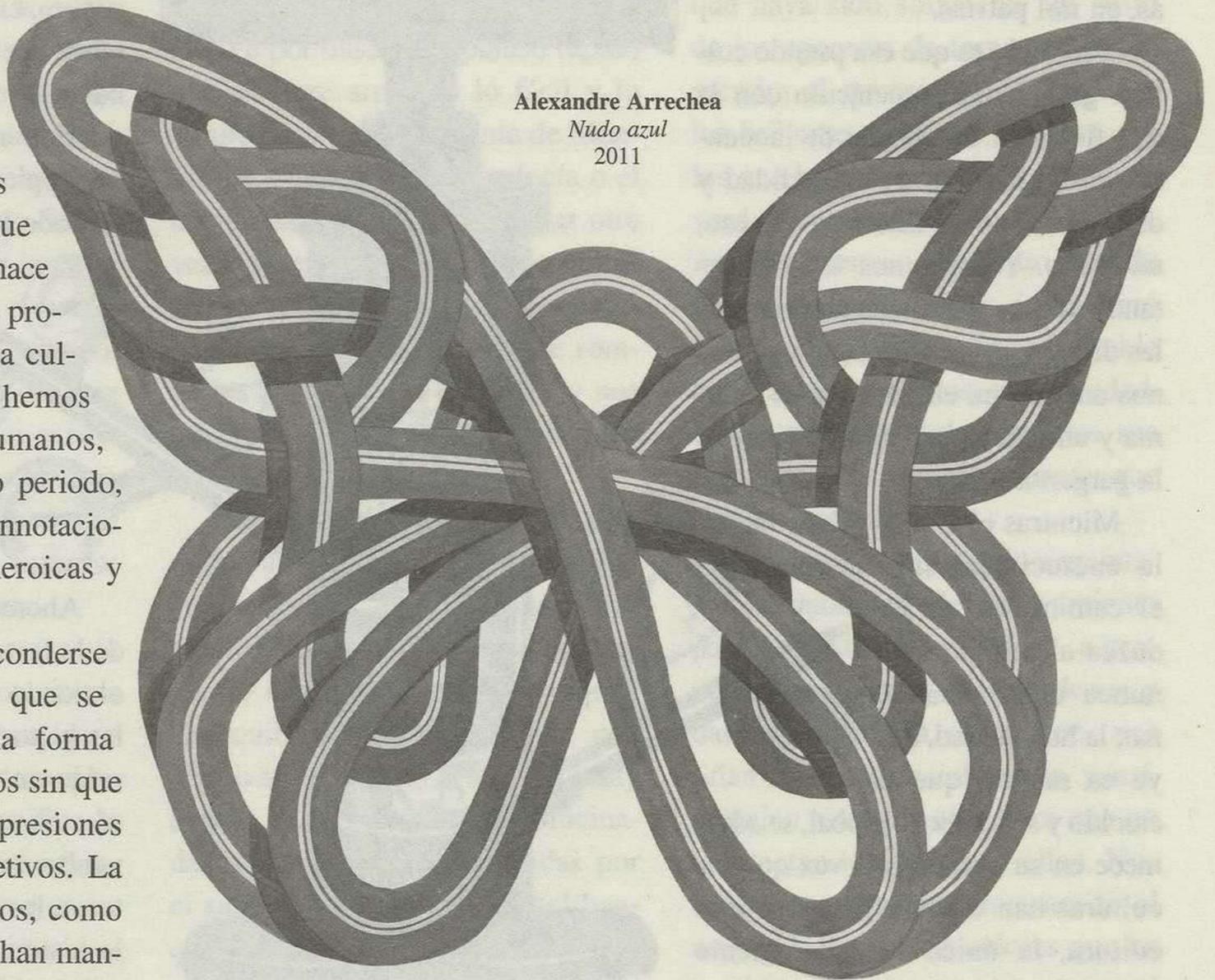
Alguna razón debe esconderse detrás del misterio para que se haya mantenido en plena forma durante todos esos milenios sin que apenas cambiaran sus expresiones ni, posiblemente, sus objetivos. La cuestión es conocer si estos, como las apariencias indican, se han mantenido, si han evolucionado o si han cambiado del todo. Veamos el otro *fin* del arte.

Hubo un tiempo, extrañamente largo —más de 40.000 años— del que no nos quedó otra noticia que su arte. No tenemos palabra para su conocimiento. Sabemos que había arte, puesto que están ahí, muy objetivamente, las pruebas; pero ni siquiera podemos afirmar que lo consideraran como tal ni los que lo hacían ni los que lo disfrutaban, aunque la igualdad de los elementos, la interpretación de las imágenes, la similitud de las representaciones

y la búsqueda de su expresión a través de una gran belleza estética, nos empujen a llamarlo así. A la vez, no tenemos más remedio que confesar nuestra ignorancia, y no por falta de interés o apasionamiento, de qué buscaban con ello, pero las evidentes dificultades físicas y técnicas que tuvieron que vencer para conseguirlo con la perfección que

cer la civilización tembló: su soporte, el imperio, había caído. Una ola de terror recorrió los campos. Aquí y allí pequeños oasis, una corte entusiasta, algún monasterio o escuela de traductores, escondieron con celo los recuerdos de la antigüedad perdida.

Las gentes buscaron refugio en la fe, se protegieron tras los recios



Alexandre Arrechea
Nudo azul
2011

hoy nos deslumbra, no dejan sitio a la duda: por algo sería. Sin duda alguna, ahí había un *fin*.

Ya teníamos la palabra y era, como aquel que dice, ayer. Empezaban esos 3.000 años de historia, de nuestra historia, de esa que hemos querido ver como el centro de todo, de nuestro ombligo. Todo se mantenía perfecto y ordenado, hasta la belleza. Un andamiaje seguro, el orden, sujetaba con firmeza lo establecido. Si algo o alguien pretendía salirse del canon, acababa de pienso para las fieras. Hasta que un anoche-

muros de las iglesias. En ellas, sentado en majestad hierática, presidía el Pantocrator. Su mano se levantaba bendiciendo con los dedos extendidos, sus rodillas separadas forzaban los pliegues de su túnica, en las que apoyaba un libro. En el aire flotaban el alfa y el omega. Cristo tenía negra y cerrada la barba, los ojos grandes y fijos, extraña y rotundamente fijos: no necesitaba mirar, lo ve todo. A su alrededor se agrupaban ángeles y apóstoles siguiendo la ley del marco en una composición más o menos forzada entre el

óvalo que encierra la figura principal y el espacio de que dispone el artista. La fe les entraba por los ojos a los fieles.

Más tarde, los retablos sobre tabla se ocuparon con historias más complicadas: los momentos clave de los Evangelios, las escenas de la vida, pasión y muerte de Cristo, mezcladas con escenas de la vida de la Virgen y del martirio de los santos. El soporte, tabloncillos unidos entre sí cuidadosamente, obligaba al tamaño. Cuando se pretendía cubrir todo el frente del templo, aunque este no fuera de grandes dimensiones se veían obligados a partir la historia en cuarterones, casi como las viñetas de los actuales cómics, pero sin seguir un orden de lectura lineal. Los hechos más importantes a juicio del «director» del programa icónico ocupaban el centro de la composición y los de menor trascendencia solían quedarse en la predela. Toda la feligresía lo comprendía, todos estaban en posesión de las claves para conocer, aun sin demasiada conciencia de ello, los mensajes. Si un forastero entraba en el templo podía establecer sin apuro alguno la jerarquía y aunque quizá se perdiera por los meandros de las historias menores referentes a santos más locales, no tardaba en descifrar su contenido pues el pintor se había preocupado de ello con detalles tan curiosos como ponerle al malo o a la mala, sobre todo si eran demoníacos, una cabellera roja o de marcar con vestiduras a rayas a los crueles tiranos. A la sencillez de las narraciones correspondía, en la mayoría de las tablas, la ingenuidad del planteamiento pictórico y cierta tosquedad en el dibujo y planteamiento, aunque muchas de ellas nos asombran aún con su delicadeza y calidad, sobre todo, cuando la autoría

pasó a ser famosa y la gente hablaba de la belleza de la obra que había realizado el Maestro de tal sitio, lo que hacía que los pueblos vecinos que preparaban su templo solicitaran su trabajo.

Estos éxitos destaparon en los artistas la posibilidad de asomarse al exterior, al mercado. Sólo faltaba pintar las tablas sueltas con pequeñas unidades temáticas. Si a los reyes, nobles, abades, señores y a esos enriquecidos burgueses les gustan nuestros trabajos, ahora que empiezan a escasear las iglesias, que solamente se construyen las largas, imponentes y vacías catedrales, trabajemos en nuestros talleres y que vengan a buscarnos; siempre será más cómodo que desplazarnos y vivir fuera de nuestra casa todo el tiempo que dura la inacabable creación de un retablo con sus tablas, sus imágenes y su complicada arquitectura, escuchando las impertinencias de párrocos, obispos, abades y donantes, más los hirientes comentarios de los no acostumbrados feligreses.

Este interés particular por poseer pintura significó sobre todo la aparición de la competencia entre compradores con el consiguiente aumento de precios y, más interesante, con el valor añadido que la posesión de una obra de arte, dada la dificultad de conseguirla y su coste, suponía para el prestigio de quien la había adquirido. Ya no era solamente un disfrute ni un adorno en las paredes del castillo, ahora servía para acrecentar la fama y, por tanto, la importancia de quien había sabido elegir y, sobre todo, había tenido capacidad para adquirir esas piezas tan cotizadas. Cuando los ricos ganaderos de Castilla mandaban las pacas de lana, bien marcadas con su hierro, a transformarse en caros paños allá en tierras flamencas, pasando por el Consulado

y el puerto de Bilbao, aprovechaban la vuelta para que por el mismo camino y con los mismos porteadores vinieran a los soleados campos de su tierra castellana las tablas que Juan de Flandes y otros compañeros suyos habían pintado con las tremendas crucifixiones en medio de los verdes y oscuros paisajes flamencos.

Cómo iba a ser menos la Reina Isabel. Como no tenía palacio fijo, su corte era trashumante, llevaba consigo la célebre colección de más de cien pequeñas tablas, el famoso políptico de la Reina, que había adquirido a los mejores y más reconocidos pintores del mundo conocido, fueran de donde fueran. Era casi tan famosa su colección de tablitas como la de sus libros. Su consuegro, el emperador Maximiliano, la envidiaba tanto que no tuvo empujo en exclamar, no sin cierto rencor, que la Reina podía reunir obra de todos aquellos artistas porque Castilla era un reino rico y poderoso con ricos pastos y feraces cultivos, que además su fortuna se acrecentaba con las tierras aragonesas y con las ganadas al moro, mientras él, con todo su imperio debía contentarse con coleccionar grabados y dibujos, eso sí, realizados por un tal Durero.

Aquellos libros que afanosamente coleccionaba la Reina Católica estaban llamados a desaparecer tal como entonces se conocían. Había irrumpido, como el famoso caballo en la cacharrería, un nuevo invento: la imprenta. Johannes Gutenberg arrinconó aquellas ediciones de un solo ejemplar escrito y miniado a mano que Isabel incansablemente compraba y que eran más que un pozo de sabiduría un claro resplandor de poderío y riqueza. Es un caso curioso este de los libros miniados, sobre todo los más antiguos, que en la épo-

ca de Isabel ya se hacían con intención y con pleno conocimiento de que se estaba fabricando una joya y que su destino era la biblioteca de un rey, de un noble o de un muy rico caballero, que generalmente las adquirirían por encargo para sí o como regalo de muy alto prestigio, como, por ejemplo, pasó con los libros de horas, cuyas maravillosas ilustraciones más que para esclarecer el texto servían para distraer la mirada y añadir valor y precio a la obra.

No así, sin embargo, en el caso de los libros hechos en los escritorios de los monasterios, algunos siglos antes, por ejemplo los conocidos como «Beatos», comentarios al Apocalipsis. Sin duda era completamente necesario el uso de imágenes para entender la intrincada lección de San Juan. Es más, aquellos bestiarios, aquellas fantásticas geometrías, los desfiles de ángeles y las coreografías de mártires y santos, que recordaban en sus expresiones a las repetidas e impasibles de los retablos, constituían por sí solos explicaciones más claras por su propia ingenuidad y sencillez que los mismos textos. Pero la pregunta es: si eran piezas únicas o con muy pocas y ligeramente diferentes copias ¿por qué el tremendo esfuerzo, el tiempo, la suma delicadeza, la imaginación y la cuidada técnica con la que están hechos? Si, además, el libro tenía como destinatario la biblioteca de un monasterio a la que acudían los pocos monjes interesados que, probablemente, conocían mejor que el autor los vericuetos del Apocalipsis, parece innecesario el trabajo. A no ser que fuera en ello implícito el disfrute de la obra bien hecha, la fama del convento y el placer del lector al pasar sus pergaminos.

Poco a poco, el arte iba dividiendo sus intereses, sus *finés*. Ya no era

Dios quien ocupaba todo, quien llenaba todo. Ahora había otros objetivos, menos comunes, más privados y era necesaria una mayor originalidad. El comprador, ya no el donante, tenía que distinguir con facilidad la obra y a su autor. Si en el arte público valía la repetición de motivos y la igualdad de técnicas no era relevante ya que el receptor quedaba deslumbrado por su propia devoción, que se acrecentaba con la seguridad prestada por la presencia de aquellas imágenes, ahora que iba a disfrutarse en una mayor intimidad, a veces en amable soledad, había que buscar otros temas, otras ideas. Seguía siendo fecundo el tema religioso, pero ahora había que rodear a las figuras con arquitecturas imposibles o maravillosas, entretenerse en pintar los paisajes con profundidad, buscar luces y encuadres más originales y añadirles un poco de emoción estética sin que importara que esta tapara la puramente religiosa.

En seguida sintió el arte, al menos en la acepción que entonces se tenía, temblar su primogenitura en el camino hacia Dios. Las nuevas e imponentes catedrales, con espacios tan altos y muros tan livianos, con grandes vidrieras que dibujaban rayos en el aire y cambiaban de color los interiores en cada paso del sol, con sus poderosos órganos retumbando en las tripas de los feligreses que se sentían perdidos en la inmensidad y arrebatados por las nubes de incienso, habían inventado el primer audiovisual, la gran hipnosis colectiva. El arte, la pintura y la escultura, que exigía otra mirada más serena, más cercana y personal, más esfuerzo para comprender y para gozar, se fue retirando en espera de tiempos mejores y más adecuados a sus valores.

Los artistas se dieron cuenta de la diferencia que había entre la pin-

tura pública y la privada. Aunque más bien, ya que todo era privado, entre la pintura que iba a ser contemplada por todos y la que se escondería en el interior de la vivienda. Unas veces entraban a formar parte de la servidumbre del rey, del príncipe o del papa, quienes les marcaban lo que esperaban encontrar con su trabajo. Otras, trabajaban afanosos en sus talleres, rodeados de discípulos, para cumplir con los encargos. Ya sabemos quienes eran, firmaban sus obras y su nombre y fama se extendía por toda la cristiandad. Conocemos las condiciones que se establecían en los contratos de encargo. Sabemos el coste, la elección de los materiales y el precio que se pactaba. Curioso es, por ejemplo, el alza que experimentaba el precio de un cuadro cuando el artista debía usar mayor cantidad de lapislázuli en el manto de la Virgen.

Los descubrimientos científicos habían creado una atmósfera propicia para la investigación. Los artistas se zambulleron sin miedo en ella: hallaron nuevos pigmentos cuyo secreto guardaron cuidadosamente, aprendieron a utilizar utensilios, como espejos o lentes, para mejorar las perspectivas, estudiaron anatomía, se metieron a veces en peligrosos berenjenales despertando la curiosidad de las gentes ante los misterios que ocurrían en los talleres, con la Inquisición por medio, y algunos se atrevieron a discutir con el mismísimo papa sobre la visión teológica de sus obras. Se escribían tratados y biografías rozando las mitificaciones. Era muy importante signo de distinción tener en «casa» un artista que, a la vez que era pintor de cámara con la tarea de inmortalizar efigies, retratos y hazañas de los señores, les asesoraba en otras cuestiones, a veces alejadas de las propiamente artísticas.

Un poco menos prestigioso era coleccionar obras de este o de estos pintores y lo más corriente, dentro de la burguesía pudiente, era decorar su casa con cuadros comprados en el taller vecino, pequeñas escenas religiosas o momentos de la vida cotidiana de unos personajes en los que podían sentirse reconocidos. El arte, que había dejado de ser el vehículo ordinario para los sentimientos religiosos, pasó a servir para la contemplación íntima o, más frecuentemente, para mostrar el poderío y la categoría de su propietario. Como es lógico eso llevaba emparejado que los artistas, olvidándose de la humildad de los monasterios o del anonimato de los retablos, buscaran afanosamente fama y dinero que, al fin y al cabo siempre han sido una misma cosa.

La decadencia del sentimiento religioso dejó un inquietante vacío y sembró en los hombres un sentimiento de orfandad que les obligó a buscar sustitutos. Los encontraron en el arte. La civilización occidental entró en la llamada «modernidad», que dura ya casi tres siglos. El arte se sintió a gusto. Comenzó a mirarse a sí mismo, a buscar las razones y a ponerse como modelo. El arte empezó a no significar, a ser.

Surgieron en imparable cascada los grandes nombres, esos que han llenado las páginas de los libros y de los que, generación tras generación, se estudia su vida en las escuelas y llenan los museos de gente ávida por contemplar sus obras. De su mano, el arte fue ocupando las cimas de la civilización. Todavía, varios siglos después, ponemos a la Capilla Sixtina de Miguel Ángel como la expresión humana más cercana a la divinidad, aunque fuera

una divinidad paganizada. Nos asomamos, absolutamente fascinados, al misterio de una sonrisa que quiso desvelar Leonardo mientras le hacía cosquillas al poderío de las máquinas. Andamos de puntillas para no perturbar el silencio de las habitaciones de Vermeer. Hablamos emocionados de los rojos de Tiziano y los azules de Tintoretto o viceversa. Nos extasiamos arrullados por las carnales mujeres de Rubens. Nos admiramos de que un hombre, de nombre Diego y apellido Velázquez, lograra tocar el cielo con sus



Alexandre Arrechea
Autopista
2011

pinceles. Escudriñamos, todavía asombrados, los mínimos detalles que Rembrandt mimaba en sus grandes cuadros. Olemos la plancha y la blancura que usaba Zurbarán para arreglar sus manteles. Fantaseamos con los manieristas ojos del Greco. Temblamos con las oscuridades tenebrosas de Valdés Leal. Hacemos las reverencias protocolarias ante la exhuberancia de los trajes con los que los retratistas de corte, los Sánchez Coello y demás, que vistieron a reyes y princesas, para acabar riéndonos con la boca abierta ante la familia de Carlos IV que Goya pintara en un genial arrebatado de talento e ironía. Y así, una y otra vez, a estos y a mil más, les rendimos homenaje y tras ellos al arte que

nos ha trascendido de la realidad hasta crear, a veces, una realidad inventada más real que la verdadera. Nadie duda de que Isabel la Católica conquistó Granada montada en un caballo con gualdrapas llenas de bordados con los escudos de su «Tanto monta, monta tanto» o que Colón puso la rodilla en tierra al llegar a las costas del Gran Cipango o que Torrijos fuera fusilado a las orillas del mar o que Napoleón supiera ondear con tanto brío una bandera. Aquellos cuadros de historia han terminado por ser la historia.

Un día, los artistas se cansaron de dejarse las pestañas en una búsqueda de la trascendencia entre mitos, olimpos o historias y cogiendo bajo el brazo un pequeño lienzo, un frágil caballete y una caja con

pinturas y pinceles, se lanzaron a la calle, salieron al campo y dejaron que la luz les contara su secreto. Luego quisieron que los demás también disfrutaran como ellos, pero los otros, envueltos en sus trajes negros, los rechazaron. Al principio, indignados; después, envidiosos; más tarde les admiramos y luego los pusimos en los altares. Sin olvidarnos de que terminaron cotizando los reflejos de esa luz a las más altas cotas del mercado.

Este fue su dios y su peligro. Para sortearlo buscaron otros dioses que les ayudaran o intentaron apoderarse de él, aunque ocurrió al revés: fue el mercado quien se apoderó del arte. Y no valió ni la sobrecogedora emoción religiosa de un Rothko, ni la

incansable creatividad de un Picasso, que rompió las leyes del mercado, pues no bajaron sus precios a pesar de que día a día su producción aumentaba hasta desbordar más de tres museos, ni la pasión burbujeante de Matisse, ni la acidez seductora de Bacon, ni la razón encapsulada de Mondrian o de los rusos, ni el desmedido chorrear de Pollock, lograron vencer, más allá de unos días. En seguida cayeron en sus manos y de buscar, y hallar, causa para su rebeldía se convirtieron en faros del mercado. Descaradamente, en el caso de Aviadolars —como llamaban a Dalí sus amigos-enemigos surrealistas que se inventó a sí mismo—, lo que pasa es que apoyaba su farsa no solamente en la imbecilidad de la gente, sino en un gran talento para el arte que, sin duda, lo tuvo. Sus obras mediarán por él y le salvarán de su apostasía por el mercado. Lo contrario de lo que ocurrió con el pequeño campesino, don Juan Miró, que, pasando entre las estrellas aprendió el valor de las cosas sin equivocarlo nunca con el precio.

Probablemente no fueron los artistas quienes encendieron los cirios y las lamparillas al dios-mercado, aunque no consta tampoco que le hicieran el menor asco. A su alrededor nacieron los intermediarios que, bajo diversas maneras, marchantes, *dealers*, galeristas, comisarios, curadores y funcionarios, manejan, jerarquizan, controlan, elevan o despeñan a los artistas y, por lo tanto, señalan el camino que va a seguir el arte, casi siempre con la colaboración entusiasta de los artistas elegidos y la rabia inútil de los rechazados, a los que ahora no les queda ni el recurso de montar un salón de «refusés», ya que si no están en la onda no interesan a nadie; simplemente, no existen.

El arte siguió luchando contra la destrucción que desde su mismo interior surgía, pero en seguida se dio cuenta del juego de palabras, era cuestión de cambiar el nombre, de darle vueltas al modo de expresión, de llevar a los extremos las



Alexandre
Arrechea
Máquina
2011

aventuras. Así, un día, mientras terminaba un problema de ajedrez, Marcel Duchamp, aburrido de ver bajar la gente por la escalera, lanzó el discurso de que la imagen ya no es arte, que este está en la propia realidad, basta con mirarla con esas gafas protectoras que son la propia palabra: arte. Y su amigo Man Ray nos emocionó ayudándose de una

máquina en vez de los pinceles, mientras a su lado posaba Kiki, la fascinante *ex* de Modigliani y de otros y que tanto sabía, si no de arte sí de artistas. O cuando el gran Meliés hizo que en la luna que guiñaba su ojo en gracioso movimiento aterrizara su asombroso cohete, mientras salían los obreros de la fábrica de los hermanos Lumière, o Gimeno sacaba a las gentes de la misa de doce del Pilar de Zaragoza.

El arte se ha visto envuelto en una singular estafa en la que se ha metido de lleno cual si de bonos basura o hipotecas sucias se tratara. Con la diferencia, enorme diferencia, de que las estafas financieras han perjudicado de cruel manera a millones de víctimas en el globalizado mundo de hoy, mientras que el gran fraude del arte solamente ha logrado una víctima: el propio arte. Lo que empezó siendo una muy buena ayuda para los artistas y un honrado oficio, se ha desmadrado en un hervidero en el que los especuladores se mueven con la misma desfachatez que en los entresijos de Wall Street. En lugar de buscar y sacar la excelencia, hocican en la más fácil basura, aunque como contraste una de sus misiones sea precisamente limpiar, blanquear lo llaman, dinero. No debe extrañarnos que aparezca en la prensa la noticia de que alguno de los cabecillas de esas operaciones de nombres tan curiosos y por las que van a ser juzgados toda una caterva de corruptores y corruptos, tiene, en su primera o en su quinta vivienda, una rara colección de arte valorada en muchos millones pero con una mezcla de nombres que por si sola indica lo

lejos que está del arte, aunque esté tan cerca de la inversión. Se dice de alguno que hasta tenía un Miró en un cuarto de baño. A los que asesoran estas compras, estas seguras inversiones, les es necesario que todo cambie y que lampedusianamente nada cambie. Se hace indispensable una continua y veloz aparición de nuevos genios que al día siguiente de su descubrimiento caigan en el olvido una vez que su cotización ha logrado estallar las barreras. Como en la bolsa: tirar las acciones, comprar a la baja, subir la cotización y vender a la alza.

Fácil y sencillo. Pero hay que montar alrededor una gran farsa, todo un circo que engañe a los compradores y enturbie la visión de los amantes del arte, lastre que debe arrojar al abismo de los marginados junto a los artistas que todavía insisten en encontrar para su arte un camino hacia la trascendencia. Quedan aún y de vez en cuando asoman en galerías y museos, artistas insurgentes, subversivos, rompedores que, lejos de las élites y demasiado a menudo abandonados de comisarios y curadores, asoman sus obras en galerías, tímidos festivales, encendidas casas o museos de provincias como los de León, Badajoz o Móstoles.

La codicia ha decidido prescindir hasta de los valores de la historia, hasta de los cimientos tan cotizados en las propias subastas, que pusieron en marcha las ahora menospreciadas vanguardias. En el mundo del arte ya no se cotizan los nombres por el resplandor de sus obras, ni por la originalidad de sus planteamientos, ni por la infatigable búsqueda de la otra realidad que influya en ésta, ni por su esfuerzo por procurar un compensatorio disfrute a los apaleados contempladores; ahora solamente

cuentan las marcas en las que se apoya el valor —me equivoco: ¡el precio!— que todo el mundo acepta.

Claro que es necesario crearlas, mantenerlas, suscitar a su alrededor el interés, organizar la globalización de su conocimiento, prescindiendo de la necesidad de hacer un esfuerzo por entenderlas, ya que no es preciso ni siquiera gozar de ellas, basta con adquirirlas. Por supuesto que todo ello requiere un entramado bien montado en el que participan, algunos, despistados o fascinados por el falso fulgor del montaje, sin saberlo; pero la mayoría, algunos artistas y multitud de la comparsa que hoy les acompaña, bien conscientes de que alguna migaja caerá en su regazo. Para lograrlo se valen de todos los hallazgos, estrategias y técnicas de la venta de productos, las relaciones públicas, la creación de imágenes, precisamente en un mundo en el que la imagen es su esencia, el marketing. Como ha puesto de manifiesto en su libro *El tiburón de doce millones de dólares* Don Thompson, que conoce muy bien ese proceloso mar en el que se enfianga el arte, se eligen artistas, no importa la calidad estética, mucho menos la ética, no por lo que hagan, sino por la posibilidad de impacto mediático; ya no se necesitan críticos que desenreden las propuestas artísticas, no las hay, basta con lanzar en una subasta bien organizada los nombres, perdón, las marcas, con bien elegidos públicos que se sientan cómodos con la especulación, pues ellos también mojan y con algún, despistado o no tanto, director de este o aquel museo de arte contemporáneo que acoja en su seno la obra del artista elegido mientras se tapa las narices con sus sucios dedos. Es cuestión de aplicar las técnicas del mercado: la habili-

dad del trilero, que sepa esconder la bolita para que se salgan y no cuenten los que no están en el sistema; la desvergüenza del charlatán de feria, que presenta la triste metáfora como si fuera la sublimación del pensamiento; la sordidez del lupanar, para que las lentejuelas y los afeites escondan la flacidez de las carnes; algo de central de banco para saber dónde van quedándose los flecos; bastante de parqué de bolsa, donde los sólidos floten en el aire y suban o bajen a toque de campana y el talento del viejo *clown* de los teatros de variedades, que se invente la imprescindible «storytelling». Añádasele la pimienta de los volatines del circo, que más que intentos de vencer a la gravedad con nuevas imaginaciones, son variaciones sobre el escándalo o aventuras pasadas en el descubrimiento del Mediterráneo, para que logren el interés y el regocijo en los aburridos telediarios de la tarde.

Una marca es, por ejemplo, Damien Hirst, el más conocido del grupo YBA, Jóvenes Artistas Británicos. Aunque debajo de la marca hay un artista y tras el caparazón una persona, su nombre es un producto que se cotiza y se vende con escándalo de precio en esta encrucijada que, por lo que vemos, no ha herido ni siquiera rozado al mercado del arte. Me equivoco, quería decir al mercado de marcas de arte. Tuvo la suerte de contar con el apoyo, quizá fuera su creador, del coleccionista más conocido y más extravagante de Londres, Charles Saatchi. Todos sabemos que Londres y Nueva York se reparten el bacalao en el parqué del arte. Su galería de Chelsea es el templo de peregrinación que debe visitar todo fiel devoto, su libro *Soy un adicto al arte* es el *Camino* de la nueva

secta y es un palpable ejemplo de personalidad egocéntrica. Se ufana de su olfato, que sin duda lo tiene, extraordinario por el que conoce qué artistas van a explotar el mercado. Por citar un caso: una obra de Marc Quinn, verdaderamente asquerosa, un vaciado de su propia cabeza hecho, decía, con su sangre congelada, titulado *Yo mismo* y que compró por 13.000 libras, consiguió venderlo un poco después por un millón y medio de las citadas libras. Él fue quien compró el famoso tiburón de Hirst, un escualo pescado en Australia, inmerso en formaldehído, bastante mal conservado —se dice que han tenido que cambiarlo por otro porque entraba en putrefacción— y quien poco después decidió deshacerse de la pieza, venderla en América a uno de esos verdaderos ricos que por allí pululan quien, al tiempo, la donó al MOMA. Ya está la marca en su sitio preferido.

Damien Hirst trepó a la cima de la fama con la exposición de una calavera del siglo XVIII comprada, según dice la leyenda —es fundamental que las marcas se fabriquen sus propias leyendas—, a un taxidermista, lo que le da un cierto toque fúnebre bastante esencial ya que otra de sus historias, que puede ser verdadera, dice que Hirst trabajó en su primera juventud en un depósito de cadáveres. Recubrió esta calavera con platino y le incrustó 8.601 diamantes. En medio de la estupidez que el gesto supone y que manifiesta hasta dónde puede llegar el desbordamiento de la *grandeur*, a la vez que prepara la noticia para que el precio esté proporcionado con el coste, tuvo un detalle de ingenio verdaderamente valioso, lo tituló *Por el amor de Dios* que, dijo, es lo que exclamó su madre al verlo. El caso es que los coleccionistas que se precian, como Aby Rosen, y museos que hacen de faro para la navegación

por esas bajuras tan peligrosas, han adquirido obras de Hirst, algunos en la subasta que el mismo organizó de sus obras en Sotheby's, prescindiendo de marchantes y galeristas. Fue en el 2008 y fue un éxito, sobre todo, de repercusión mediática. Ahí se puso de manifiesto la excelencia de la marca. No se trata solamente de fabricarla, hay que mantenerla en el mercado y la mejor manera es no permitir que los precios bajen, hay que seguir corriendo para no caerse y sorprendiendo para salir en los telediarios como lo que es: un lujo al alcance de muy pocos.

Luego, todo viene rodado. Las casas de subastas como la citada Sotheby's o su hermana rival Christie's ayudan, apareciendo siempre en estas carreras de las marcas por seguir en lo alto de la pomada, manteniendo el interés junto con los mismos propietarios de anteriores Hirst, coleccionistas y museos, que no pueden permitir que baje el precio

Fundación Pablo Iglesias



Cuadernos de Alzate

SEÑAS DE IDENTIDAD

Raúl López Romo
Gaizka Fernández Soldevilla
Fernando Molina Aparicio
Fernando Romero
Concha d'Olhaberriague

ELECCIONES 2011

Francisco J. Llera
Rafael Leonisio
Jonatan García
Sergio Pérez
Javier Tajadura Tejada
Joseba Arregui
J. M. Ruiz Soroa
Florencio Domínguez

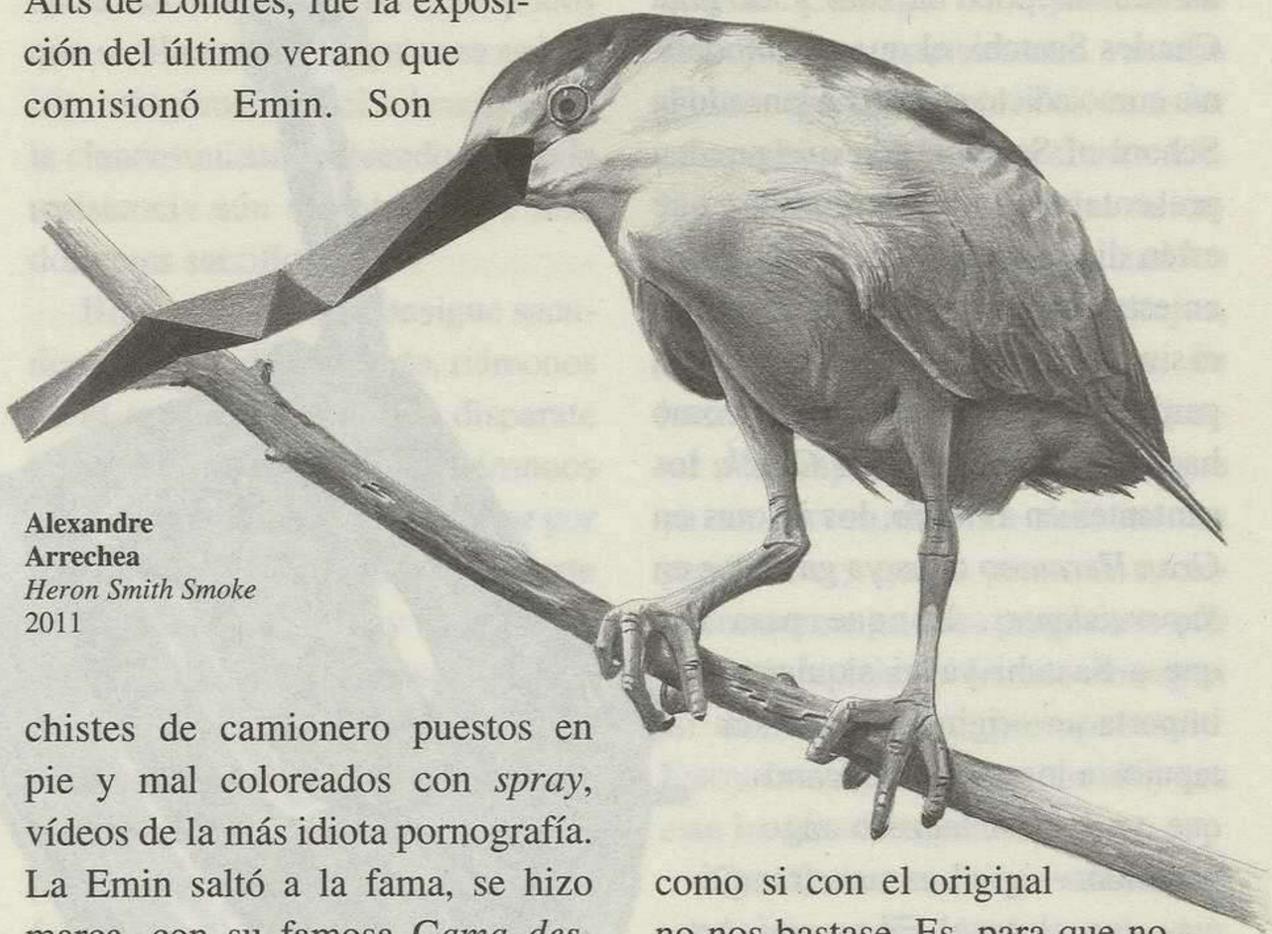
Monte Esquinza, 30, 2.º dcha. 28010 Madrid Teléfono: 913 104 696 - 913 104 313 Fax: 913 194 585

editorial@fpabloiglesias.es
www.fpabloiglesias.es

a su verdadero sitio, pues se pondría de manifiesto, además de bajar el valor económico de su patrimonio, que se habían dejado engañar como unos pardillos. ¡Ah! Aviso a los navegantes, la exposición que últimamente ha hecho Hirst en la importante galería Wallace Collection de Londres no ha sido precisamente un éxito, no sabemos si los críticos se han quitado las legañas o si todo es una sutil maniobra de marketing. Hoy, sin embargo debe estar cabizbajo y triste, pero no desesperéis, ya saldrá del agujero. Me estoy refiriendo al descalabro sufrido en la lista de los más influyentes del mundo del arte que publicó la revista *ArtReview*, ha bajado del número *one*, que llevaba ocupando varios años, al 48, así, de golpe. Y, más importante para nosotros, su puesto no lo ha ocupado otro artista ¿? sino uno de los que mueven los hilos que han desbancado a la marioneta: Hans Ulrich Obrist, director de la Serpentine Gallery de Londres, nada menos, y que además conoce el mercado, y el paño, porque durante varios años ha trabajado con ArtBasel. Será que conviene que se enfríe el subidón de escándalos y que no se les vaya el tema de las manos, su artista preferido ya no es ni taxidermista ni joyero, ahora pinta, como los grandes de la historia, pero menos: en la Wallace lo ha demostrado, no sabe hacerlo, ya no engaña, ya no es un juego divertido, ahora se le ve la trampa.

No solamente existe y escandaliza el fenómeno Damien Hirst, no hay que olvidar al perrito-jardín del Guggenheim de Bilbao, obra de Jeff Koons, que no se sabe si es un alarde de floristería, un cachondeo o la sacralización del espíritu Disney, que al fin y al cabo es el ídolo de la globalidad. El tal Koons, consagrado por

ese vaticano del arte que está junto al Nervión, fue en su día pareja de aquella famosa estrella del famoso italiano que, enseñando sus pechos, llegó a ser elegida para el Parlamento: Cicciolina. Y ya el colmo de la provocación por la provocación, que no hubiera tenido la menor gracia si no fuera porque está hecha en las salas de la Royal Academy of Arts de Londres, fue la exposición del último verano que comisionó Emin. Son



Alexandre
Arrechea
Heron Smith Smoke
2011

chistes de camionero puestos en pie y mal coloreados con *spray*, vídeos de la más idiota pornografía. La Emin saltó a la fama, se hizo marca, con su famosa *Cama después de una noche de amor* toda llena de bragas sucias, colillas y preservativos, y ha logrado ser Académica y se ha encargado de la citada exposición en la que se exhiben, entre otras muchas estupideces, una escultura de Tim Webster y Sue Noble llamada *Pink Narcissus*, que es un manojo de penes y manos entrelazados cuya sombra en la pared es la unión de dos cabezas, los autores. Hay una cebra macho que se tira a una mujer y una mujer que se desangra mientras baila el hula-hoop en una playa. ¿Divertido? Nauseabundo. Y ha aparecido en periódicos, revistas y telediarios, los nocturnos, claro, de todo el mundo.

Y ya, pasándose, llevando las cosas a su sitio, está la empresa Kai-

kai Kiki, nueva marca de Hiropon Factory, de la que es dueño, señor y director, el japonés Takashi Murakami, nacido en 1962, el autor *newpop* más famoso y rico de la actualidad, que mezcla en sus productos la tradición japonesa con el manga, el anime y con elementos de la plástica tecnológica. Vamos, un Warhol pasado por el turmix del mercado,

como si con el original no nos bastase. Es, para que no falte de nada, el creador de un nuevo estilo, el «superflat», que pronto se estudiará en los manuales de Historia del Arte, pues ya hay dibujos, vídeos, muñecos gigantes de látex y muchas más idioteces suyas en museos y galerías de América y Europa, incluida España. Su marca, su fábrica, produce también, en lógica amalgama, bolsos para la marca Louis Vuitton. Cuando apareció en la portada del *New York Magazine* como uno de los más grandes artistas del siglo XXI, dijo la definitiva y lapidaria frase: «Si el artista no sabe vender su obra, no debe crearla». Punto.

Lo malo es que, mientras, los artistas punteros se consumen con gran rapidez, tienen que seguir haciendo

obras de marca, que sean fácilmente reconocibles, para que los compradores y sus admiradores —no de sus obras, sino de quienes las tienen— las puedan identificar y valorar. Es lo que antes llamábamos estilo.

Se necesita buscar nuevos talentos y promocionarlos de salida con todas las fanfarrias posibles. Se les ha ido un poco la olla y el gran Charles Saatchi, el que se autodefinía como adicto al arte, ha lanzado la School of Saatchi, a la que pueden presentarse todos aquellos que estén dispuestos a obtener la fama, en este caso de artista plástico, por el simple hecho de saber aguantar sin perder la cara un *reality show* como hacen los futbolistas en *Crack*, los cantantes en *Triunfo*, los idiotas en *Gran Hermano* o los ya gastados en *Supervivientes*. Lo que pasa es que a Saatchi ya ni siquiera le importa ser original y copia sin tapujos a los norteamericanos, que ya habían lanzado algo parecido —igual es una franquicia— en el canal Films and Arts de Nueva York bajo el título *Art Star* y que fue uno de los más lamentables espectáculos que el llamado arte contemporáneo pudo inventar hasta para sus mismos propósitos. Pues si algo hiera al espectáculo es el aburrimiento y ver a unos llamados artistas discutir y discutir, exponer cutres ideas sobre filósofos no leídos, tópicos sobre los significados del arte, elogios a los organizadores o patrocinadores sin vergüenza alguna y, de vez en cuando, ponerse a realizar sus obras, que no eran, ni siquiera, trasuntos de sus idioteces habladas. Si en los *realities* como *Gran Hermano* en sus diversas versiones las discusiones más apasionantes son sobre el tamaño de los órganos sexuales de los participan-

Alexandre Arrechea
Aliento y vapor
2011



tes y la frecuencia de su uso —que se lleva a cabo a la vista de todos—, aquí versaban sobre lo mismo, solamente que camufladas por las citas de Derrida.

Al lado de estos grandes proyectos de lanzamiento —¡qué ternura!— y hasta un poco de vergüenza ajena despiertan los esfuerzos de nuestros artistas del siglo XX. Su mayor ilusión, por la que pasaban trancas y

barrancas, era lograr que museos, sociedades estatales para la promoción del arte u cualquier otra institución oficial les editase un catálogo de su obra. Tenía que ser un libro muy grande, con muchas ilustraciones, en brillante papel satinado y con un texto en el que dijese cualquier cosa algún crítico prestigioso —de prestigio, no del pestilente *Prestige*— y amigo. O el despepite de los se perdían por ser el perejil de todas las salsas y buscaban con ahínco enchufes y recomendaciones para ser los pintores de cabecera de televisiones y periódicos y así, cuando considerasen divertido sacar la opinión de un artista sobre cualquier tema, el nombre elegido fuera el suyo.

La verdad es que esto de ahora, bien mirado, resulta ridículo y dan ganas de reírse si no fuera porque a uno se le revuelve la bilis cuando en su cabeza resuenan los tamaños de los números y sus bailes, sobre todo si se comparan con las cifras que manejan las galerías que no han sido tocadas por la varita mágica de la fama. O si no hubiera un flujo de corrupción que ha contaminado museos, comisarios, críticos y responsables de promover con dinero público el arte contemporáneo, según marcan las conocidas leyes del mercado, cuya principal máxima es obtener el mayor beneficio en el menor tiempo y con el menor esfuerzo posibles.

Las consecuencias más trágicas son dos. Primero, que el abrumador ruido que se arma tapa cualquier otro sonido con lo que la gente que no entiende nada y se pasma ante las insensateces, piensa que el arte es de otra galaxia, que ni les importa ni ellos importan al arte; y algo de razón tienen, pues así se lo ense-

ñan importantes museos, millonarios coleccionistas e inteligentes críticos. Segundo y no menos importante, que con el ajeteo, la furiosa ocupación de espacios y el agotamiento de ayudas y subvenciones, han logrado la desaparición o al menos el silencio de muchos artistas, galeristas, críticos y hasta instituciones que siguen trabajando, quizá sin saber muy bien en qué dirección. Y hasta puede ser que acepten el malditismo al que se ven arrojados, tal vez repitiendo sendas ya trilladas en ímprobos esfuerzos por no perder comba.

De ahí que algunos, deslumbrados por el oropel, se pierdan e intenten utilizar sus armas y sus juegos para, sin abandonar su honrada perspectiva, conseguir que asome por lo menos su cabeza por algún agujerito que les permita quizá no entrar en el club de los consagrados, pero sí continuar en la brecha. Lo que justifica la gran cantidad de parodias y de chistes sin gracia que vemos con tristeza suplantar con aparente desparpajo el rigor y la reflexión que el arte siempre ha exigido. Error que puede partir de la impaciencia, del cansancio o de no haber entendido que en arte no pueden diferenciarse forma y contenido, que el valor —ojo, no el precio— del arte no consiste en lo insólito del material empleado, ni en el ingenio o gracejo con los que se crea o representa la realidad, sea cual sea el matiz de ésta que el artista quiera mostrar. Ya se puso claro en los años 60 y 70 del pasado siglo con la eclosión del arte conceptual, las *performances*, las instalaciones y todas aquellas desmaterializaciones de la obra de arte a las que con tanto entusiasmo se dedicaron demasiados artistas a los que la historia les agradecerá su esfuerzo, si es que sus nombres recuerda. Con

parecida —y a la vez contrapuesta— intención surgió un movimiento renovador de la materialización tradicional, pintura y escultura, que buscaba liberar la obra de arte de otras ataduras.

Pero, ¡ay, amigo!, ninguno de los dos caminos logró evitar el asesinato del espíritu de «vanguardia» que los esbirros del mercado cometieron en la década de los 80. Los pocos que se libraron de la matanza se han ido refugiando en el silencio o en la clandestinidad, poniendo en pie la resistencia aún a costa de los más dolientes sacrificios.

Bien, si el arte no consigue sacudirse el yugo del mercado, riámonos de él y apostemos por el disparate llevándolo al absurdo. Vistámonos de cínicos y paseemos sin rubor por las orillas del espectáculo. El arte pertenece a la historia y las majaderías que hoy nos presentan son divertimentos —como lo son los divorcios y las bodas reales—, que nos presta la generosidad de esa gente que lo compra o lo vende o lo fabrica.

Podemos también optar por dedicarnos al disfrute de la pura estética, mirando por encima del hombro con cierta displicencia. Los juegos con los colores y las formas, si se hacen con red, no son peligrosos y con ellos no se mete el dedo en el ojo de nadie. Las tarjetas postales ampliadas resultan agradables y unas anodinas estatuas de cervatillos hacen muy monos en plazas y jardines.

Claro que todavía podremos volver a velar las armas, calzarnos la espuela y blandir la espada: esta realidad que nos circunda y a la que pertenecemos no nos gusta y el arte, que históricamente ha procurado destapar las miserias y frotárnoslas por la cara, sigue teniendo la ineludible obligación de ayudarnos a ver-

la como es y de darnos la mano para que logremos cambiarla o trascenderla.

Habrà que sacudirse el influjo que el espíritu Guinness ha tenido y tiene en la valoración del mérito. Lo importante no es lo que las cosas o las acciones son, lo que interesa es ser el primero, el más alto o el más guapo, no importa de qué ni entre quienes. Contagio del espíritu olímpico y —¡ya estamos otra vez con ello!— posiblemente del carácter competitivo que impone el mercado. No me estoy refiriendo a las ridiculeces esas que a veces organizan los concejales de cultura o de festejos, tan increíblemente imbéciles, de hacer la paella más grande o de juntar a la mayor gente en pelotas, que ya no sirven ni para salir en los periódicos y que a penas si consiguen asomar en esos programas con los que la televisión nos obsequia en su actual cutrez presupuestaria. Estoy lamentando que también sea esta la vara de medir el arte.

Que las instituciones valoren sus exposiciones por el número de visitantes puede ser una cuestión de *share* que, como todo el mundo sabe, es el barómetro que utiliza la publicidad para moverse por el espectáculo. Necesitan «espónsores» para seguir desarrollando sus programas culturales, entre los que las exposiciones juegan un papel muy importante, no debemos olvidar que presentan un atractivo muy cercano al que nos tiene acostumbrados el dios más querido de la cultura actual, esa que dice ser de masas —hablamos de *share*, televisión, ¿se acuerdan?— que es el espectáculo. Todos los años, allá por febrero, nos recuerda la prensa de Madrid cómo sube o cómo baja el número de visitantes a la feria de ARCO y se pierden, mareando la perdiz, para no decir-

nos cuál ha sido el montante de las operaciones que en una feria, ARCO es eso, debía ser lo único que importa.

Claro que ARCO es harina de otro costal y un síntoma de la supremacía del mercado. Una feria, que nace para reactivar un mercado que languidece, se convierte en el momento estelar del arte de una ciudad, casi de una nación. Una muestra, sin más orden o concierto que los que la ocasión mercantil impone, constituye el acontecimiento esperado, la cumbre, para el disfrute de un arte que muchos —he ahí la cuestión— madrileños no esperan, ni por asomo, comprar ni vender, que es para lo que suelen ser las ferias. Por supuesto, nunca nos dicen cuántos de los que componen ese récord de visitantes son compradores. Los galeristas que, un poquito ayudados por las subvenciones, sufren en sus espaldas el pago de la feria no se quejan demasiado y todos los años se pelean por estar o no estar en ella, lo que nos llena aún más de confusión. El interés es totalmente comprensible, hay que mostrar el paño, o el lienzo en este caso, y esos visitantes son, ¿quién sabe?, potenciales compradores.

Entonces, ¿por qué o con qué criterios se selecciona la participación? Si es una feria, y siempre hemos aplaudido que limpiamente y con todo orgullo lo sea, la selección debía hacerse, si hay que hacerla por la limitación del espacio, por la que mandan las leyes del mercado: ante la escasez de oferta y el aumento de la demanda, sube el precio. Pues no, parece ser que la elección, que por lo visto levanta ampollas, se hace por otros criterios, entre ellos, según muy serios aseguran, los artísticos. ARCO es la exposición de

arte contemporáneo más caótica y sin sentido que pueda organizarse, si prescindimos del carácter mercantil. Las obras se muestran con un amplísimo sentido de la contemporaneidad, juntas y revueltas. Podemos admirar, comprar es otra cosa, algún precioso ejemplo de vanguardia, algo carísimo de El Paso o del Dau al Set, al lado de la más idiota de las metáforas o de la más valiente y actual expresión artística. No falta nunca ese momento, cuando ya piensas en marcharte, terriblemente cansado de deambular sin encontrar, ni pretenderlo, un imposible orden, en el que un conocido —encontrar gente interesante ha sido una motivación de tu visita— te aborda y lleno de euforia, pesadísimo, te habla de la preciosidad de un cuadro, siempre muy pequeño y de un autor de la categoría de Klee o de Kandisky, que supone habrás visto en determinada galería, extranjera por supuesto, por la que tú no recuerdas haber pasado. Se te abren las carnes ante el dilema, irte al bar a tomar el reglamentado *gin tonic* o volver a buscar el dichoso cuadrado. Lo resuelves volviendo a amargarte con la consideración de que es ARCO, el mercado, quien suple en gran medida, la obligatoriedad que las instituciones culturales tienen de mostrar, apoyar y difundir el arte contemporáneo.

Instituciones que pueden ser víctimas propicias de la pasión ahorradora que está recorriendo Europa ya que a ellas van a golpearlas donde más les duele, en el presupuesto, así se viene anunciando. Claro que no sabemos si los cirujanos de hierro que amenazan con las amputaciones están pensando en hacerlo sólo con el mal arte, ese al que la Academia de la Lengua define como «arte en mal estado o disposi-

ción» o con las malas artes, «medios o procedimientos reprobables de los que se vale alguien para conseguir algún fin», o con las artes del diablo, «por vía o medio que parecen fuera del orden natural», que podría ser y que nosotros, hombres de poca fe, con nuestro habitual talante mucho más pesimista que lo que la realidad de la situación nos recomienda, no sepamos, agoreros, verlo. Confiamos en los ángeles y tomemos la infusión que nos recomendaban, también según la Academia, ya que si ellos no lo remedian, todo eso que la historia, la civilización occidental, la humanidad ha venido llamando arte, será definitivamente un, lamentable o no, espectáculo que monta, explota y dirige el dios nuestro señor al que llamamos mercado.

Si para los artistas son estos tiempos difíciles para la mera subsistencia, no digamos ya para las galerías. Desbrozar entre las disparatadas propuestas que les ofrece el panorama, disperso y sin rumbo previsto, de la creación, luchar por mantener el tipo en una situación de oscuridad en la que la prepotencia del gran mercado las ha escondido y lograr mantenerse vivas, es todo un triunfo merecedor del mayor premio. No hay nada ni nadie que les ayude. Los que deciden en las instituciones que pueden comprar arte se mueven por otros derroteros, sólo van por los que señalan los gurús a los que pocas galerías tienen acceso. Los coleccionistas, ni hay ni se les espera. Los particulares, que solían llevarse una obra porque les había guiñado el ojo, se han apretado los cinturones y se lo piensan muy pensadito. Ya ni siquiera mejora la admiración ajena porque tengas un, pon aquí el nombre de un artista que haya salido al menos una vez en la prensa, colga-

do en la pared del cuarto de estar. Si quieres una prueba del color que ha tomado esta situación, da un repaso a los suplementos dominicales de los periódicos. Podemos ver fantásticas casas de insultante modernidad con carísimos muebles —de diseño ¡claro!—, adornados con cándidos bibelots, cursis recuerdos de exóticos cruceros y fotos enmarcadas en plata y las paredes siempre limpias, sin cuadro alguno. A veces salta una excepción y vemos una obra de un amigo del propietario que no está colgada sino apoyada en una de las paredes. Para colmo, también los libros brillan por su ausencia ya que solamente aparecen algunas lujosas ediciones, casi siempre de arte, ¡faltaba más!, sobre la mesita de cristal que hay delante del sofá, ese sofá sobre el que nuestros padres solían colgar, avergonzadamente para noso-

tros, un cuadro. Claro que también nuestros padres veían documentales en el televisor puesto sobre su especial mesita o en el aparador, y a nosotros nos los enseñan en el suelo y los llaman videoinstalaciones.

Pues a pesar de lo que está cayendo y sin paraguas protector alguno, aún hay gentes de todas las edades que tienen, o esperan tener, el arte como meta de su vida; para ellos es lo único que merece la pena y ahí siguen con el pincel o el mazo, acumulando sus obras completas en el trastero de su estudio, incansables, visitando exposiciones de amigos y de enemigos, reprimiendo su envidia cuando han visto un camino nuevo, una solución para un problema que ellos no habían sabido resolver, lamentándose de la soledad del corredor de fondo. Somos también, todavía, bastantes los que,

infatigables, gozamos y disfrutamos con la contemplación de cualquier tipo o manifestación de arte, los que saboreamos sus propuestas y nos extasiamos con las novedades y, más aún, con el descubrimiento de lo ya conocido, pues bien sabido es que lo que más nos gusta y tranquiliza es volver a aquellos verdes prados que ya conocimos. Visitamos galerías y exposiciones y acudimos, aguantando pequeñas colas ante las pocas muestras de arte contemporáneo que nos ofrecen. Pequeñas colas, pues lo masivo se queda para el fútbol o para los conciertos del Rock in Río. Pronto desaparecerán estos pequeños oasis tragados por el desierto que nos prometen esos anunciados recortes que las instituciones van a hacer de lo inútil y lo superfluo. Ya que eso, ¡quién lo duda!, precisamente es el ARTE. □

Fundación Pablo Iglesias



ISBN: 978-84-95886-58-3

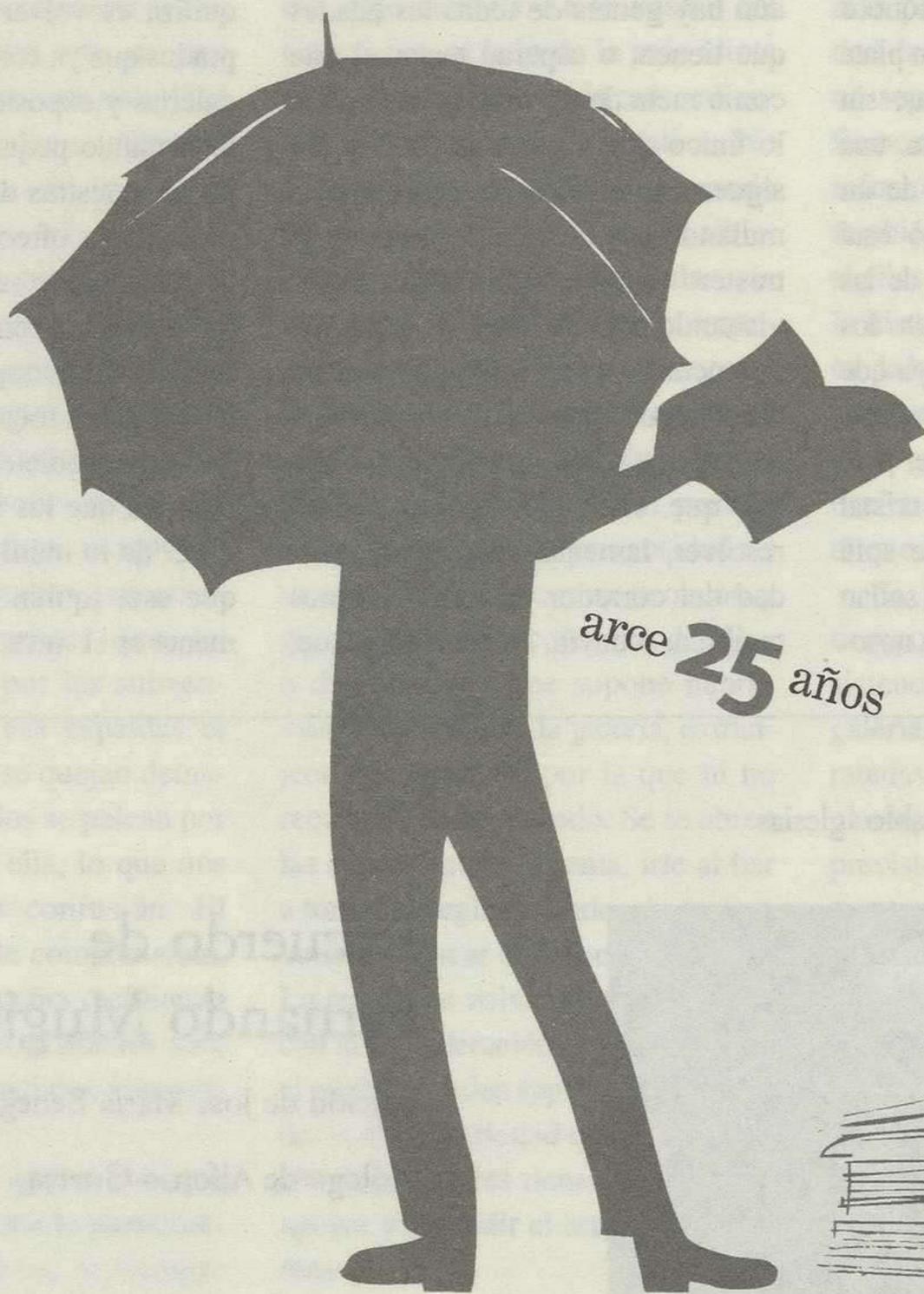
Recuerdo de Fernando Múgica

Edición de José María Benegas

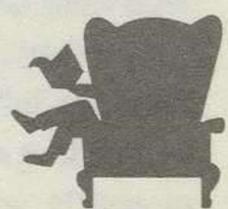
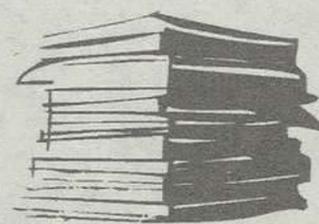
Prólogo de Alfonso Guerra

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha. 28010 Madrid Teléfono: 913 104 696 - 913 104 313 Fax: 913 194 585
 editorial@fpabloiglesias.es
 www.fpabloiglesias.es

La cultura pasa por aquí



arce **25** años



arce

ASOCIACIÓN
DE REVISTAS
CULTURALES
DE ESPAÑA

www.revistas culturales.com

Neopopulismo en Europa

Uno de los rasgos más acusados de las últimas elecciones celebradas en distintos países europeos es la caída del voto socialdemócrata y el aumento del apoyo a partidos neopopulistas, en muchos casos xenófobos y anti-islamistas. Es difícil saber cuándo comenzó esta tendencia, que —con alguna excepción— parece ser ya una pauta estable, al menos desde las últimas elecciones al Parlamento Europeo en 2009. Todo apunta a que la variable directa que explica este estado de cosas es la crisis económica, que ha fomentado la generalización del miedo en una población perpleja, el escapismo estatista y un conjunto de nuevas actitudes que permite observar un evidente cambio en la ciudadanía europea. También se da un preocupante divorcio entre ciudadanos y clase política, que es terreno abonado para los discursos populistas.

Hoy por hoy nos faltan claves para interpretar algunos de estos fenómenos, empezando por las consecuencias políticas de una crisis cuya duración y resultados aún no podemos adivinar. Ante esta situación de indefinición, la socialdemocracia se encuentra sin un discurso claro y en una situación defensiva, sin una hoja de ruta para transitar hacia el próximo futuro. La derecha, por su parte, pretende ignorar lo ocurrido y sigue, tozuda, predicando el neoliberalismo y confiada en que todo vuelva a ser como antes. Se encuentra a gusto con un conjunto de prácticas que acentúan el «más de lo mismo» y el repliegue hacia el Estado y las identidades nacionales. Paralelamente, los grupos de ultraderecha han encontrado un eficaz método de beneficiarse de estas aguas re-

vueltas para practicar una xenofobia de nuevo cuño, envuelta en una visión de la democracia que pone en cuestión gran parte de los valores que hasta ahora formaban parte de esta forma de gobierno.

El resultado es que asistimos estupefactos a la incompetencia de las ideas y a la ausencia de un verdadero liderazgo en el escenario internacional que impide la búsqueda de un paradigma alternativo. La situación cobra perfiles distintos en cada país, pero ciertas pautas generales parecen estar presentes en la mayoría de ellos. Esto permite acercarse a una reflexión que saque a la luz las similitudes y diferencias en estas cuestiones en distintos países europeos para a partir de ello emitir un diagnóstico sobre el estado actual de nuestras democracias, sus nuevas amenazas derivadas del auge del neopopulismo de derechas, y el papel que bajo estas nuevas condiciones debería asumir la socialdemocracia. □



JOSEP BORRELL

La izquierda ante la amenaza neopopulista

32
33

LETRA INTERNACIONAL

Tengo la suerte de estar en un excelente observatorio intelectual de la vida política y económica europea, el Instituto Europeo, y además en un país que ha sido recientemente escenario de dos populismos, representados por Nicolás Sarkozy y el presidente del gobierno italiano, Silvio Berlusconi. Ambos son populistas consagrados y sin embargo *a priori* no los incluiríamos en la definición de populismo de derechas. El populismo de derechas nos hace pensar en Le Pen, en los finlandeses, y sin embargo Sarkozy y Berlusconi son dos populistas consumados, sus recientes medias con respecto a la inmigración son la quintaesencia del populismo.

El populismo italiano que dice «¡Qué horror! Estamos invadidos por los emigrantes. ¡Que se vayan!», y el francés que dice: «¡Que no vengan! Vamos a cuestionar Schengen y escribir una carta a Barroso diciendo que hay que echar marcha atrás en el movimiento de personas», van bastante por delante en la práctica de lo que hacen los populistas que nos alarman.

Como ejemplo, lo que sucedió en Italia con la acumulación en Lampedusa de 25.000 emigrantes. Simplemente, no se les sacaba de la isla para escenificar la acumulación en un pequeño lugar de muchos, y dar así la impresión de que se estaba asistiendo a una invasión de inmigrantes, islámicos para más señas.

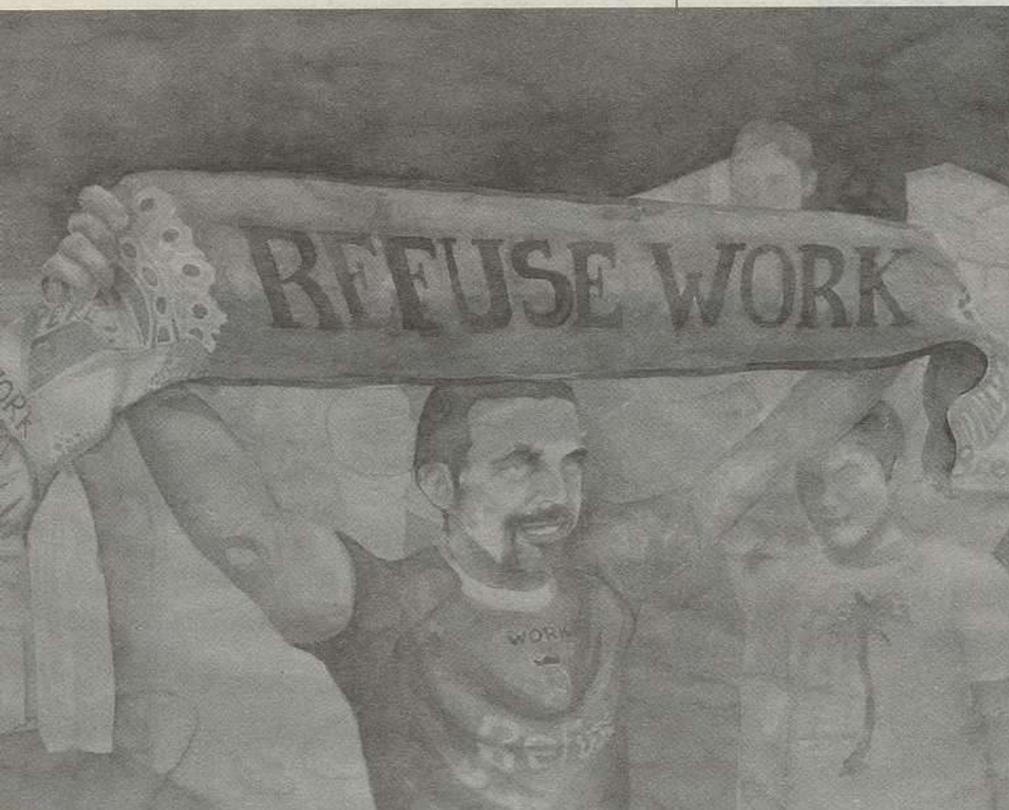
Y el Primer Ministro acudía allí a decir: «Todos somos lampedusianos y para demostrarlo, yo mismo acabo de comprarme una casa aquí», sugiriendo que se ha comprado una casa en la isla para demostrar su compromiso con la defensa de Lampedusa. Todo esto, desde el balcón del Ayuntamiento. Si eso no es populismo de la peor calaña, no sé cómo se podría llamar.

No estamos asistiendo a algo nuevo sino a algo estrechamente relacionado con las prácticas políticas de la derecha y del centro derecha europeos. El comportamiento de Sarkozy es exactamente igual. Declara: «Voy a cerrar las fronteras, voy a impedir que entren porque estamos ante un gravísimo peligro». 25.000 inmigrantes en un país de 60 millones no son un peligro, pero son convertidos en un pe-

ligro; se crea la imagen de que lo son cuando se les concentra en un solo lugar y no se les deja salir.

Pero hay que admitir que las reacciones populares han sido devastadoras también. Cada vez que se ha intentado situar campos de acogida repartidos por las distintas regiones, se han producido manifestaciones en contra por parte de los ciudadanos, que enarbolaban pancartas exigiendo «que se vayan, no los queremos» como si fueran realmente apestados, y con los alcaldes al frente de estas manifestaciones.

Cuando se ven esta clase de reacciones no sólo por parte de los líderes sino de las masas, de la base social, estamos frente a un problema sociológico que no hará sino crecer y que en mi opinión no es más que el resultado del enveje-



Juan Pérez Agirregoikoa
Refuse work
2010



Juan Pérez Agirregoikoa
*Anti-marxist unemployed
workers*
2008

cimiento demográfico y de la globalización económica, que se cierran sobre Europa como una trampa.

El envejecimiento de la población, por una parte, y la apertura al mundo, por otra. El mundo empezó por Europa, la apertura europea y la apertura global. El envejecimiento, la globalización económica, la crisis de las finanzas públicas en la que los Estados demuestran su incapacidad desde el punto de vista de la movilización de los recursos necesarios para mantener la cohesión social y para contener el crecimiento de las fuerzas políticas neopopulistas. El agotamiento financiero del sistema de protección social que desestabiliza nuestras sociedades, confrontadas con la emergencia de realidades multiculturales objetivamente problemáticas a las cuales se dan respuestas que no han sido preparadas. Lo que explica debates tan poco afortunados como el que se quería provocar en Francia sobre el Islam, sobre el *burka* en Francia o en Bélgica, o la prohibición suiza de la construcción de minaretes, o el libro de Theo Sarrazin publicado en Alemania.

Estamos asistiendo en realidad a un movimiento en contra de las élites, en contra de Europa y en contra de la inmigración. Son los tres «contras».

Los nuevos populismos son los que dicen: cuidado, hay un problema con la inmigración; cuidado, Europa se ha convertido en un problema; cuidado, las élites nos traicionan —y sobre estos tres *contras* se construye un discurso que tiene en el mercado político muchos compradores. Hay que preguntarse por qué y lo primero que hay que hacer es no diabolizarlos. Soy de los que sostienen que no se puede despachar tranquilamente con el adjetivo «populista» cualquiera de las reacciones populares frente a la injusticia del sistema. Cuando un trabajador alemán se pregunta por qué trabaja más años que un trabajador griego y

*Estamos
asistiendo, en
realidad, a un
movimiento
en contra de las
élites, en contra de
Europa y en
contra de la
inmigración.*

JOSEP BORRELL

La izquierda ante la amenaza neopopulista

34
35

LETRA INTERNACIONAL

tiene que pagar con sus impuestos la ayuda a los trabajadores griegos, esto no es populismo, es una pregunta que tiene toda la lógica del mundo y a la que hay que dar una respuesta igualmente lógica. Populista es quien dice que los griegos vendan una de sus islas, pues tienen muchas.

Pero no son populismo las preguntas de un trabajador que se queja de que con sus impuestos tiene que rescatar a la economía griega. En realidad, no ha ido con sus impuestos a ayudar a Grecia, pues de momento lo que se ha dado a Grecia son préstamos y no subvenciones. Préstamos, por cierto, a un tipo de interés bastante alto, que permite obtener una ganancia financiera nada despreciable: entre un 2,5%, interés al que Alemania consigue colocar sus bonos en el mercado, y el 5,7% al que se presta a Grecia.

De momento no hay subvenciones ni pérdidas, pero la percepción social es que esa Europa que hemos construido ha degenerado en una Europa de transferencias, donde los que trabajan más acaban teniendo que pagar el ocio de los que trabajan menos. Todos sabemos lo importantes que son las percepciones, mucho más que las realidades. Europa se ha convertido en un problema porque es el caballo de Troya de la globalización descontrolada, la puerta de atrás por donde se cuelan los efectos perversos del sistema y las élites, incluidas las élites de la socialdemocracia en el gobierno, han traicionado a las clases populares. Y ese es un discurso, insisto, al que no se puede responder con un «asquerosos populistas» porque buena parte de ese discurso tiene un fundamento que no hay que menospreciar.

¿Por qué un trabajador francés tiene que pagar con sus impuestos el rescate los bancos irlandeses cuando Irlanda, con un tipo del impuesto de sociedades muy bajo, ha estado haciendo *dumping* social, deslocalizando empresas y haciendo presión a la baja sobre los salarios de un trabajador francés? Porque esta es la realidad, la prosperidad irlandesa en buena medida es consecuencia de un *dumping* fiscal que se convierte en una presión a la baja de los trabajadores que sufren este *dumping*.

Ahora se les llama para que acudan en salvamento de los que les han causado un perjuicio. Lo que demuestra que también las fronteras del debate solidario ya no son las nacionales, y no hemos sido capaces de articular ese debate a escala europea.

Hoy, la solidaridad debería declinarse a escala europea porque europeos son los problemas y no hemos sido capaces de convertir la construcción europea en el centro del debate político sobre la dimensión social de la Unión. Afortunadamente, lo que está ocurriendo ahora puede provocar que el debate de la solidaridad se traslade a la escala europea; lo que está pasando nos obligará a replantear a escala europea la cuestión de la solidaridad que todavía seguimos declinando a escala nacional, y algunos quisieran declinar a escala regional, otros a escala de su pueblo y otros a escala de su familia, en una especie de vuelta a los orígenes de la dimensión del debate.

Y esto, a fin de cuentas, no es nada nuevo. Karl Polanyi en su *La gran transformación* ya nos explicaba que la gran crisis que describía —consecuen-

cia de haber mercantilizado al extremo el trabajo, la tierra y el capital— había generado una vuelta a los orígenes, es decir, a la nación y a la región, a la cultura propia o a la identidad nacional. Ya ha tenido lugar, tuvo su tiempo, con las consecuencias dramáticas que se conocen, y está teniendo lugar ahora también, de una manera que nosotros, la gente que nos reclamamos del Estado social, no debemos ignorar, porque hasta ahora hemos pretendido ignorarla.

Hasta ahora, cuando aparece una fuerza política que representa una nueva preocupación hay tres formas de hacerle frente. La primera, ignorarla, hablar de otra cosa; procurar que el tema no tome cuerpo mediático, disimular y distraer. La segunda es oponer argumentos, razones, valores culturales, hacerle frente; y la tercera es asumirla: si no puedes ganar a tu enemigo, únete a él. Y ese es otro de los riesgos: que tenga lugar una deriva hacia la aceptación de los planteamientos de ese neopopulismo ante la incapacidad de mantener el debate en el congelador y ante la incapacidad, más grave, de hacerle frente con un discurso convincente.

Se ha dicho que las élites (de las que yo, lo asumo, formo parte) hemos subestimado las consecuencias de la inmigración. Es verdad, las hemos subestimado porque no hemos sufrido sus consecuencias negativas. Mi puesto de trabajo no compite en el mercado laboral con el de un inmigrante, tampoco éste va a ser mi vecino en la urbanización más o menos acomodada en la que vivo, y en cambio me suministra mano de obra barata para cuidar de mis hijos y mis abuelos y limpiarme la casa.

Yo, la élite, soy el ganador de este proceso pues no sufro sus efectos negativos sino que me beneficio de los positivos. Pero hay buena parte de la sociedad que sí sufre las consecuencias de esta inmigración porque sí compite con ella en el mercado de trabajo. No es un mito que la inmigración presiona a la baja los salarios, no el mío como catedrático de universidad, pero sin duda el del albañil o el de la señora de la limpieza. Generan una vecindad que muchas veces no es precisamente agradable porque hay diferencias culturales que entran en colisión. Eso explica que para muchos trabajadores de las clases populares el discurso en contra de la inmigración sea fácil de comprar, porque percibe el problema en su vivencia cotidiana. La inmigración es, para ellos, una fuente de desventajas y, por tanto, concluyen que las élites no nos hemos querido dar cuenta de que la inmigración ciertamente plantea problemas a las clases populares.

Macroeconómicamente la inmigración es imprescindible, necesitamos incorporar masas de trabajadores, muchos más de lo que decimos, porque nuestra demografía es tan declinante que sin masas de emigrantes no conseguiríamos hacer funcionar mínimamente nuestras sociedades. Macroeconómicamente han sido un instrumento precioso para equilibrar nuestras cuentas sociales, para disminuir nuestros costes de producción y mejorar nuestra competitividad.

Juan Pérez Agirregoikoa
Forget parents
2008



*La derecha
populista ha
sido capaz
de ver las
consecuencias de
la globalización
y el envejecimiento
de las sociedades
europeas.*

JOSEP BORRELL

La izquierda ante la amenaza neopopulista

36
37

LETRA INTERNACIONAL

*La globalización
tiene ganadores y
perdedores,
y hoy los
perdedores están
con el nuevo
populismo.*

Pero microeconómicamente, algunas personas perciben esa inmigración como una fuente de problemas. Y lo nuevo en la derecha es ver a Le Pen, hija, haciendo un discurso de defensa de la República y de los valores laicos de la República, sobre los derechos de las mujeres y los homosexuales y diciendo que hay que luchar contra el Islam porque el Islam ataca esos derechos. Un discurso trasladable palabra por palabra a la boca de un dirigente de la izquierda elitista. Y los populistas están asumiendo buena parte de nuestra defensa del Estado social.

La transformación de los partidos populistas es su viraje desde las posiciones liberales hacia posiciones sociales y eso va a reforzar en buena medida su atractivo para las clases populares, que siguen esperando actuaciones compensatorias de la acción pública.

Esto no se debe sólo a la deriva neoliberal de los socialistas en el gobierno, que la ha habido y que ha desencantado mucho al elector y ciudadano de izquierdas, pero que por sí sola no explica todo el problema.

Creo que la explicación está en la profunda transformación de la arquitectura social y de los valores culturales en Europa como consecuencia del proceso de globalización y del envejecimiento, y la derecha populista ha sido más capaz que la izquierda tradicional de ver venir ese cambio y amoldarse a él.

Hay un profundo cambio en los valores, en los comportamientos, en las expectativas de una sociedad europea que envejece, que tiene miedo a la globalización, que ve en la entrada de elementos extraños a su sociedad un factor distorsionante y perturbador y que no cree que la política tradicional, tal como ha sido aplicada, pueda ser una fuente de ayuda y mejorar sus condiciones de vida cotidianas.

Luego ha venido la crisis y la crisis ha obligado a todos los gobiernos —también a los de izquierdas— a aplicar políticas socialmente regresivas, porque, da igual lo que se diga, las políticas de ajuste son socialmente regresivas. Podemos discutir si son o no imprescindibles, o si se podían haber aplicado otras, más despacio o más aprisa, pero la consecuencia es que van a aumentar la desigualdad. Suprimir el impuesto sobre el patrimonio y congelar al día siguiente las pensiones es el prototipo de una política regresiva y no tiene otro nombre.

Probablemente, cuando se suprimió el impuesto sobre el patrimonio no se previó la crisis, y de haberse previsto no se hubiera suprimido ese impuesto, pero no se reimplantado después y hoy la lectura que en toda Europa hacen las clases populares es que son ellas las que pagan los platos rotos de la crisis. En un momento se pensó que aquello presentaba una oportunidad para un discurso de izquierdas que enlazase con políticas redistributivas y con una intervención pública más eficaz, pero ha resultado ser más bien lo contrario. Hay un incremento de los impuestos indirectos, una disminución de los salarios, de las ayudas sociales que algunos países simplemente no van a soportar, como es el caso de Grecia.

Todo esto se suma al sentimiento de desconcierto y por eso hoy el populismo no es un problema para la derecha sino un problema que se nos plantea sobre todo a nosotros, a los partidos socialdemócratas.



Juan Pérez Agirregoikoa
Anti-marxist workers
2006

La única forma de hacerle frente es planteando el debate sobre los valores culturales y volviendo a dar sentido a palabras como «igualdad». Una de las raíces de la crisis es el extraordinario incremento de las desigualdades en todas partes, en EE UU más que en ningún otro país, pero también en Europa las desigualdades se han acentuado en los extremos, si bien es posible que en el cuerpo central de la distribución no haya habido alteraciones tan sustantivas. Los extremos de la distribución de riqueza se han alargado increíblemente, con retribuciones ridículas: en el extremo superior por lo elevadas, y en el inferior, por la existencia de una masa de trabajadores condenados a no pasar de los mil euros de renta en condiciones de extrema precariedad.

La desigualdad ha creado la crisis, con el recurso al crédito que ello ha generado como contrapartida equilibradora, y esta crisis va a aumentar todavía más la desigualdad como política de salida, al menos en el corto plazo. Seguimos pensando que nuestro desempleo es un desempleo estrictamente neoclásico que se ajusta a base de reducir salarios y modificar condiciones de empleo; no es así, el desempleo tiene hoy otras raíces atribuibles fundamentalmente al abandono por parte del poder público de su poder equilibrador en las fases bajas del ciclo. Por eso el discurso de la Marie Le Pen, como el de otros, me parece especialmente preocupante para la izquierda: retoma muchos de nuestros planteamientos y los hace suyos, quizás incluso con una convicción mayor de la que nosotros somos capaces de mostrar.

Convicción mediática, porque esa es la palabra: mediático. El populismo es extraordinariamente fértil para la dimensión mediática, los líderes populistas son mediáticos por definición. Son extravagantes, son extremos, sus planteamientos son planteamientos chocantes, son ideales para su mediatización política a través del *flash* de televisión. Nuestro discurso es mucho más complicado, lleno de matices, y eso es muy difícil de vender. Mucho más que el grito de protesta o el discurso convertido en frases simples, que son las que utiliza.

Es mucho más fácil decir, como han hecho los Verdaderos Finlandeses en su programa electoral, que «serán los finlandeses y sólo los finlandeses los que

JOSEP BORRELL

La izquierda ante la amenaza neopopulista

38

39

LETRA INTERNACIONAL

*El poder público
ha abandonado
su función
de equilibrar
el mercado
de trabajo en
las fases bajas del
ciclo económico.*

determinen quién puede venir y vivir en Finlandia». Eso es fácil de decir y se entiende perfectamente; y hay mucha gente que puede estar de acuerdo con ello; más complicado es explicar lo que significan el Tratado de Schengen, las convenciones de Ginebra y los tratados de la UE, que dicen justo lo contrario. Con este programa electoral están diciendo «vamos a salir de la UE», pues para su aplicación tendrían que salir de la UE. Pero tienen un discurso que mucha gente está dispuesta a creer, olvidando todos los tratados que sus gobiernos han firmado en los últimos años.

Por tanto necesitamos un discurso cultural, un discurso de valores, dar sentido de nuevo a algunas palabras. La igualdad me parece el valor fundamental que la izquierda debe defender y esto pasa por el rearme fiscal.

Cuando oigo decir que hay que mejorar la eficacia del Estado social y que hay que dar la sensación de que nosotros mejoraremos la vida cotidiana, eso pasa por los mecanismos de redistribución, que habrá que reinventar y relegitimar, porque una de las consecuencias de la política de estos años es la deslegitimación del esfuerzo fiscal.

Todavía ahora el discurso de reducir los impuestos se vende como progresista, se sigue diciendo que la redistribución por procedimientos fiscales no es eficaz, y por lo tanto no hay que aplicarla si no es como último remedio. Hay que volver a legitimar el impuesto y la redistribución fiscal como medios para hacer más eficaz el Estado social. Con lo cual no dejo de ser consciente de que el simple aumento del gasto no es prueba de mayor eficacia; hay que limpiar el sistema de protección social de elementos corporatistas para hacerlo más universal, para atender a las bolsas de pobreza y de exclusión que han crecido en el entorno de nuestras ciudades como consecuencia de la «guetoización de la inmigración». Pero sin duda alguna, si el Estado no tiene más recursos no va a poder reequilibrar la sociedad.

Y estos más recursos sólo pueden venir a) del crecimiento, y b) de la redistribución social. El crecimiento hoy está más bien puesto en cuarentena, no parece que estemos aplicando políticas que vayan a impulsar el crecimiento, y el discurso de que los ajustes crearán confianza y el retorno de la confianza hará que vuelva el crecimiento en el siguiente periodo de la historia, es un discurso del «largo me lo fiáis». Frente a los problemas de hoy, hay mucha gente que ya no cree que «pasado mañana todo va a mejorar» porque el problema que tiene hoy es de hoy y no de pasado mañana. En cuanto al crecimiento, estamos con una bola atada al pie y en cuanto a la redistribución un poco también, porque sólo se pueden dar respuestas supranacionales.

Frente al temor a una demografía declinante —y a su corolario imprescindible, que es la inmigración—, y al temor a la globalización, en mi opinión sólo caben dos respuestas: una globalización más justa —porque sin que se trabaje a escala global no hay solución a los problemas de la redistribución—, y una dinámica demográfica que sea capaz de asimilar a los inmigrantes que necesitamos sin crear fenómenos de exclusión y de lucha por la ventaja social entre autóctonos y emigrantes.

Personalmente, me puede parecer un poco exagerado el sentimiento de «cuantos más inmigrantes hay, más cola hago en las urgencias del hospital», pero para quien recurre al servicio de urgencias no lo es. Por lo tanto, el planteamiento de financiar la integración aumentando la capacidad de respuesta del sistema de protección social allí donde los emigrantes se concentran, y se concentran en unos lugares más que en otros, me parece un deber absoluto.

Si queremos evitar que nos ocurra lo que ya ha ocurrido en Francia o en el Reino Unido, hay que hacer una enorme inversión en la prestación de servicios sociales allí donde la inmigración se acumula —y evitar que se acumule—, pero en la medida en que ya lo está, dar una respuesta de esta naturaleza.

Estoy completamente de acuerdo también con que no hay que contestar a un populismo de derechas con un populismo de izquierdas, que hay que hacer un discurso que, una vez más, aumente la eficacia de nuestra propuesta. Pero no comprometería el lenguaje de izquierdas. ¿A qué llamamos un lenguaje de izquierdas? Si mañana alguien en Europa dijera que hay que restablecer barreras proteccionistas, nacionalizar el sistema financiero y parte de la industria pesada al estilo de los años 80, se podría entender que es una respuesta utópica, inaplicable y por lo tanto populista, pero el lenguaje de izquierdas debe hacer una referencia muy clara a los problemas fiscales, y también la izquierda trata de evitarlos.

Espero que los socialdemócratas franceses nos den una lección en este terreno y en sus programas presidenciales vuelvan a plantear la necesidad de utilizar el sistema fiscal como elemento de cohesión y equilibrio de la sociedad. De lo contrario, nuestro mensaje simplemente no será creíble porque haremos grandes proclamas sin decir cómo podemos desarrollar nuestras propuestas.

Para mí, lo más chocante de lo que ha ocurrido en los últimos meses es ver cómo el populismo de Le Pen deja de levantar el brazo en alto, se desvincula de su dimensión neofascista y empieza a adoptar cada vez más una dimensión neo-social.

Cuando habla de los pequeños contra los grandes está planteando el problema de la igualdad en la sociedad; en términos comprensibles por «el vulgo» y un poco demagógicos, y por tanto «despreciables» para la élite, pero está hablando de la desigualdad social.

Cuando ante un banquero que se jubila con nueve millones de euros anuales de pensión, un ministro de un gobierno socialista dice que siente no poder hacer nada porque se trata de una decisión de una empresa privada, la reacción de la gente es pensar «si usted no puede hacer nada, buscaré a alguien que sí pueda». Porque eso es parte de la batalla del grande contra el pequeño. La pensión máxima de la Seguridad Social tiene el mismo tipo marginal de imposición que la

Juan Pérez Agirregoikoa
Lech Poznan
2007



JOSEP BORRELL

La izquierda ante la amenaza neopopulista

40
41

LETRA INTERNACIONAL

*Según el FMI,
la desigualdad
ha crecido tanto
que se ha vuelto
contraproducente
para el sistema.*

del banquero que cobra nueve millones de euros. Es bastante evidente que esto no responde a ningún parámetro de equidad y es muy fácil de utilizar en ese discurso del grande contra el pequeño porque efectivamente existe un problema del grande contra el pequeño, un problema dramático de inequidad que la izquierda cuando gobierna debe hacer suyo.

Según el Fondo Monetario Internacional, la desigualdad ha crecido tanto que se ha vuelto contraproducente para el sistema, y organismos como este tienen que luchar contra la desigualdad social tanto como luchaban antes contra los desequilibrios estructurales o contra las tendencias inflacionistas. Si hasta el FMI dice esto, sería bueno que la izquierda, que pretende alcanzar el gobierno para desde él cambiar las cosas, lo incorporase también de una manera clara que no dejase dudas sobre su intención.

Se puede decir que esto electoralmente no es rentable, que ningún discurso electoral se ha impuesto hablando de aumentos impositivos y es posible que este discurso enajene a buena parte de las clases medias altas. Pero lo dramático es que el pequeño no ve hoy en los impuestos una forma de reequilibrio social sino algo que disminuye su salario, y no está tan seguro de que deba luchar por una mejor fiscalidad porque acabará pagándola él a través de los impuestos indirectos, como ha venido siendo el caso en los últimos meses como resultado del ajuste económico.

Los europeos tenemos que ser conscientes de nuestra realidad demográfica; en la zona euro vivimos menos del 5% de la población mundial. Alemania necesita veinte millones de trabajadores solamente para mantener intacta su fuerza de trabajo.

Por cierto, ya se han abierto las fronteras alemanas a la inmigración de los países de Este. Se los ha tenido siete años en espera, veremos qué ocurrirá. Supongo que muchos trabajadores de los países del Este seguirán emigrando a los del Oeste, como hasta ahora. La emigración intraeuropea ha sido tan importante o más que la inmigración transatlántica o transmediterránea.

Y para hacer creíble que esto es positivo, hace falta mucha energía política. La Alemania que se nos pone como modelo no tiene salario mínimo, hay cinco millones de alemanes que trabajan por menos de 5 euros la hora, cuando el salario mínimo francés es de 8,5 euros. Si la búsqueda de la competitividad tiene que ser a fuerza de una adaptación de los salarios europeos a los de China, será difícil entusiasmar a las clases populares. No las vamos a atraer diciendo que para ser más competitivos hay que hacer como los demás y reducir los salarios. La gente dirá: «Bueno, pero yo quisiera *mejorar* mis condiciones de vida».

Vivo en Florencia, una ciudad maravillosa, cuna del Renacimiento. A 40 km hay otra llamada Prato, donde hay 40.000 trabajadores chinos ilegales. Prato es la mayor fábrica textil del continente. Cada semana se producen allí millones de prendas de vestir. Con tejidos importados de China, con trabajadores importados de China, y con la etiqueta «Made in Italy». Así se sitúa la procedencia más cerca del centro de consumo y se sugiere un nivel de calidad que no sugiere todavía «Made in Xinjiang». En vez de fabricar en China y traspor-

tar las prendas a Europa, transportamos a los trabajadores chinos para que trabajen en Prato como si estuvieran en China, con las mismas condiciones de trabajo que tenían allí. Y todo el mundo cierra los ojos, no hay una autoridad, ni una inspección de trabajo, ni una alcaldía o un sindicato que digan que eso vulnera todas las normativas europeas. Hablar de la Europa social, hablar de un desarrollo de la Europa social y del libre mercado cuando ocurren cosas así, no tiene credibilidad en absoluto.

Hablo de lo que veo cerca de mi casa pero seguro que, sin tanta concentración, en todas partes ocurre más o menos lo mismo. El emigrante superexplotado es parte integrante de nuestro tejido productivo y parte integrante de nuestra descohesión social. Esto lo han capitalizado maravillosamente bien los nuevos populistas y hacen un discurso que la gente les compra porque tiene una parte bastante importante de verdad.

Por eso no soy partidario de restarle importancia. Cuando entre los trabajadores franceses Le Pen tiene un porcentaje de voto del casi el 40%, tiene que haber causas fundamentales, no son sólo la ignorancia o la manipulación aquello capaz de producir tanta adhesión.

Por lo tanto, como pienso que la izquierda no es nada sin el pueblo, creo que el único camino abierto a la izquierda para volver a gobernar es acercarse al pueblo. Porque lo que nos pasa hoy es que hemos perdido el apoyo de las clases populares, desencantadas de las respuestas que hemos dado muchas veces y desencantadas también del comportamiento, digamos de «iglesia» de muchos partidos políticos, que se han desvinculado de su función de socializar la política.

La pregunta que tenemos que hacernos es si la socialdemocracia europea socializa la política o si somos un conjunto de élites compitiendo por cargos públicos reducidos a nuestra propia dimensión y desvinculados del sistema social.

Hay que hacer programas, hay que elegir candidatos y hay que socializar la política. ¿Con 200.000 afiliados, el partido socialista francés socializa la política? ¿Con 300.000 la socializa el PSOE en España? Me temo que no. Hoy, la capacidad de socializar el discurso político es mayor entre aquellos que mejor saben utilizar las armas de la demagogia, de un discurso que se compra más fácilmente porque es más sencillo, pero en el que hay latente un elemento que no se puede obviar.

Si queremos hacer frente a este reflejo contra el envejecimiento —y su corolario que es la inmigración—, y a los efectos de la globalización, hemos de aceptar que la globalización tiene ganadores y perdedores y que, hoy, los perdedores de la globalización están con ese nuevo populismo. Quienes han decidido las elecciones cantonales francesas son los perdedores de la globalización.



Juan Pérez Agirregoikoa
Wer are Amerika
2007

JOSEP BORRELL

La izquierda ante la amenaza neopopulista

42

43

LETRA INTERNACIONAL

*Debemos tener
el valor de
replantear
los límites de
un intercambio
mundial
desequilibrado.*

Hemos querido vender la idea de que la globalización es un proceso feliz que sólo hace ganadores, y no es verdad. En nuestras sociedades hay perdedores de la globalización, perdedores estructurales, no transitorios, y estos perdedores se han adherido a otro discurso que creen que les ofrece un escudo mejor. Escudo utópico, porque ni los finlandeses se van a ir de la UE, ni Le Pen puede decir que va a proteger a los agricultores franceses proponiéndoles al mismo tiempo salir del euro. Pero como tiene el magnetismo de las verdades aparentes y cae sobre el terreno fértil de una preocupación, se acepta sin que se analice su consistencia lógica.

Lo que yo pido es que la izquierda aumente su consistencia y su coherencia. En nuestros programas electorales tenemos que tener el valor de remar a contracorriente y replantear los límites de un intercambio mundial desequilibrado, que no tiene contrapartidas iguales para todos, e internacionalizar los mecanismos de protección social para que sean realmente eficientes.

Sé que todo eso no se puede hacer inmediatamente, que el establecer socialismo en un solo país es ya completamente imposible, y por eso espero que la socialdemocracia europea haga planteamientos a escala europea, como mínimo. Y por eso lamento que en las últimas elecciones al Parlamento europeo no hubiera un candidato de la izquierda social que enfrentara a Barroso. Y que los propios gobernantes de izquierdas apoyen la candidatura de Barroso, no creo que sirva para movilizar a los votantes de izquierdas, más bien todo lo contrario.

Espero que la próxima vez haya un candidato socialdemócrata a nivel europeo, porque nada de lo que digo se puede imaginar si no es a nivel, como mínimo, de este pequeño rincón del mundo que es Europa. Porque si no somos capaces de hacerlo, entonces el declive de Europa es seguro. No nos damos cuenta de que somos pequeños y vulnerables y que la única solución pasa por nuestra unión, por la Europa política. Sí pero, ¿qué política? ¿Cuál es la Europa política que vamos a construir? ¿Es la Europa alemana? ¿Es ese el modelo que queremos trasladar? Hay un cierto consenso en que sí, pero yo me permito cuestionarlo. Porque si hay un país donde en los últimos diez años las desigualdades han crecido más, la creación de puestos de trabajo ha sido más baja y más alta la compresión de los salarios, ese país es Alemania.

No es tarea fácil pero creo que no hay que reaccionar frente al populismo con la actitud despectiva típica de la élite. «Ellos no saben, no entienden el problema, no comprenden» —esta actitud no consigue sino irritar más a aquellos que responden: «Puede que yo no sepa ni comprenda pero desde luego no me creo que ustedes vayan a aportar solución alguna a mis problemas. Puede que este otro partido tampoco, pero de momento le voy a votar para marcar, al menos, mi desconformidad con ustedes».

Así es como yo lo veo, con cierta preocupación pero también con el entusiasmo necesario para pensar que soluciones hay, pero que hacen falta más medidas a escala europea, y más compromiso y convicción a escala nacional. □

Josep Borrell es Rector del Instituto Universitario Europeo de Florencia.



Juan Pérez Agirregoikoa
Hay un enemigo
2010

WERNER A. PERGER

Neopopulismo de derechas en Austria y Alemania

El centro político en Europa está siendo asediado desde dentro y desde fuera. Las estructuras políticas del esquema de partidos están cambiando con rapidez. Desde el cambio de siglo —o de milenio— los partidos clásicos, mayoritarios, del centro-derecha y del centro-izquierda están perdiendo afiliados. Y lo que es peor en el corto plazo: están perdiendo votantes en cantidades impresionantes.

Es obvio que una gran parte de ese apoyo lo han perdido debido a la emergencia de nuevos partidos de derechas, los partidos neopopulistas. El éxito de estos partidos en la mayoría de las elecciones en todo el continente es la señal más notable del cambio fundamental que está ocurriendo en las democracias europeas liberales. Ese auge se presenta a veces como un inconveniente en los partidos clásicos y otras como una auténtica amenaza a las democracias basadas en el consenso, pero también debe leerse como una señal de advertencia que indica que debe haber defectos serios en nuestras democracias que contribuyen al auge de estos antidemócratas en potencia que se hacen pasar por «los verdaderos representantes del pueblo».

El FPÖ de Haider fue el primero de los partidos neopopulistas de derechas en formar parte de un gobierno democrático.

El fenómeno de la emergencia de esta nueva derecha empezó donde ya antes habían comenzado otros fenómenos que acabaron produciendo un desastre global: en Austria, el país donde nació y creció Adolf Hitler. Jörg Haider, el difunto líder del llamado Partido de la Libertad de Austria (FPÖ), es de alguna manera el padrino del populismo de derechas en toda Europa. Por cierto, recordemos que la mayoría de los partidos y sectas post-democráticos y anti-democráticos gustan de referirse a sí mismos con términos como «libertad», «democracia» y «pueblo», como ocurre también en Italia, en los Países Bajos, en Dinamarca o en Suecia.

En Austria, el Partido de la Libertad se puso en marcha a finales de los años 40 como una suerte de refugio para los antiguos nazis que se habían quedado huérfanos de opción política. Estos, que no habían olvidado su pasado como partidarios del «Anschluss» —la anexión de Austria a Alemania en 1938— y del «Führer» (líder), cultivaban una cierta lealtad melancólica al Estado del terror del *Großdeutsche Reich* (1). El partido obtuvo, por un estrecho margen, algunos escaños en el Parlamento y no jugó ningún papel en la llamada «Segunda República de Austria». Años después, en 1970, el FPÖ ganó cierto reconocimiento e hizo historia al apoyar la investidura del primer canciller socialista de la república, Bruno Kreisky, de manera que permitió que el partido socialdemócrata austriaco, SPÖ, obtuviera la mayor cuota de poder político en Austria desde los años 20. Kreisky, antiguo exiliado y de padres judíos, había ganado las elecciones en el mes de marzo de 1970 pero no había alcanzado la mayoría absoluta. Para evitar que volviera la «Gran coalición» de los demócratas cristianos, Kreisky construyó una mayoría legislativa con la ayuda del Partido de la Libertad, pero sin unirse formalmente con ellos. Duró un año; hasta que el SPÖ consiguió una mayoría suficiente para gobernar en solitario.

Tras la dimisión de Kreisky en 1983 (después de perder la mayoría absoluta que había mantenido durante 13 años) se formó un gobierno de centro-izquierda. Estaba constituido por un SPÖ algo debilitado en la era post-Kreisky y el partido liberal-conservador FPÖ, que en aquel momento tenía un líder débil y poco carismático. Fue entonces cuando el joven Jörg Haider entró en escena. Mediante algo así como un *golpe de Estado político*, Haider se convirtió en el nuevo líder «revolucionario». El SPÖ, bajo la dirección del canciller Franz Vranitzky, terminó con la coalición en Viena y volvió al viejo modelo de pacto con los conservadores, habitual en Austria tras la guerra.

Fue un movimiento muy impopular que facilitó que Haider se posicionara como el hombre que dominaría la escena política del país durante los siguientes veinte años. Con su habilidad para la demagogia envenenó el clima político y los valores culturales que se habían desarrollado tras la guerra, en los años de la Segunda República. Al mismo tiempo, distintos comentaristas comenzaron a hablar de la emergencia de la *Tercera República*, en clara referencia al Tercer Reich.

(1) *N. del T.* Literalmente «Imperio de la Gran Alemania», el nombre dado al territorio de Alemania y Austria tras la anexión de Austria por los nazis.



Haider hizo uso de la impopularidad de las rígidas estructuras de la «Gran coalición» entre los poderes tradicionales en Austria: los «rojos» socialistas y los «negros» burgueses. Su principal interés era evitar los conflictos sociales, de manera que sus compromisos tenían prioridad casi a cualquier precio y los sindicatos y las federaciones de empleadores —los «socios sociales»— tenían tanto poder como el gobierno. El país disfrutaba de elevadas tasas de crecimiento y apenas había conflictos laborales, pero mientras este modelo de mantenimiento de la «paz social» funcionaba bien, el país se iba alejando, lentamente, de lo que llamaríamos un modelo de democracia real y fértil. El sistema adolecía de falta de transparencia y apertura. Austria se había convertido en una sociedad cerrada donde las decisiones —los compromisos— se hacían a puerta cerrada. De esta manera, el sistema se convirtió en terreno abonado para la creación de privilegios inmerecidos y desarrolló una mezcla de nepotismo y corrupción.

Así, los partidos democráticos tradicionales habían creado las condiciones favorables a Haider, el populista que luchaba contra las élites, contra los ricos y los poderosos, contra los burócratas y los gestores del poder. En menos de diez años, aireando trapos sucios (como si fuera periodista), destapando delitos menores e irregularidades en la estructura tradicional del poder, Haider se perfiló como un Robin Hood moderno, que defendía a la gente contra las arrogantes élites. Combinó esta práctica con la denuncia pública del abuso de los fondos sociales por parte de los trabajadores migrantes y los demandantes de asilo, que llegaban en masa huyendo de las atrocidades de la guerra de los Balcanes y de la miseria en Rumania, Bulgaria y Asia Central. Desde luego, Haider encontró oposición. Fue criticado por políticos, intelectuales y medios de comunicación como difamador irresponsable, crítico irresponsable de los valores y virtudes de la democracia y populista en la tradición del fascismo. Haider respondió a estos ataques contra

Juan Pérez Agirregoikoa
 Dibujos del libro «Citations
 pour le président Sarkozy»,
 Ediciones Matière. En
 colaboración con Gilles Grele.
 2009

WERNER A. PERGER

Neopopulismo de derechas en Austria y Alemania

46
47

LETRA INTERNACIONAL

Haider se perfiló como un Robin Hood moderno que defendía a la gente contra las arrogantes élites.

su agresiva estrategia tildándolos de «juego sucio» y quejándose de la injusticia ejercida por los poderosos y del comportamiento antidemocrático de las élites. Su contraataque resultó ser muy eficaz: con todas las críticas se volvió aún más popular.

Esta mezcla de argumentaciones, mentiras y distorsiones es bastante típica de los movimientos populistas en Europa, más allá de las diferencias y peculiaridades de cada país. Sin embargo, Haider añadió a este cóctel de defectos reales y presuntos o exagerados de la democracia austriaca una especialidad con un condimento personal: el uso de los viejos símbolos y la retórica nazis. Sólo en pequeñas dosis, pero lo suficientemente alto y claro para que los viejos neo-nazis lo entendieran: «Estoy con vosotros». Tenía una hábil manera de utilizar un lenguaje codificado para aludir a las creencias, costumbres y herencias nazis. No por casualidad era un habitual de las reuniones de los veteranos de las SS y en varias ocasiones manifestó en sus discursos que los «veteranos» eran hombres valerosos leales a su pueblo (lo que significaba: lealtad a Hitler y al nazismo).

En las elecciones generales de 1990 el FPÖ de Haider se convirtió, por número de votos, en el segundo partido más fuerte. Tras largas negociaciones, Haider firmó un pacto con los conservadores que, pese a haber obtenido menos votos, designaron al canciller, obviamente para aplacar a la comunidad internacional. Por el mismo motivo, el propio Haider no formó parte del gobierno. De esta manera, el FPÖ de Haider fue el primero de los partidos neopopulistas de derechas en formar parte de un gobierno democrático en la Unión Europea.

Haider murió en un accidente de coche en 2008. En aquel momento su fortaleza política era la provincia austriaca de Carintia, donde se había convertido en el jefe del gobierno. A escala nacional, el partido se había dividido, pero la semilla que plantó Haider ya daba sus frutos. Una generación de nacionalistas populistas descarados porta la antorcha del chovinismo, del racismo y del anti-elitismo en nombre de la libertad y la democracia, esto es: libertad y protección para las tribus nativas del pueblo nativo. El nuevo Haider es un tal Heinz-Christian Strache, menos educado y menos inteligente que Haider, menos afín también a la simbología nazi. Strache hizo una entrada fuerte en las elecciones municipales en Viena, y algunas encuestas nacionales les colocan a él y al nuevo FPÖ como el partido más fuerte de Austria. Existe una posibilidad real de que haya un canciller populista de derechas. Así que abróchense los cinturones, demócratas europeos.

Alemania es otro caso bastante diferente de los demás países europeos donde el populismo de derechas prospera y alcanza nuevas dimensiones. In la (re)unida República Federal de Alemania, la única forma organizada de populismo como partido político que se conoce hasta ahora está en la izquierda: es el partido Die Linke («La izquierda»). Con un 11,9% de los votos, Die Linke es la cuarta fuerza política del país (seguida por Los Verdes, que son la quinta).

Pero, ¿por qué no existe ningún partido populista de derechas, aparte del partido racista y xenófobo neonazi, el NPD? ¿Cómo es que el populismo de derechas no juega el mismo papel en Alemania que el partido de Wilders en los



Juan Pérez Agirregoikoa
 Dibujos del libro «Citations
 pour le président Sarkozy»,
 Ediciones Matière. En
 colaboración con Gilles Grele.
 2009

Países Bajos, el de Pia Kjaesgaard en Dinamarca o los Verdaderos Finlandeses en Finlandia y los Demócratas Suecos? Quizás esa no sea la pregunta correcta. Creo que el populismo de derechas con sus características principales —anti-inmigración, al mismo tiempo que específicamente islamófobo, anti-UE, anti-*establishment*, anti-socialista, anti-intelectual, anti-élite y, no siempre de una manera explícita, antidemocrático— está vivo y coleando en Alemania. Simplemente no existe en forma de partido. Todavía.

Y por varias razones. La primera, el pasado antidemocrático y la experiencia nazi, la reeducación puesta en marcha por los aliados y llevada a cabo por las élites tras la guerra y los juicios de Auschwitz en Frankfurt. Más tarde, las revueltas estudiantiles de finales de los años 60, que supusieron otro proceso de reeducación que en ocasiones hizo uso de la violencia y que en gran medida giraba en torno a la responsabilidad de las generaciones anteriores en el Holocausto. Aún hoy, mantener una actitud favorable a los grupos de extrema derecha, a las teorías antisemitas, o mostrarse cercano a los círculos neonazis es políticamente mortal en la vida pública alemana.

Así que los intentos de la derecha clásica por llegar al poder no tuvieron éxito. El único éxito de un populista de derechas, Ronald Schill, con el partido que llevaba su nombre, el Schill-Partei, tuvo una vida muy corta. Schill era un conocido juez de carácter excéntrico que contaba con el apoyo de un periódico sensacionalista de derechas que vendía más de tres millones de ejemplares diarios, el *Bild-Zeitung*. En las elecciones de Hamburgo en el año 2001 obtuvo el 19% de los votos, formó gobierno con los demócrata-cristianos de la CDU y se convirtió en el titular de la cartera de Interior en la región. Resultó ser bastante ineficiente en el ejercicio de tal responsabilidad y, tras un par de escándalos y conflictos con el alcalde del CDU, tuvo que abandonar el gobierno y la política en 2003. En aquel momento desapareció de la ciudad y del país y, a fecha de

WERNER A. PERGER

Neopopulismo de derechas en Austria y Alemania

48

49

LETRA INTERNACIONAL

*Quizá sólo
la ausencia de
una figura
política capaz
de unificar
el descontento
esté evitando
que surja un
partido
populista en
Alemania.*

hoy, parece haberse desvanecido. Sin embargo, aunque Schill reunía todas las características típicas de un radical de derechas, nunca cruzó la línea del anti-semitismo, la negación del Holocausto u otros elementos típicos del (neo) nazismo. De hecho, puso en valor que su abuelo fuera un prisionero político asesinado en un campo de concentración nazi.

La segunda razón es que el periódico sensacionalista ya mencionado, *Bild Zeitung*, con su inmensa influencia en la opinión pública y la esfera pública alemanas ya se encarga de cultivar la estrechez mental del populismo de derechas. En todo lo que concierne a los sentimientos anti-europeístas y nacional-chovinistas o los discursos anti-inmigración, no hay necesidad de que exista un partido político. El gobierno de coalición de demócratas cristianos y liberales es perfectamente consciente de ello y vigila cuidadosamente sus pasos. Ellos tampoco están lejos del populismo, simplemente no lo proclaman como lo haría el partido de Wilders.

También se podría decir que el gobierno de Angela Merkel teme mucho arriesgarse a tener un conflicto con la línea editorial del *Bild*. Esta es una explicación ampliamente aceptada para explicar las reticencias mostradas por la canciller en el caso de la ayuda financiera de la Unión Europea a Grecia. En este caso, es perfectamente legítimo hablar de la cobardía política de Merkel y de un mal disimulado populismo.

Así que el hecho de que en la actualidad no exista un partido de la derecha populista activo en Alemania no significa que no se den los fundamentos para su existencia ni exista una disposición favorable en la mentalidad del público. Al contrario, la pérdida de la confianza en la política y en los políticos, en los partidos y en el Parlamento, en las instituciones y en la democracia liberal, está ampliamente extendida. La inseguridad derivada de los rápidos cambios en el entorno político y económico crece con virulencia y la ira contra los defectos, errores e ineficiencias del servicio público, aumenta rápidamente. Al mismo tiempo, la participación en los procesos electorales decae significativamente, así que parece que será sólo cuestión de tiempo hasta que la influencia del chovinismo nacional y el revulsivo fundamentalista de los partidos al estilo del Tea-Party busquen más opciones políticas que una tímida líder conservadora dispuesta a seguir los dictados del nuevo populismo o de un diario estridente siempre presto a producir lo que vende en el mercado de los prejuicios.

Puede que sólo la ausencia de una figura política nacional capaz de unificar las corrientes de descontento y frustración sea lo que protege a los alemanes de que una avalancha populista caiga sobre sus estructuras democráticas. Por ese motivo, hace años que los que mueven los hilos en Alemania se preguntan «qué pasaría si...» ante la amenaza de un «Haider alemán» o, en nuestros días, de un «Wilders alemán», o un «Orban». O, por qué no, de un Jean-Marie Le Pen. ¡Pero escuchen, amigos! ¡Atentos! Esa persona ya podría estar entre nosotros. □

Werner A. Perger es analista político del semanario alemán *Die Zeit*.



Juan Pérez Agirregoikoa
Sekommça
2007

RENÉ CUPERUS

Implacables con el populismo y sus causas

Antes de centrarme específicamente en el caso de mi país, los Países Bajos, que actúa en gran medida como laboratorio del populismo pos-moderno, haré algunas observaciones generales sobre la cuestión.

Podemos encontrar distintas características nacionales, tipos y matices de populismo, pero lo que parece estar ocurriendo en casi todas partes es una revuelta populista contra la política establecida; desde los Verdaderos Finlandeses en Finlandia, al Frente Nacional en Francia, el movimiento Tea Party en Estados Unidos, o la «Conmoción Sarrazin» en Alemania.

Debemos entender y analizar qué tienen en común estas revueltas populistas, cuáles son sus causas comunes, por qué están sucediendo, por qué ahora y cuál es su objetivo.

Quisiera dejar muy clara mi postura desde el principio. Como exigió Toni Blair, «tenemos que ser implacables con el crimen e implacables con sus causas». Mi postura frente al populismo es que tenemos que ser implacables con el populismo y sus causas.

Ya que embestir contra el populismo parece ser el deporte favorito de la mayoría de las élites cultas, yo tiendo a provocar, mostrando la otra cara de la moneda, tratando de entender la racionalidad del populismo a través del estudio

RENÉ CUPERUS

Implacables con el populismo y sus causas

50
51

LETRA INTERNACIONAL

de los errores cometidos por los partidos establecidos. El populismo, de hecho, se ha desarrollado a causa de los errores y los defectos de la política establecida; es el resultado de los problemas de representatividad y de confianza de los partidos establecidos.

Mostrar comprensión hacia el populismo no es una opción fácil. Desde luego no lo es en Europa, donde cualquier debate sobre nacionalismo, populismo, identidad nacional o migración está marcado por las cicatrices del siglo XX: la perversión de la voz de las masas que supusieron el comunismo y la barbarie del régimen nazi.

En países como Bélgica, Alemania u Holanda, ocupadas por la Alemania nazi, el populismo se ha equiparado durante mucho tiempo al fascismo o al nazismo, a diferencia de los Estados Unidos, donde el populismo anti-Washington está mucho más aceptado.

No sé con exactitud cuál es la sensibilidad española en cuanto a este asunto; imagino que el legado de la dictadura franquista desempeña un papel importante. La relación entre populismo, liderazgo autoritario y nacionalismo juega un papel a tener en cuenta. Tal vez en España se den vínculos profundos también con el populismo latinoamericano, desde Perón a Chávez.

Por lo tanto, en cada país el populismo tiene distintas asociaciones y referencias, en su mayoría negativas. No olvidemos que el populismo no es una ideología como el liberalismo o el socialismo, que los partidos y la clase política utilizan para denominarse a sí mismos. Ningún partido en Europa se presenta como populista, pues se entiende como una etiqueta negativa que las élites académicas han utilizado para avergonzar y culpabilizar a los enemigos de la política dominante.

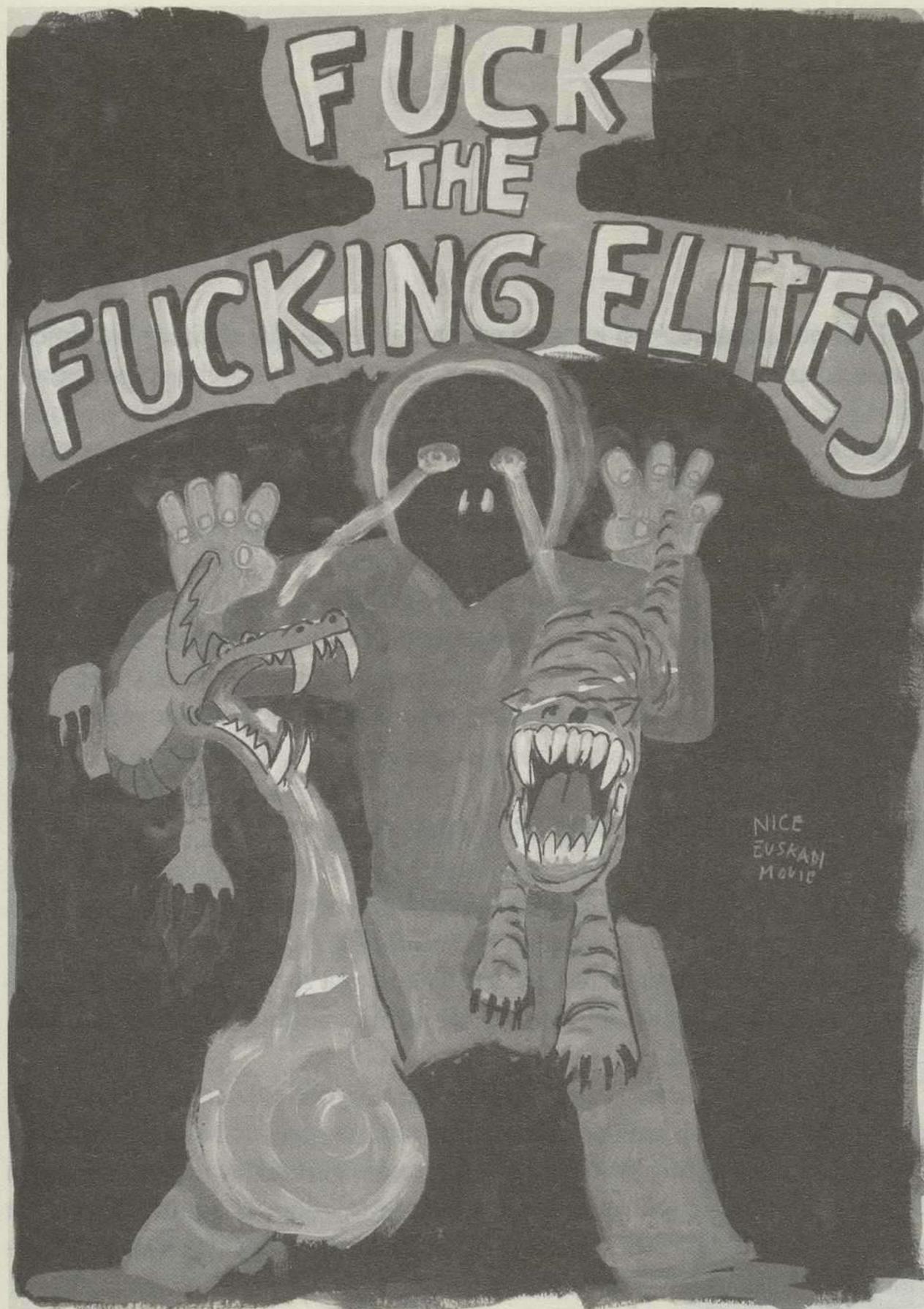
Pero la pregunta clave es: ¿Por qué surge ahora? ¿Por qué se está produciendo una revuelta populista en prácticamente todo el mundo post-industrial, desde el movimiento Tea Party en los Estados Unidos, a los Demócratas de Suecia, en el paraíso social que es ese país; desde Marie Le Pen en Francia, a Thilo Sarrazin en Alemania, Geert Wilders en los Países Bajos, Haider y Strache, en Austria. ¿Qué está pasando? ¿Por qué estos partidos, que surgieron como partidos protesta desde la derecha radical o extrema

derecha, amenazan con ocupar el centro político, como ocurre en el caso de Bélgica? ¿En qué medida son culpables de ello los partidos políticos establecidos? ¿Han producido ellos la brecha, el vacío, del populismo? ¿Qué ha salido mal?

De nuevo, ser implacables con el populismo y con sus causas requiere curiosidad y apertura, cierta frescura intelectual para acercarnos a este fenómeno. Para mostrar el desafío real que implica el populismo quiero proponer nueve



Juan Pérez Agirregoikoa
Pulsions de droite
2007



Juan Pérez Agirregoikoa
Fuck the elites
2005

de las características más polémicas que, en mi opinión, se observan en el populismo, o mejor dicho, en la crisis política populista.

1. El populismo es una revuelta contra la globalización.
2. El populismo es una reacción contra lo que los alemanes llaman la «segunda modernidad», o «modernidad tardía». Se trata de la modernidad de la individualización, del capitalismo neoliberal, de la sociedad red global. (Aquí, Manuel Castells tenía razón al entender que las fuerzas de la globalización producen fuertes reacciones contrarias.)
3. El populismo es una revuelta contra las políticas diseñadas por los expertos y la tecnocracia.
4. El populismo es la revuelta de la clase trabajadora y clase media-baja contra del predominio social de los profesionales con educación universitaria.
5. El populismo es la venganza de la clase obrera por la traición neoliberal de los partidos socialistas y socialdemócratas.
6. El populismo es una reacción xenófoba al fenómeno migratorio derivado de una mala gestión del mismo que provoca que sus efectos sean mucho más negativos para las capas más desfavorecidas de la sociedad.

RENÉ CUPERUS

Implacables con el populismo y sus causas

52

53

LETRA INTERNACIONAL

*El populismo
es la revuelta
emocional y
romántica contra
la filosofía
inhumana
de la eficiencia
en el mercado
y el Estado.*

7. El populismo es una revuelta contra un mundo que está cambiando con demasiada rapidez, donde las tradiciones, identidades y valores no son respetados.

8. Donde el socialismo y el cristianismo ya no oponen restricciones o frenos morales y culturales al capitalismo, el populismo ha llenado ese vacío: se trata de una revuelta emocional y romántica contra la filosofía inhumana de la eficiencia, tanto en el mercado como en el Estado.

9. El populismo es una rebelión contra la falta de poder de las clases políticas, que han perdido el control, cediéndoselo a las fuerzas anónimas de la globalización, los mercados financieros y el superestado europeo tecnocrático.

Tras estas observaciones generales, paso a referirme a lo sucedido en mi propio país.

¿POR QUÉ SURGE EL POPULISMO EN LOS PAÍSES BAJOS?

¿Cómo puede el populismo más vulgar aparecer en una sociedad democrática, madura, tolerante y abierta? Esa es precisamente una de las raíces de la revuelta populista: el sentimiento general de que esta sociedad progresista, liberal, democrática y fiable está amenazada por las nuevas tendencias culturales, económicas y sociales.

Los Países Bajos están experimentando una especie de choque cultural, la transformación de un país de alta confianza en un país de bajo nivel de confianza debido a la globalización, la inmigración, el individualismo, la quiebra de las familias, comunidades, tradiciones, la religión, la autoridad, etc. En cierta medida, el país está sufriendo lo que llamaría «el pánico a la globalización» y «el trauma de la inmigración».

Los Países Bajos han experimentado en las últimas décadas un cambio dramático. Al principio, imperaba un fuerte clima de corrección política. Durante mucho tiempo, la vergüenza por el pasado colonial y la memoria del Holocausto garantizaron un alto nivel de tolerancia y respeto en el trato con las minorías étnicas.

Esta situación fue destruida bruscamente en la década de 1980 con el ascenso de la extrema derecha. Partidos racistas propagaron la xenofobia y el odio a los extranjeros, lo que supuso un choque dentro del consenso del «nunca más» que existía desde el final de la guerra.

Los partidos democráticos establecidos reaccionaron ante esta situación con el llamado «cordón sanitario». Los inmigrantes eran, ante todo, percibidos como víctimas del racismo y la discriminación. Lo que también sucedió, y resultó ser un tremendo error, fue que se rodeó con un «cordón sanitario» no sólo a estos peligrosos partidos racistas, sino también a los temas que trataban esos partidos: la sobrecarga que suponía la inmigración, los problemas de integración y segregación, el alto nivel de desempleo y delincuencia y el descontento multicultural, especialmente en las circunscripciones de los partidos socialdemócratas.

De este modo, la corrección política se tornó en ceguera ante los problemas de la inmigración y la sociedad multiétnica, así como ante los problemas de la gente que experimentaba esta transformación día a día en sus vecindarios.

El golpe final vino del movimiento de Pim Fortuyn, una reacción populista de los ciudadanos contra los tabúes de corrección política de las élites políticas, especialmente de los partidos socialdemócratas, y en contra de los peligros del Islam (no reformado) en una sociedad progresista liberal como la holandesa. El clima cambió drásticamente. Hay un antes y un después de Fortuyn en Holanda. En palabras de Hanspeter Kriesi, «el surgimiento de un partido populista de derechas da lugar a un desplazamiento del centro de gravedad del sistema de partidos hacia el proteccionismo cultural».

A partir de ese momento los principales partidos políticos, incluida la izquierda holandesa, incorporaron en mayor o menor medida el programa de Pim Fortuyn en cuanto a medidas más estrictas sobre inmigración e integración.

El nuevo consenso post-Fortuyn podría caracterizarse por:

1. la restricción de la inmigración (no cualificada),
2. el fomento de la integración por todos los medios (exámenes de ciudadanía holandesa),
3. la lucha contra la discriminación y el racismo.

Se puede decir que Geert Wilders es el sucesor de Pim Fortuyn. El partido de Wilders, Partido de las Libertades (PVV), es un partido anti-islamista radical. Al igual que en el caso de Fortuyn, se trata de un «populismo limpio» de las cicatrices totalitarias del siglo XX: no puede señalarse como neonazi, muy al contrario, es pro-israelí y forma parte del movimiento internacional de lucha contra la ley islámica (Sharia). Se trata, además, de un movimiento extremista anti-islámico: Wilders no considera el Islam una religión mundial sino una peligrosa ideología política de la violencia y la intolerancia. Dice defender las libertades occidentales contra la toma de poder por parte de los musulmanes y pretende limitar su libertad de religión (prohibición de Corán), lo cual genera una confrontación potencialmente peligrosa.

Las causas de este cambio en el clima de corrección política del país hacia una actitud de desconfianza hacia la globalización y la inmigración son:

—Los asesinatos políticos. El primer líder populista, Pim Fortuyn, fue asesinado por un activista de los derechos de los animales. Más tarde, el director de cine Theo van Gogh (familia del pintor Vincent van Gogh) fue asesinado por un islamista radical holandés de origen marroquí.

—La mala gestión del fenómeno migratorio que se prolongó durante décadas. La falta de políticas de integración social y laboral llevó a un debilitamiento del

Juan Pérez Agirregoikoa
LogiÓN
2007



*Necesitamos
urgentemente
un nuevo pacto
social entre
los privilegiados
y los no
privilegiados.*

RENÉ CUPERUS

Implacables con el populismo y sus causas

54

55

LETRA INTERNACIONAL

Debemos demostrar que el modelo de Estado de bienestar europeo es compatible con la inmigración y la diversidad.

sistema igualitario de una próspera sociedad de bienestar: segregación, desempleo, nuevas desigualdades, pobreza, abandono escolar, etc.

—Las altas tasas de delincuencia en las comunidades de inmigrantes empobrecidas que minaron la confianza y la hospitalidad hacia los recién llegados.

—El choque entre una sociedad liberal progresista y una sociedad Islámica ortodoxa, especialmente en cuanto a los derechos de la mujer, de los homosexuales, el aborto, la eutanasia, etc.

—Una permanente y mal entendida reforma del Estado de bienestar por parte los principales grupos de la socialdemocracia. La destrucción de lazos de confianza. La guerra civil entre los sindicatos y los partidos socialdemócratas. La percepción de la traición neoliberal. La erosión de la brecha izquierda/derecha que da lugar a una nueva división, la llamada ruptura populista: la élite establecida contra el pueblo (falsamente percibido como una unidad).

—Una nueva división cultural en nuestras sociedades entre una visión cosmopolita y otra más nacional-comunitarista. Dentro de esta nueva división, los problemas con Europa, la inmigración, el multiculturalismo y las cuestiones de ley y orden, representan los llamados asuntos de presión, especialmente la división del electorado socialdemócrata entre la llamada élite ilustrada y cosmopolita y la clase media baja de los nacional-comunitarios oprimidos y de menor nivel educativo.

—Lo que los académicos llaman división entre liberalistas y comunitaristas. En términos generales, los liberalistas de clase media dan mayor importancia a los derechos individuales y a la apertura cultural. Tienen una alta movilidad y son pro-diversidad y pro-inmigración. Son indulgentes con los criminales y los ecologistas. Se sienten cómodos con la globalización y se benefician de ella tanto económica como culturalmente.

Por el contrario, los comunitaristas de clase trabajadora poseen una visión más colectiva de los derechos, dando mayor importancia a la pertenencia a su comunidad. Les preocupan los individuos que se aprovechan del sistema de bienestar. Valoran lo familiar y lo local, son escépticos en cuanto a la movilidad y a la inmigración en masa. Son severos con la delincuencia y no muy ecologistas. Se sienten incómodos con la globalización, de la que generalmente no se benefician económica ni culturalmente.

Esta división es característica de todas las sociedades ricas y afecta a todos los partidos, aunque de forma más grave a los partidos socialdemócratas.

LA GRAN TAREA POR DELANTE

Debemos demostrar que, en Europa, el Estado del bienestar, solidario y comunitario y el modelo social europeo son compatibles con la inmigración y una gran diversidad. Que en las sociedades europeas es viable una elevada calidad de vida y confianza dentro de una sociedad del bienestar heterogénea.

De lo contrario, esta inmigración en masa mal gestionada conducirá a las sociedades europeas a un lento pero seguro proceso de americanización, con



Juan Pérez Agirregoikoa
Oh la la amour
2007

un aumento de la desigualdad, la pobreza, la delincuencia y con bajos niveles de confianza social y política, lo que yo llamaría un lento pero seguro suicidio de la socialdemocracia.

Evitar que esto suceda, es la gran tarea que tenemos por delante. No ayuda que los cosmopolitas aparten la mirada de los problemas que generan la inmigración y el multiculturalismo, ni tampoco que muchos de nuestros votantes se sumen a las soluciones xenófobas. Necesitamos posiciones intermedias más realistas para poner fin a la guerra de trincheras entre el cosmopolitismo académico y la clase trabajadora, y poder diseñar nuevos puentes de entendimiento en nuestros partidos y sociedades.

En mi opinión, todo pasa por la reconstrucción de la confianza y la credibilidad de la socialdemocracia. Se trata de reconectar con nuestro electorado y devolverle una idea positiva de la política. La gente ha dejado de creer en la política como fuerza para mejorar la sociedad o su vida.

Tenemos que reconquistar la idea de libertad positiva formulada por Isaiah Berlin. Sobre todo en las cuestiones de política social, que están en el núcleo de nuestra pérdida de confianza y credibilidad. Las políticas sociales son el corazón de la socialdemocracia, pero hemos perdido lo que debe ser nuestro principal potencial.

Investigaciones recientes demuestran que en muchos países nuestras bases tradicionales en el ámbito de la política social se sienten traicionadas por los partidos socialdemócratas. Estas bases perciben el magnífico Estado de bienestar creado después de la guerra como injusto, puesto que ha dado ventaja a los nuevos inmigrantes y a las élites del sector público a costa del sacrificio de la gente trabaja-

RENÉ CUPERUS

Implacables con el populismo y sus causas

56

57

LETRA INTERNACIONAL

*La gente ha
dejado de creer
en la política
como fuerza
para mejorar
la sociedad
o su vida.*

dora. Se nos odia por el uso de las palabras «social» y «justo» para situaciones que son desleales e injustas.

Han dejado de percibir la diferencia entre derecha e izquierda, también entre la política de austeridad de los conservadores y la tecnocrática de los partidos socialdemócratas. Ambas se perciben como vías disciplinarias contra los profesionales sin formación universitaria, por lo que escogen la única alternativa no establecida: el populismo.

Tenemos que desarrollar conceptos políticos alternativos que marquen la diferencia con las corrientes de derechas y nos reconecten con nuestro electorado, que ha perdido la fe en las ideas socialdemócratas de progreso social. La política no es sólo el análisis de políticas tecnocráticas, es el arte de contar historias, de convencer a la gente de que la acción colectiva y una política progresista pueden dar lugar a progreso social. Por lo tanto, inventemos buenas historias.

¿QUÉ DEBE HACERSE?

Lo que necesitamos urgentemente es un nuevo pacto social, un nuevo acuerdo entre privilegiados y no privilegiados que forje una nueva idea de progreso. Un pacto de seguridad social y económica (basado en la estabilidad del Estado de bienestar) y la apertura cultural (una sociedad tolerante, que tenga perspectivas internacionales sin perder la democracia nacional).

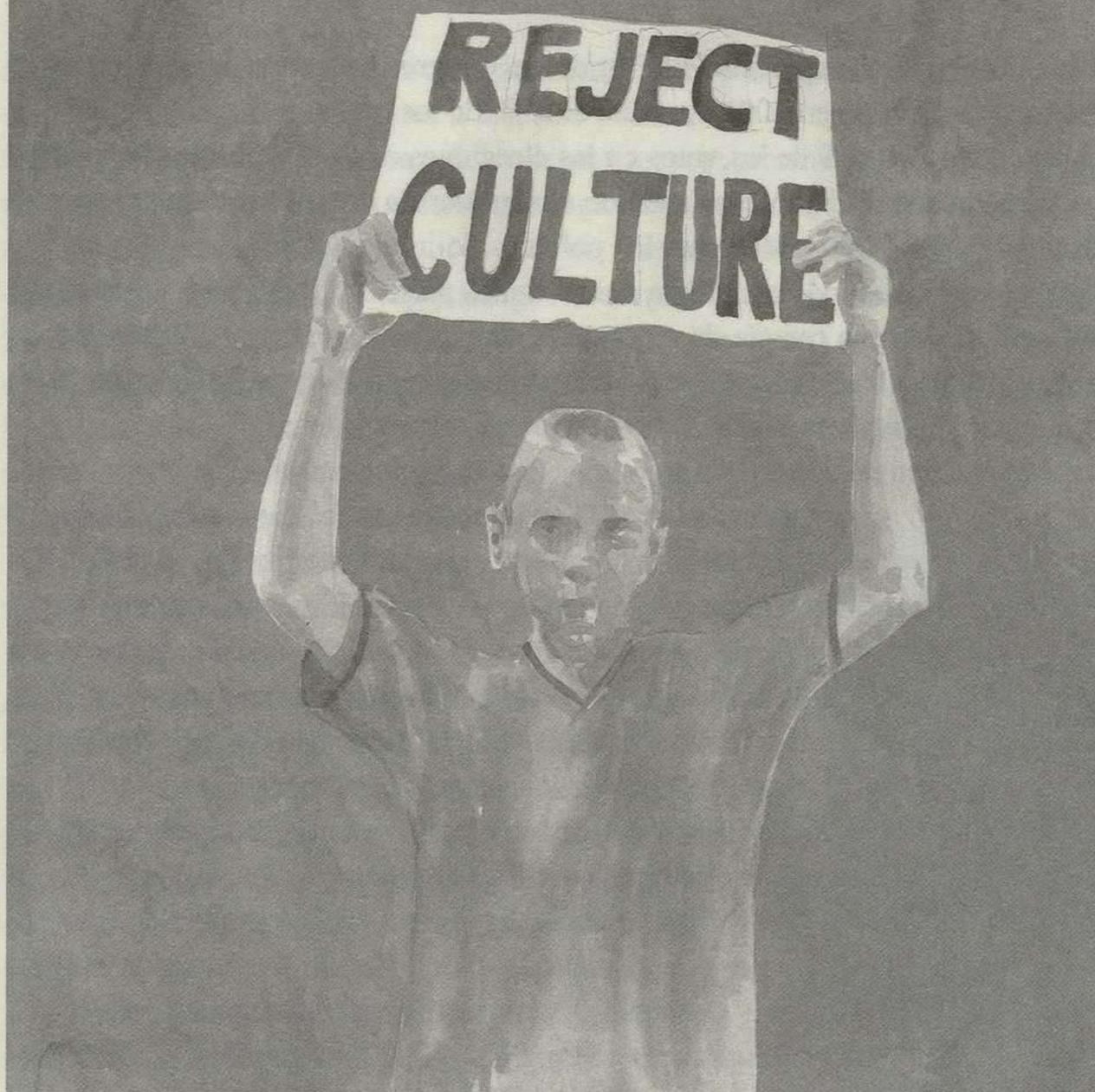
Guardar y renovar el *Volkspartei* (partido del pueblo) como un puente entre los ganadores y perdedores de las nuevas tendencias mundiales. Este nuevo *Volkspartei* saldrá de la coalición progresista, que abarca la construcción de otros partidos políticos de izquierda así como a las personas progresistas independientemente de su partido o filiación y organizaciones progresistas, como sindicatos, iglesias y organizaciones no gubernamentales.

Mantener, aunque parezca imposible, la sociedad europea del bienestar (frente a América y Asia) bajo las condiciones de una inmigración masiva y la globalización. Competir en la base del bienestar humano contra el limitado concepto neoliberal del crecimiento económico. Dejemos que la socialdemocracia europea sea el pilar para modernizar el modelo social de mercado europeo.

Desarrollar una sensibilidad hacia la cultura y la identidad políticas. El enorme descontento y la infelicidad en las democracias acomodadas y en los Estados del bienestar tiene su origen en las comunidades, la cohesión social, la seguridad: los problemas posmaterialistas de la psicología social.

Para luchar contra la peligrosa división populista entre el orden establecido y la (falsa entidad de) *gente*, es importante restaurar la brecha entre izquierda y derecha en política —con escenarios alternativos para adaptarse a las nuevas tendencias mundiales. Tenemos que ser implacables con el populismo e implacables con las causas del populismo. □

René Cuperus es investigadora de la Fundación Wiardi Beckman, Países Bajos.



Juan Pérez Agirregoikoa
Reject culture
2008

ANN CATHERINE JUNGAR

Las tres olas del populismo nórdico

La presencia del populismo en los países nórdicos tiene una larga trayectoria. A pesar de las distintas raíces históricas y diversas posturas políticas, los partidos populistas nórdicos se han ido igualando con el tiempo y, por otra parte, han experimentado sus mayores éxitos electorales durante los últimos años. El partido populista finés Verdaderos Finlandeses obtuvo sus mejores resultados en las elecciones parlamentarias del pasado mes de abril, cuadruplicando su apoyo electoral. Su porcentaje de voto pasó de un 4,6% a un 19,6%. Fueron invitados por el resto de partidos a unirse al gobierno pero tras una primera ronda de negociaciones optaron por mantenerse en la oposición ya que no podían asumir los paquetes de ayuda económica europea a Portugal.

Las críticas a la UE y en particular al apoyo que la UE presta a las economías en crisis como Grecia, Irlanda y Portugal, han sido prioritarias en la agenda de la

ANN CATHERINE JUNGAR

Las tres olas del populismo nórdico

58

59

LETRA INTERNACIONAL

*Los partidos
populistas
nórdicos han ido
estableciendo
estrechos contactos
transnacionales,
se inspiran
mutuamente y
aprenden unos
de otros.*

campana electoral finlandesa. El Partido del Progreso noruego obtuvo su mayor éxito parlamentario en 2009 con casi el 24% de los votos. El Partido del Pueblo danés recibió el 14% de los votos en las elecciones de 2007 y desde el año 2000 ha prestado apoyo al gobierno y tenido una influencia considerable en el gobierno danés, haciendo más restrictivas las políticas de inmigración y asilo. Suecia fue durante largo tiempo la excepción dentro de los países nórdicos puesto que el populismo de derecha carecía de representación parlamentaria. Los Demócratas de Suecia ganaron sus primeros escaños en el Parlamento en las elecciones de 2010, tras un largo plan de organización estratégica y presencia local.

A pesar de las diferentes trayectorias históricas, los partidos populistas nórdicos se han ido acercando cada vez más a la política, estableciendo estrechos contactos bilaterales y transnacionales, como con el Parlamento Europeo o el Consejo Nórdico. Además, se inspiran y aprenden unos de otros. Se podría afirmar que ha nacido una nueva familia de partidos nórdicos aunque aún no existe acuerdo sobre cómo denominarla. En cualquier caso, la cultura política de cada país sigue siendo de gran importancia a la hora de medir la influencia de esos partidos en los procesos políticos y en los debates sociales de cada país.

Los partidos populistas en los países nórdicos tienen más de cuarenta años de trayectoria. La primera ola de populismo llegó a Finlandia a finales de la década de 1950. El Partido Rural Finés, predecesor de los Verdaderos Finlandeses, se formó en 1959 liderado por el carismático político Veikko Vennamo como escisión del Partido Agrario y consiguió sus primeros mandatos parlamentarios en 1966, formando parte del gobierno entre 1983 y 1990, lo que finalmente consumió su apoyo electoral, perturbando la unidad interna del partido.

Durante la campaña electoral de 1983, el partido prometió a sus votantes acabar con el paro si llegaba al poder. De acuerdo con la práctica habitual en política finlandesa, el partido rival fue invitado a formar parte del gobierno y el Partido Rural Finés obtuvo el Ministerio de Trabajo. Como era de esperar, no pudieron cumplir la grandiosa promesa electoral: el partido se fue a la quiebra en 1995 y de sus cenizas surgió un nuevo partido, los Verdaderos Finlandeses. Entre los dos partidos prevaleció la continuidad tanto en las políticas como en la configuración del liderazgo.

Las raíces del populismo finlandés se asientan sobre los valores de los pequeños propietarios de las zonas rurales que se vieron amenazados durante la rápida modernización y urbanización de la sociedad finlandesa en la década de 1960. Veikko Vennamo se autoproclamó portavoz de los «olvidados», invadidos por políticos sordos a las demandas de sus votantes y académicos encerrados en sus torres de marfil. El actual líder del partido, Timo Soini, ha mantenido una posición antisistema cuestionando a políticos, expertos y burócratas europeos.

La segunda ola de populismo nórdico se produjo al mismo tiempo en Dinamarca y Noruega con el inicio de la década de los años 70. A raíz del debate en curso sobre la pertenencia a la Comunidad Europea y la expansión del Estado del bienestar, los fuertemente personalizados partidos populistas de Mogens Glistrup y Anders Lange obtuvieron escaños en los parlamentos. Reivindicaban

impuestos más bajos y un freno al incremento de la participación del Estado, en combinación con duras críticas a la clase política. Al contrario que el Partido Rural de Finlandia, que estaba a favor de una mayor inversión pública y la redistribución para disminuir las diferencias regionales, sociales y las desigualdades, el populismo en los países nórdicos más occidentales adoptó políticas económicas y valores liberales. Glistrup y Lange fueron personajes carismáticos y oportunistas políticos que desafiaron las normas y los valores predominantes. Ejemplo de esta actitud fue el que Glistrup animaba a los votantes a no pagar demasiados impuestos y que fuese condenado por evasión fiscal, o que Anders Lange durante los debates en televisión apareciese fumando en pipa y con una bebida, algo provocador e inaudito en la sociedad noruega.

El Partido Populista danés tuvo en un primer momento más éxito electoral que el de Noruega, pero se vio sacudido por conflictos internos. En 1995 surgió el Partido Popular de Dinamarca de una escisión del Partido del Progreso. Con Pia Kjaersgaard, el nuevo partido ha experimentado un notable éxito electoral y como partido de apoyo al gobierno ha tenido una gran influencia sobre las políticas de inmigración y asilo. La anti-inmigración se convirtió en la cuestión central del partido en los años 90.

El avance electoral del Partido del Progreso noruego es, como en el caso del Partido Popular de Dinamarca, resultado del trabajo estratégico a largo plazo para crear una organización jerárquica y centralizada con sucursales locales. Carl I. Hagen, sucesor de Anders Lange, fue un genio de la organización y sentó las bases de un partido bien estructurado. El sucesor de Hagen como líder del partido, Siv Jensen, obtuvo casi el 25% de los votos en las elecciones parlamentarias de 2009.

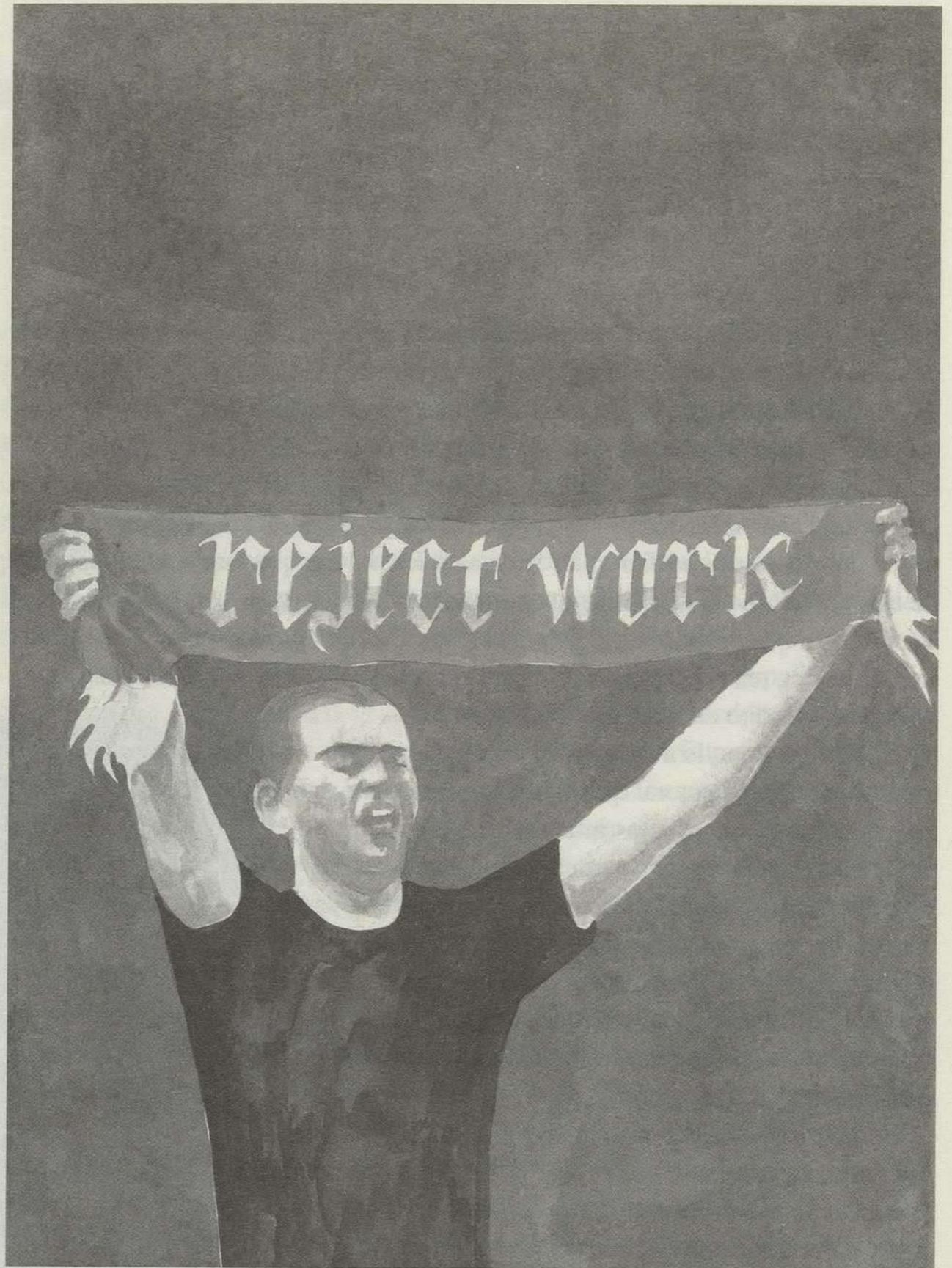
Suecia era la excepción dentro de los países nórdicos al no tener ningún partido populista con representación parlamentaria. Sin embargo, desde la entrada de los Demócratas de Suecia en 2010, los cuatro países nórdicos tienen representantes de partidos populistas en sus en el parlamentos. Esta tercera ola de populismo ha evolucionado a partir de los movimientos de protesta local y de grupos nacionalistas del sur de Suecia como reacción contra la inmigración y las políticas de integración. Las raíces del populismo de Suecia se encuentran en el llamado «nuevo populismo», que ganó apoyo en el sistema de partidos europeos a lo largo de la década de 1990 con la xenofobia, el anti-islamismo y la crítica a la Unión Europea.

¿Cómo se podrían definir estos partidos si no pueden clasificarse conforme a las etiquetas ideológicas establecidas? En el debate general y en la investigación se etiquetan como xenófobos, de extrema derecha, radical y populista, pero cada una de estas etiquetas tiene carencias, pues sólo describen un aspecto específico

Juan Pérez Agirregoikoa
Culture serves
2010



Juan Pérez Agirregoikoa
Reject work
2008



de estos partidos que, con una presencia parlamentaria cada vez mayor y con el fin de aumentar su atractivo electoral, han ampliado sus plataformas políticas.

A pesar de que el término populismo usualmente evoca connotaciones negativas y peyorativas, los líderes de los Demócratas de Suecia y los Verdaderos Finlandeses, Jimmy Akesson y Timo Soini respectivamente, se han declarado populistas. Jimmy Akesson ha parafraseado a Jean-Marie Le Pen diciendo: «¿Qué es un populista? Si significa escuchar a la gente, no puede ser tan malo». Timo Soini escribió sobre el populismo en su tesis de Licenciatura, en la que alega ser un profesional más que un teórico del populismo.

El populismo es una denominación ideológica muy estrecha y también puede caracterizarse como un estilo distinto de hacer política. Definido como ideología toma la forma de descripción antagónica de la relación entre pueblo y política, así como entre élites académicas y culturales. El populismo construye retóricamente un pueblo homogéneo y unido que ha sido traicionado por los intereses de los representantes políticos y los burócratas, o se ve amenazado por la inmigración y las culturas extranjeras. Entiende que en la toma de decisiones políticas la democracia debe reflejar los valores y opiniones de la gente. En consecuencia, defienden los instrumentos de democracia directa.

En este marco, la representación política se entiende como la realización de la voluntad del pueblo y exalta la competencia de los votantes para hacer juicios políticos fundamentados. Es conocida la frase de Veikko Vennamo: «Sí, la gente sabe», una expresión que expone esta forma de ver la democracia.

Líderes políticos carismáticos, partidos políticos centralizados y personalizados, además de una retórica política expresiva y folclórica en la que se ofrecen soluciones simples a los problemas políticos complejos, son ejemplos del populismo como estilo.

El grado de populismo presente en los partidos políticos populistas en los países nórdicos varía en cuanto a la ideología y el estilo. La posición «anti-establishment» es más fuerte en el caso de los Verdaderos Finlandeses, mientras en Noruega y Dinamarca se minimiza la crítica abierta a los políticos que detentan el poder. Estos partidos tratan, sin embargo, de presentar a través de diversos medios una imagen de sí mismos como distintos de los partidos políticos establecidos. En particular, los Demócratas de Suecia y, hasta cierto punto, el Partido Popular danés, han trabajado activamente para potenciar su credibilidad política y purgarse de sus orígenes nacionalistas y xenófobos. La construcción de esos «pueblos unidos y amenazados» ha ido variando con el tiempo: son los pequeños productores rurales, los hombres y mujeres comunes, los pequeños empresarios, la gente de los suburbios. Todos los partidos movilizan a los votantes presentando la inmigración como un peligro para el empleo y el bienestar, y el multiculturalismo como una amenaza a la cultura propia, y defienden la integración como asimilación. A pesar de que el número de inmigrantes o solicitantes de asilo varíe en los distintos países, todos estos partidos son patriotas en cuanto a su bienestar, y son xenófobos y anti-islamistas.

También se han vuelto similares en cuanto a su organización. Con una fuerte presencia parlamentaria, los recursos financieros de los partidos populistas se han consolidado y no son tan dependientes de su líder como antes. Los Verdaderos Finlandeses siguen siendo una excepción, ya que todavía se les asocia con su dirigente Timo Soini. Su estilo de hacer política se caracteriza por una retórica antagónica, en la que se acusa a chivos expiatorios de ser responsables de los problemas políticos: si Finlandia saliera de la UE y no tuviera que pagar la cuota de afiliación, podría invertirse más en el bienestar propio. O se presentan el apoyo a la inmigración y el bienestar de los pensionistas como opciones políticas mutuamente excluyentes.

Los partidos populistas se etiquetan a menudo como de extrema derecha, pero ¿qué tienen de derecha? Los partidos populistas nórdicos combinan una posición socio-económica de centro con valores conservadores, una combinación que explica su éxito electoral reciente. En la dimensión socioeconómica, los Verdaderos Finlandeses, los Demócratas de Suecia y el Partido del Pueblo

*Los populismos
nórdicos
combinan
una posición
socio-política de
centro con valores
conservadores de
extrema derecha.*



Juan Pérez Agirregoikoa
Mon desir
2007

ANN CATHERINE JUNGAR

Las tres olas del populismo nórdico

62

63

LETRA INTERNACIONAL

El patriotismo y el nacionalismo se expresan como una crítica a la inmigración y se exige la protección de las tradiciones nacionales.

danés defienden un Estado de bienestar nórdico o socialdemócrata, que se entiende amenazado por la globalización y la europeización. Defienden la redistribución a través de los impuestos y el apoyo público a los grupos más débiles: los pensionistas, los niños, etc. Son restrictivos en cuanto a la privatización de los servicios públicos, y defienden el apoyo y el proteccionismo para la producción nacional. El Partido del Progreso noruego, con políticas económicas más liberales, está abierto a la competencia global y favorece la reducción de impuestos. Por lo tanto, es más fiel a sus orígenes históricos como partido liberal de protesta fiscal. Los recursos del petróleo noruego permiten al Partido del Progreso defender con credibilidad las inversiones públicas y un simultáneo recorte de impuestos.

Es más bien por sus valores conservadores por lo que estos partidos se pueden describir como de extrema derecha. El nacionalismo o el patriotismo se expresan como una crítica a la inmigración, y la protección de las tradiciones y las culturas nacionales se exige por entender que están amenazadas por la globalización, la apertura de fronteras y otras culturas (el Islam). Abogan por políticas tradicionales de familia que estimulen la natalidad ya que un crecimiento apropiado de la población reduciría la demanda futura de mano de obra inmigrante. Minorías étnicas, culturales, lingüísticas y sexuales no tienen derecho a su reconocimiento como tales. El crimen debe castigarse con más severidad y hay que reducir la ayuda internacional.

El nacionalismo y la xenofobia son el legado histórico de los Demócratas de Suecia y han sido también las principales bases de perfil del Partido Popular danés. El nacionalismo de los Verdaderos Finlandeses no se expresa en la crítica a la inmigración, sino exigiendo la enseñanza obligatoria del sueco en las escuelas finlandesas y en la defensa del bilingüismo oficial (finés y sueco) de Finlandia. El nacionalismo se ha desarrollado y profundizado en los últimos años. El Partido del Progreso noruego se ha transformado en una dirección similar. En consecuencia, estos partidos no pueden definirse como centro extremo o centro radical.

Las huellas de los éxitos electorales populistas son diferentes en los sistemas políticos nórdicos. Las raíces históricas de los partidos, su cultura política en combinación con la forma de interactuar con los partidos establecidos debe, en última instancia, explicar el alcance de su influencia. En Dinamarca la estrategia fue aislar al Partido Popular danés, lo que acabó siendo una equivocación, pues el partido aumentó su representación parlamentaria a pesar de ello. Como partido de apoyo al gobierno ha sido capaz de influir desde la oposición en cuestiones de política prioritarias, sin tener toda la responsabilidad gubernamental. Los partidos establecidos se han adaptado a las políticas del Partido Popular danés, por ejemplo, en materia de inmigración.

En Suecia, hasta ahora los partidos políticos establecidos rechazaban cualquier cooperación con los Demócratas de Suecia, y el actual gobierno en minoría ha declarado que prefería solicitar el apoyo de otros partidos de la oposición para movilizar a una mayoría parlamentaria suficiente para aprobar leyes. Los partidos políticos establecidos no han invitado al Partido del Progreso a compartir el poder



Juan Pérez Agirregoikoa
Reject family
2006

político en el gobierno central, pero existe cooperación a nivel municipal, como en el caso de la ciudad de Oslo, gobernada por una coalición de los conservadores y el Partido del Progreso. Después del avance electoral de los Verdaderos Finlandeses en las elecciones parlamentarias de abril todos los partidos políticos, a excepción de Los Verdes, abrieron la puerta a la cooperación gubernamental con los populistas. Históricamente, la práctica política en Finlandia ha sido tender la mano a nuevos partidos políticos, invitándolos a asumir responsabilidad gubernamental para que se desarmasen en el poder. Sin embargo, después de largas negociaciones, los Verdaderos Finlandeses decidieron permanecer en la oposición porque no podían aceptar la decisión del gobierno finlandés de apoyar el rescate de la UE a Portugal.

En cualquier caso, la pregunta es si la influencia de los Verdaderos Finlandeses será recogida en la política de los demás partidos políticos, con el fin de frenar posibles futuros éxitos electorales de los Verdaderos Finlandeses. Es decir, si la realización de sus políticas se llevará a cabo por medios indirectos.

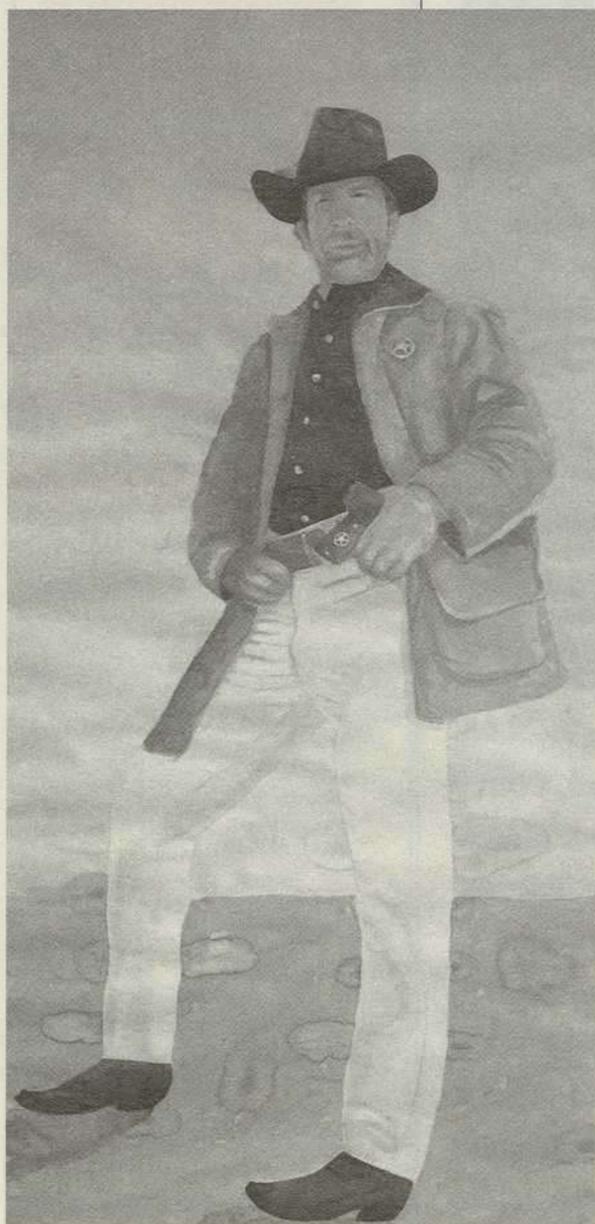
Ann Cathrine Jungar es profesora de Ciencias Políticas en la Universidad de Södertörn, Suecia.

TORCUATO DI TELLA

Neopopulismo europeo y movilizacionismo latinoamericano

64
65

LETRA INTERNACIONAL



Juan Pérez Agirregoikoa
Chinorris
2010

En Europa, se oye hablar cada vez más de «populismo», un ubicuo concepto que aplicamos a cualquiera que no nos guste y que tenga (cierta) capacidad de suscitar adhesiones de (ciertos) sectores populares, desde Berlusconi o Sarkozy hasta, retrospectivamente, Ronald Reagan, o más recientemente, los partidos xenófobos que tanto han proliferado en el Viejo Continente. Y entre los economistas neoliberales se ha puesto de moda llamar «populista» a cualquier partido o gobierno que según ellos promete más de lo que puede hacer, o que toma medidas atractivas pero a la larga contraproducentes, como la Unidad Popular de Salvador Allende en el Chile de los años 70 (1).

No hay por qué discutir en exceso sobre los nombres de las cosas, pero sí es necesario introducir alguna claridad para evitar un Babel intelectual. Esto es particularmente importante cuando desde Europa los socialistas y otros sectores progresistas contemplan el panorama al otro lado del Atlántico, y encastran el desvalorizado epíteto de «populistas» a fenómenos políticos que en una perspectiva más ajustada deberían reconocer como afines, y además aliados necesarios en un mundo globalizado. No se puede meter en el mismo saco a movimientos como el peronismo, el varguismo, el aprismo, o el PRI mexicano, con los movimientos populistas de derechas europeos; son más bien sus contrarios, por el tipo de clases que les apoyan.

Por citar un ejemplo del uso «portátil» del concepto de populismo, es interesante observar que los laboristas británicos han acusado al líder conservador David Cameron de ser populista por proponer que la gente envíe directamente sus demandas a la cámara de los Comunes, y que si una demanda tiene el apoyo de las firmas de 100.000 ciudadanos, debería ser tratada con prioridad por el Parlamento (2).

En un artículo reciente en la revista *Italianieuropei* Ilvo Diamanti registra nada menos que diez usos de la palabra populismo. Fundamentalmente, y simplificando, incluiría elementos componentes de derechas y xenófobos, enfatizaría la figura del dirigente, que debe ser considerado «único», prioriza el ejecutivismo, se apoya especialmente en los medios de masas, utiliza un lenguaje popular con elementos de entretenimiento y antipolítica, antiglobalización y localismo (3). Todos éstos —si se me permite usar el término— aspectos «superestructurales».

Pero, ¿será que nos hemos olvidado de las «infraestructuras», o sea, de las clases sociales a las que el mensaje se dirige y en las cuales cuaja? Todos los casos europeos descritos cuentan principalmente con el apoyo de los

(1) Rüdiger Dornbusch y Sebastian Edwards (comps.), *The Macroeconomics of Populism in Latin America*, University of Chicago Press, Chicago, 1991.

(2) «Vota via internet la tua legge», *La Repubblica*, 29/12/2010, pág. 19.

(3) Ilvo Diamanti, «Populismo: una definizione indefinita per eccesso di definizioni», *Italianieuropei*, 2010, n° 4, pp.168-175. Y Bernardo Valli, en *La Repubblica* del 30/12/2010 escribe un artículo titulado «Così il populismo minaccia la UE» (pág. 43) que concluye con la retórica demanda: «¿Qué hará Italia, donde el populismo está en el poder?»



Juan Pérez Agirregoikoa
Augusto
2006

sectores altos o medios-altos de la pirámide social, aunque puedan recoger una cantidad no despreciable de adhesiones populares. Pero esto no es una ninguna novedad. Los conservadores siempre han sido capaces de obtener apoyos populares, desde los tiempos de los «working-class Tories», sin que por ello el partido de Peel, Cecil o Disraeli pueda razonablemente ser llamado «populista». Por más preocupados que estuvieran estos dirigentes por la suerte del «pueblo», su base electoral y de apoyo social estaba en otra parte. Y además, dicho sea sin recurrir —válgame Dios— a Karl Schmitt, hay que preguntarse cuáles son los enemigos de los así llamados populistas o neopopulistas, desde Berlusconi a Le Pen (4). No son las clases dominantes sino los sectores sindicalizados o los inmigrantes extracomunitarios, sumándoles quizás los intelectuales y profesionales del *establish-*

(4) Ya hace tiempo Aristóteles se refería a los conflictos entre «las partes del Estado, que parecen entre sí enemigas; por ejemplo, entre los ricos y los pobres» (*La política*, 5ª ed., Espasa Calpe Argentina, Buenos Aires y México, 1946, pp. 246-247). Y más cerca nuestro, desde Bolívar a San Martín y Rosas pensaban también que la lucha de los que nada tienen contra los que tienen es básica, lo cual por otra parte es obvio.

*Mientras la
socialdemocracia
no revise su
encandilamiento
con las recetas
neoliberales, no
podrá enfrentarse
al neopopulismo.*

TORCUATO DI TELLA

Neopopulismo europeo y movilizacionismo latinoamericano

66
67

LETRA INTERNACIONAL

*El populismo
a la Perón no es
lo mismo que la
socialdemocracia,
pero tienen mucho
en común.*

ment liberal progresista. Los neopopulismos no apuntan contra la burguesía, grande, media o pequeña, aunque en los movimientos xenófobos se dé una cierta tensión con respecto al gran capital concentrado, pero no es ese su principal adversario. En cualquier caso, dirigentes del tipo de Le Pen o Bossi son más peligrosos que los claramente conservadores, porque enarbolan algunas banderas de izquierda, como la lucha contra la globalización y el excesivo control de la Unión Europea sobre las políticas nacionales. Y mientras la socialdemocracia europea no revise su encandilamiento con las recetas neoliberales, le será más difícil enfrentar la amenaza que le viene desde este tipo de «neopopulismo» (5).

En América Latina, son comunes los fenómenos políticos que se han clasificado como populistas (6). Muchos piensan que han arruinado nuestras posibilidades de crecimiento y de modernización, pero no toman en cuenta las alternativas reales existentes, y no valoran suficientemente las importantes transformaciones sociales que esos «populismos» han realizado. Tampoco registran los cambios que se han dado con el tiempo. Si el Partido Demócrata de los Estados Unidos ya no incluye a los ultrarreaccionarios del Sur, que eran aún en tiempos de Roosevelt su bastión electoral; si hasta los comunistas de Europa Oriental se han democratizado, ¿por qué no puede haber ocurrido, o ocurrir en el futuro, un cambio de parecida magnitud en los populismos latinoamericanos? (7)

El hecho de que esos movimientos tengan apoyo, fundamentalmente, en las clases trabajadoras, es algo que debe ser tenido muy en cuenta en la evaluación que de ellos hagan los intelectuales y los políticos progresistas, antes de lanzarse a una oposición poco meditada. No es que cualquier movimiento que cuente con el favor de mayorías populares deba ser apoyado por quienes se consideran progresistas o socialistas. A menudo se cita al respecto el caso de Hitler, que tenía en buena parte el apoyo popular, pero hay que ver de qué masas se trata. En el caso de Hitler, eran las clases medias frustradas por años de hiperinflación y desocupación, aparte de la fuerte contribución de la alta burguesía, ausente en los casos latinoamericanos.

Un proyecto de transformación en sentido progresista necesita el apoyo, bien o mal organizado, pero organizado al fin, de los sectores «subalternos» (para usar el término gramsciano). Sería deseable que además mostrara claras convicciones y prácticas democráticas, cosa que no siempre ocurre. Pero no se puede negar que en Europa los partidos comunistas, aunque poco convencidos de las bondades de la «democracia burguesa», hayan sido progresistas. Y la experiencia histórica demuestra que esos partidos llegaron a tener convicciones genuinamente democráticas, habiéndose cambiado o no de nombre, pero con

(5) Aleccionador al respecto es el artículo de Carlo Benucci, «Dal rosso al nero? I mutamenti di voto della banlieue parigina», *Quaderni dell'Osservatorio Elettorale*, Edizioni Regione Toscana, junio 2006.

(6) Ernest Gellner y Ghita Ionescu (comps), *El populismo*, Amorrortu, Buenos Aires, 1970; Michael Conniff, (comp.), *Latin American Populism in Comparative Perspective*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1982.

(7) Kurt Weyland, «Clarifying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics», *Comparative Politics* 34:1, 2001. Frank Adler et al., *Populismo posmoderno*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 1996.

prácticamente la misma gente que antes. Y si los comunistas se hicieron demócratas, ¿por qué los «populistas» un poco o muy autoritarios de la América Latina no pueden recorrer el mismo camino, cosa que varios de ellos han hecho claramente? Y si algunas manchas les quedan, ¿acaso la socialdemocracia o el Partido Demócrata norteamericano no las tienen?

Los partidos comunistas de Italia o Francia en la posguerra no podían hacer menos que reflejar las condiciones y la mentalidad de los sectores sociales sobre los que se fundamentaban. ¿Habría sido mejor que hubieran rechazado desde el comienzo el estalinismo? Desde un punto de vista moral y de teoría política sin duda habría sido deseable, pero esa actitud los hubiera condenado al papel de los partidos socialistas, válido en muchos sentidos pero incapaz de reflejar la mentalidad y la capacidad organizativa de la base de la pirámide social, porque esos países no eran Suecia ni Gran Bretaña. Lo mismo se puede decir de los socialistas chilenos, que tanto han tenido que cambiar desde las esquemáticas convicciones que tenían en los años 70. Y como decía nuestro pensador decimonónico Juan Bautista Alberdi, «hay en la vida de los pueblos edad teocrática, edad feudal, edad despótica, edad monárquica, edad aristocrática, y por fin edad democrática». Pero agregaba, para evitar entusiasmos fuera de lugar, que «el modo de que no sea futura, ni presente, es empeñarse en que sea presente, porque el medio más cabal de alejar un resultado es acelerar su arribo con imprudente instancia» (8).

En un reciente artículo en el diario de oposición *La Nación*, de Buenos Aires (3/1/2011), Carlos Pagni ha considerado la posibilidad de que «Chávez, Morales, Cristina Kirchner, se estén despertando, asustados, del sueño dogmático que supieron abandonar François Mitterrand, Michel Rocard, Felipe González, Tony Blair, Ricardo Lagos, Lula da Silva, José Mujica, Alan García o Dilma Rousseff». Verdadero o falso, no es mala compañía. Según ese autor, tanto los socialdemócratas como los movimientos nacional-populares tendrían, o habrían tenido en común, algunas características, y han pasado a través de diversos periodos de mayor o menor dependencia del Estado o del mercado. En esa interpretación la palabra «populismo» se referiría, por lo tanto, a una determinada etapa en la evolución de los partidos reformistas que se apoyan en las clases populares y, por lo tanto, de ninguna manera se aplicaría a Berlusconi, Sarkozy o Reagan.



Juan Pérez Agirregoikoa
Henry K.
2006

(8) Juan Bautista Alberdi, *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, Buenos Aires, 1837.

Por estas y otras razones el autoritarismo, «nacional-popular» o comunista, podría representar una etapa histórica hacia el establecimiento de la socialdemocracia, adaptada, en ambos lados del océano, a las fuerzas económicas internacionales en permanente mutación. No es que el populismo a la Perón, Vargas o Haya de la Torre sea la misma cosa que la socialdemocracia, pero tienen mucho en común, sobre todo, si se mira debajo de la línea de flotación. A fin de cuentas, no es absurdo pensar que también en la antigua Grecia hayan sido necesarios un Pisístratos y un Clístenes para debilitar el poder de la oligarquía y llegar a Pericles.

Para aclarar las diferencias entre lo que se ha dado en llamar el neopopulismo europeo y el populismo latinoamericano, haremos algunas consideraciones sobre este último fenómeno para detectar sus particularidades y sus tendencias evolutivas. Esto es importante para la socialdemocracia porque no le vendría mal sumar algunos aliados fuera del ámbito europeo, como en su momento intentó hacer el PSOE con el «socialismo mediterráneo». Aunque esa fantasía hace tiempo fue descartada, no es equivocada la idea de tragar algunos sapos para poder cruzar el mar.

En los años 50 del siglo XX los fenómenos populares, pero no socialistas, de América Latina comenzaron a ser analizados seriamente —y con no poca preocupación por sus características autoritarias y su culto a la personalidad— por sociólogos y politólogos tanto de la propia región como de Europa y los Estados Unidos. Se les aplicó el nombre de populismo, o nacional-populismo, o movimiento nacional y popular.

Los casos más notorios venían de México (los herederos la Revolución, especialmente Lázaro Cárdenas), Argentina (peronismo), Brasil (varguismo), Bolivia (Movimiento Nacionalista Revolucionario), con variantes más liberales en el Perú (aprismo), Venezuela (Acción Democrática), y Costa Rica (Movimiento de Liberación Nacional, de José Figueres). En Cuba, el dictador Fulgencio Batista fue un practicante precoz, aunque a fin de cuentas fracasado, y también Fidel Castro ha expresado el mismo tipo de relación entre dirigente y masa basada en un vínculo carismático tanto o más que en consideraciones ideológicas. En tiempos más recientes se puede agregar a los sandinistas, a Hugo Chávez, a Rafael Correa, a Evo Morales, y a Ollanta Humala en el Perú. No incluyo en este elenco al PT de Lula, ni a los socialistas chilenos o al Frente Amplio uruguayo, que son ya claramente versiones locales de la socialdemocracia. Y algunos movimientos de origen «populista», como el peronismo renovado argentino, están en una etapa de evolución hacia ese modelo.

Para analizar las posibilidades de cambio en los fenómenos «populistas» latinoamericanos veamos, brevemente, las tres características básicas de estos partidos:

1. Una *élite anti statu quo*, en general compuesta por una minoría de los estratos altos o medios, o de sectores institucionales como el clero o las fuerzas armadas, que muestran fuerte antagonismo hacia el *establishment*. Los casos van desde los ayatolás del Irán monárquico hasta los militares de grado medio



Juan Pérez Agirregoikoa
La Tonadillera
2005

como los *tenentes* brasileños de los años 20 y 30 (9), o los coroneles argentinos de los años 40, y a menudo también los empresarios industriales necesitados de protección ante la invasión de productos extranjeros. Muy importantes son también, en ciertos casos, los grupos con educación media o alta con escasas o nulas oportunidades de trabajo adecuado a sus expectativas, mucho más numerosos en los países de la periferia que en los del centro.

2. Una masa que ha roto con la tradicional lealtad hacia sus superiores jerárquicos pero que aún no ha adquirido la experiencia de la organización autónoma, situación que puede definirse como *movilización social*. En este sentido, el concepto (adoptado por Karl Deutsch y Gino Germani) significa simplemente una puesta en disponibilidad para un *caudillismo* movilizador. Usando otro lenguaje teórico, Ernesto Laclau se refiere a la interacción entre un individuo o grupo dirigente y una masa o «sujeto interpelado» y, por lo tanto, «constituido» como actor social mediante ese discurso (10).

(9) Edgar Carone, *O tenentismo*, DIFEL, San Pablo, 1975.

*Ni el PT de
Lula ni el Frente
Amplio de
Uruguay son
movimientos
populistas, sino
versiones
locales de la
socialdemocracia.*

El populismo es una forma de relacionarse con los electores, o de prometer cosas que gusten a la gente aunque no sean eficaces para el buen gobierno.

3. Un *vínculo carismático* entre la élite dirigente, o un miembro emergente de ella, y la masa ya movilizada pero aún no organizada autónomamente.

Para este fenómeno, típico no sólo de América Latina sino de otros países de la periferia, es mejor reservar el nombre de «populismo movilizacionista», o simplemente «movilizacionismo», o bien «movimientismo» (11). Para caracterizar adecuadamente un fenómeno populista es esencial tomar en consideración los dos factores en juego, es decir, qué es lo que ocurre en el nivel de las élites, y qué en el más amplio terreno de las clases populares. Sin las dos patas no camina, o se cae, o evoluciona —nunca de golpe, por supuesto— hacia formas distintas de organización, más cercanas a la socialdemocracia. Esto último ocurre especialmente si se da una lucha interna por el poder, entre su derecha y su izquierda, y sufre el abandono de la mayor parte de sus componentes de derecha, como le ocurrió al peronismo en 1955 durante la confrontación con las fuerzas armadas y el clero, que habían sido dos importantes columnas de su fuerza inicial, aparte del movimiento obrero. Algo parecido le ocurrió al varguismo después de la radicalización de los tiempos de João Goulart en los años 60, que llevó a su componente de derecha a sumarse al golpe militar.

Cuando por diversos motivos las clases populares van adquiriendo mayor experiencia organizativa, pueden confluír hacia formas socialdemócratas, especialmente si se ha dado una industrialización masiva, como en el Brasil. O limpiarse de aliados molestos aunque en su momento necesarios, como el Partido Demócrata en los Estados Unidos, impulsado por la rebelión de los afroamericanos. Y en cuanto a la Argentina, parece estar en una etapa intermedia de este proceso.

Respecto a la nueva variante de «populismo» de Venezuela, Ecuador, Bolivia y Perú, hay que tener en cuenta que en esos países se ha asistido a un continuo aflujo de la población rural marginada, tradicionalmente menos «visible», que habiendo perdido a sus tres padres (el paterfamilias, el cura y el patrón) va en busca de un cuarto, el padre de los pobres. Al mismo tiempo, en el propio sector rural o de pequeños pueblos la educación y los medios han creado un sector emergente en busca de nuevas formas de expresión, que los partidos populares clásicos podrían haber captado si no hubieran sido arruinados por la burocratización y la corrupción, que generaron un *tsunami* parecido al italiano de las *mani pulite* de los años 90 (12).

(10) Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Paidós, Buenos Aires, 1962; Torcuato Di Tella, *Sociología de los procesos políticos: de la movilización social a la organización política*, 2ª ed., Ateneo, Buenos Aires, 2011, y *Perón y los sindicatos: los inicios de una relación conflictiva*, Ariel-Planeta, Buenos Aires, 2003; Ernesto Laclau, *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006.

(11) Giorgio Alberti, «Movimientismo and Democracy: An Analytical Framework and the Peruvian Case Study», en Eli Deniz (comp.), *O desafío da democracia na América Latina*, IUPERJ, Río de Janeiro, 1996.

(12) Manuel Alcántara Sáez, *Sistemas políticos de América Latina*, Tecnos, Madrid, 1990; Carlos Blanco, *Revolución y desilusión. La Venezuela de Hugo Chávez*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2002; para el caso argentino, Gino Germani, «El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos», *Desarrollo Económico* 13:51, octubre-diciembre 1973.

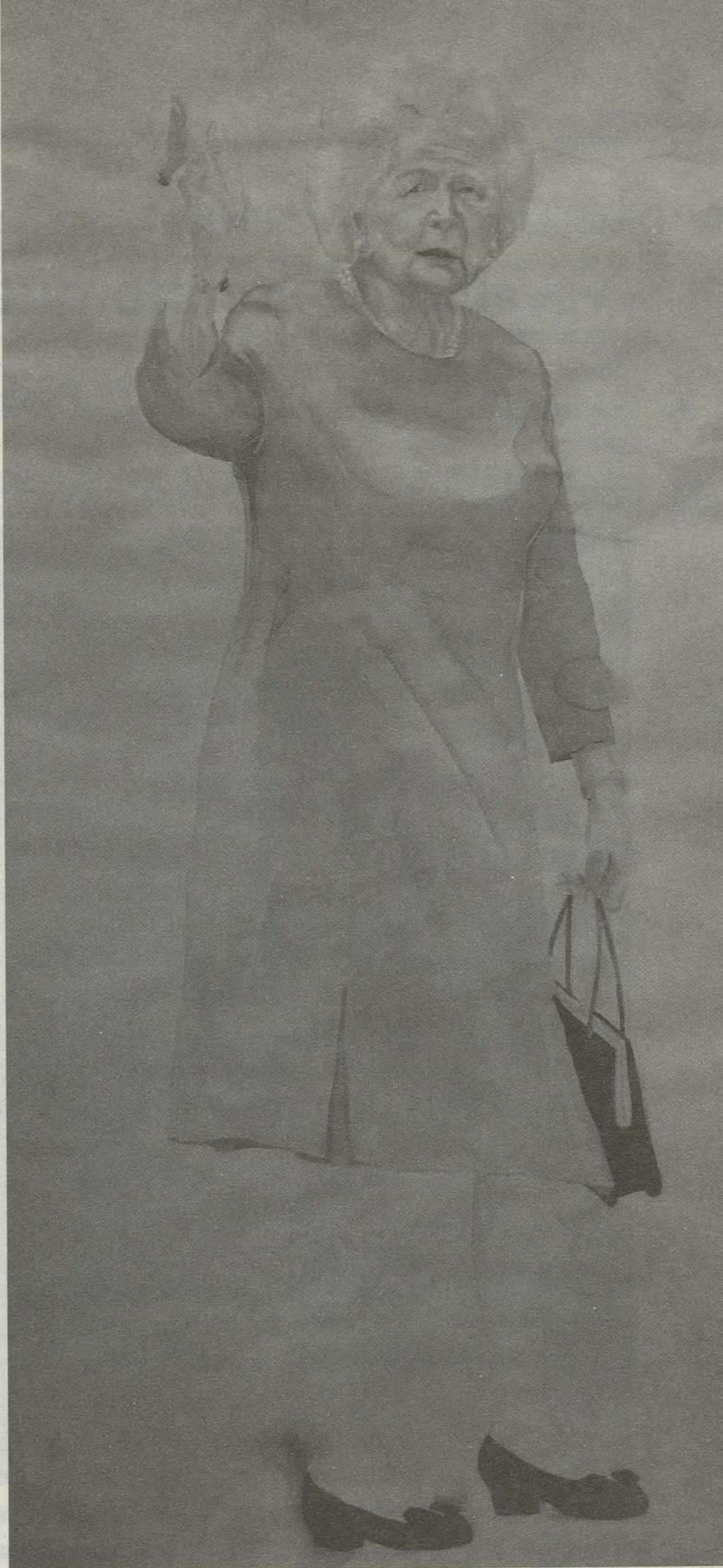
Los nuevos populismos, o mejor «movilizacionismos», a menudo autodefinidos como socialistas, tienen que reflejar los sentimientos de las masas que los apoyan, sus carencias, sus odios, sus esperanzas a menudo algo milenaristas, como ha ocurrido antes con otros populismos latinoamericanos, y también con el socialismo europeo. Pero es bastante probable que estos nuevos movimientos sigan el camino de sus equivalentes o semejantes en otras partes del mundo.

Para concluir, debo decir que hay que resignarse a que el término «populismo» siga siendo usado durante bastante tiempo a gusto de cada cual. Pero lo mismo ha ocurrido y ocurre con la democracia (directa, indirecta, representativa, burguesa, participativa, popular, socialista), así que no hay que maravillarse de que lo mismo pase con el populismo. Como guía de lectura, y como contribución teórica, sugiero que se tengan en cuenta dos sentidos principales de la palabra «populismo». En el primer sentido, demasiado utilizado sobre todo por el periodismo pero también en análisis sociológicos, el populismo es una forma de relacionarse con los electores, o de prometer cosas que gusten a la gente aunque no sean eficaces para el buen gobierno. No importa tanto qué clase le apoye, y por lo tanto, es más un adjetivo que un sustantivo, y puede ser usado por un partido de derecha, como en los llamados neopopulismos europeos.

En un segundo sentido, más preciso, el populismo movilizacionista, o más simplemente para evitar confusiones, el «movilizacionismo», es un tipo de organización de los estratos bajos de la pirámide social, basado en la coalición con importantes sectores minoritarios de la parte alta de la pirámide que controlan al movimiento a través del liderazgo personalista y carismático. Este fenómeno no sólo no puede ser captado por la derecha, sino que es en general su principal enemigo, aunque dentro de él, claro está, haya una izquierda y una derecha, un estatismo y un neoliberalismo económico, como los hay en la socialdemocracia, que se puede extender desde el primer Mitterrand a Tony Blair.

Cómo evolucionarán estos fenómenos sólo lo saben los celosos dioses, que les han vedado a los mortales conocer el futuro. Pero nosotros podemos, mientras tanto, hacer hipótesis al respecto, y discutir las. □

Torcuato Di Tella es profesor emérito de la Universidad de Buenos Aires y embajador de Argentina en Roma.



Juan Pérez Agirregoikoa
Maggie vieja
2010

Margarita Salas: «No he tenido que renunciar a nada»

Rosa Pereda

La transcripción de una entrevista hecha por teléfono tiene sus peligros. Y sus ventajas. La ventaja está en que la operación de síntesis que siempre tiene que hacer la periodista al escribirla, se realiza en el momento de tomar las notas. Pero el peligro es que se pierda, en buena medida, el temblor de la lengua hablada. No las ideas, pero sí esos giros o esas repeticiones e insistencias que constituyen la peculiaridad del habla de cada entrevistado, por no mencionar el lenguaje gestual. Pero a Margarita Salas no quedaba más remedio que hacérsela así: tiene una agenda monstruosa, imposible, que nos ha hecho ir cambiando la cita desde antes de Navidad, cuando aceptó contestar a las preguntas de LETRA INTERNACIONAL por medio de la que esto firma.

Su curriculum es apabullante. A esta asturiana de setenta años sólo le falta el Nobel. Y eso que las aplicaciones tecnológicas de sus investigaciones en biología molecular ya tienen alguno. Aparte de que podrían convertirla en terror de criminales y, ya, en fuente de soluciones, complicación y tramas de tantas ficciones del género. Qué sería de tantas investigaciones del género policial —y de la policía verdadera— sin los análisis de ADN? Pues su persecución de ese pequeño virus que llamaron Phi29 tiene mucho que ver con que, con una mínima cantidad de ADN —que es nuestra firma individual biológica—, se pueda realizar el análisis. Y localizar, con muy pocas dudas, al autor del desaguisado. Con ser importante esta aplicación policial, no es la única ni la más valiosa. La medicina, la arqueología, la agricultura también le deben mucho, como veremos enseguida.

Margarita Salas ha dedicado toda su vida a la investigación, con verdadera pasión. A la ciencia «dura», lo cual es bastante raro en mujeres de su generación. Nació en Canero, Asturias, en 1938 —desde julio de 2008 es Marquesa de Canero, un título hereditario concedido por el Rey

a su trabajo y sus logros—, hija de un psiquiatra cuya carrera fue truncada por la Guerra Civil. Se licenció y doctoró en Química en la Universidad Complutense y allí conoció a su marido, Eladio Viñuela, químico como ella. Se casaron muy jóvenes y enseguida empezaron a trabajar juntos. O más bien al revés. Porque, recién casados, viajan a Nueva York para hacer un postdoctorado con Severo Ochoa, amigo de su familia y pariente político.

Él tuvo mucho que ver con que Salas se doctorara con Alberto Sols, uno de los pioneros de la bioquímica española, a la que había llegado desde la medicina, y que, a su vez, también había pasado por los Estados Unidos. «En 1964 —dice Margarita Salas— España era un desierto científico. Cuando llegamos a Nueva York me sentía como el paleta que va a la capital.... Aquella ciudad era fantástica, y las condiciones para el investigador un auténtico sueño: los laboratorios y sus materiales, sus equipamientos, los investigadores... Allí empezamos nuestro trabajo en biología molecular con Severo Ochoa». Cuenta la leyenda que Severo Ochoa los separó en distintos equipos para que cada uno mostrara independientemente su valía,

y que, con una ironía de la que también Margarita Salas hace gala, les dijo, como se ha repetido infinidad de veces: «Así, si no aprendéis de mí, por lo menos hablaréis inglés».

A los tres años, terminada esa etapa, regresaron a Madrid. «Volvi- mos gracias a que traíamos ayuda norteamericana para la investigación, si no, hubiéramos tenido que quedarnos. En España se seguía careciendo de medios. Abordamos entonces un tema común, porque pensamos que teníamos que aunar esfuerzos: creamos un grupo de investigación con doctorandos. Naturalmente, de cara a los éxitos obtenidos, yo era sólo la mujer de Eladio Viñuela, porque oficialmente las mujeres no servíamos para la investigación científica. En 1970, él decidió que separáramos nuestro trabajo, precisamente para que se demostrara que yo tenía mi propia autonomía y mi propia capacidad: yo seguí con el virus Phi29, y Eladio, que era extremeño, empezó a trabajar en uno más complejo, el de la peste porcina africana, que en aquellos años causaba estragos en la cabaña porcina de su tierra natal».

Efectivamente, el trabajo de Viñuela, prematuramente desaparecido, describió el VPPA —el virus

aquél—, lo sacó de una definición equivocada y abrió unos estudios sobre su comportamiento, en el Instituto que lleva su nombre en el Centro de Biología Molecular Severo Ochoa, que todavía continúan y que servirán para la elaboración de vacunas o antídotos. «Yo tenía que demostrar a mis colegas científicos que era una investigadora independiente. Trabajé mucho, y mi marido siempre me apoyó.»

El Phi29 —en realidad se escribe con una «fi» griega que no tengo en mi teclado, o así, en la transcripción inglesa de esa letra— ha resultado ser una auténtica mina, incluso a nivel económico. Es un virus muy sencillo, muy elemental, pero... «los virus no pueden vivir por sí solos, no son autónomos, necesitan alojarse e infectar una célula o una bacteria que les suministre los elementos para seguir vivos y replicarse. El Phi29 se aloja en una bacteria no patógena llamada *Bacillus subtilis*. Es una bacteria del suelo. Cuando el virus la infecta, la bacteria muere, pero ni uno ni otra producen problemas en otros organismos. Es un virus muy simple, con sólo veinte genes, así que podíamos estudiarlo de manera exhaustiva y producir, además, modelos de investigación de otros, mucho más peligrosos, como el de la hepatitis o el de la polio, que producen enzimas similares para reproducirse, o dicho técnicamente, “replicarse”. Descubrimos que, cuando el Phi29 se replica, produce una enzima, la DNA polimerasa, que duplica el material genético del virus, es decir, que multiplica y amplifica su ADN. Descubrimos también que esa enzima servía para duplicar cualquier ADN, de manera que con un mínimo rastro, conseguía millones de copias, lo que permite una des-

cripción y un estudio más ajustado. Así que patentamos la polimerasa, y esta patente la obtuvo una empresa americana que se dedica a comercializar los *kits* de amplificación de ADN que resultan tan útiles en las investigaciones policiales, la medicina forense, la arqueología, la agricultu-

Idénticos a sí mismos». Pero claro, ahí está la idea de los clones, de la manipulación genética, de, por ejemplo, la polémica de los transgénicos. Y Margarita Salas es taxativamente favorable a los llamados alimentos transgénicos, «un mal uso de la palabra. Son determinadas



Margarita Salas

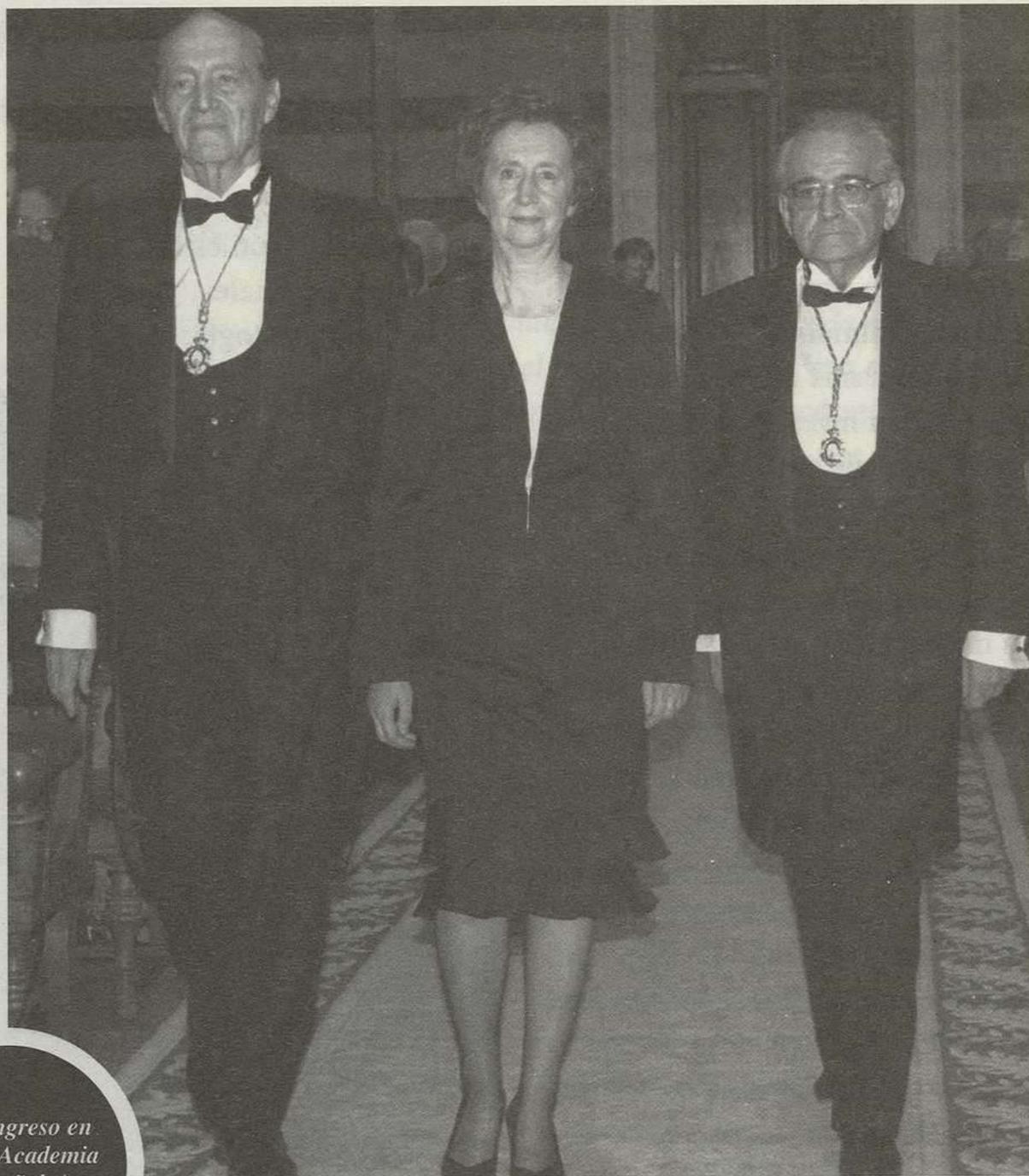
ra moderna y allí donde hagan falta análisis genéticos».

La palabra «replicar» que he encontrado al preparar esta entrevista y que explica Margarita Salas, me da cierta dentera: me suena un poquito a *Blade Runner* y sus «replicantes», y se lo digo. «Bueno, la replicación es únicamente la duplicación del material genético. La multiplicación del virus y de las células, de uno se hacen dos, y de cada uno de ellos otros dos, y así.

plantas las transgénicas, plantas a las que se les ha añadido un gen que les permitirá resistir a determinados insectos u otras enfermedades, crecer en suelos áridos, en fin, mejorarse y mejorar las posibilidades de alimentación de los humanos, que tenemos unas superficies cultivables limitadas y en retroceso. Claro que hay posiciones políticas contra las plantas transgénicas, pero son sólo el resultado de la falta de conocimiento. Si se conociera bien, no tendríamos el menor miedo de

comer los llamados alimentos transgénicos, sin contar con que esta tecnología es absolutamente necesaria para acabar con esa plaga que es el hambre». Le digo, quizá para explicar ese miedo casi atávico, que la Biblia prohíbe los injertos, así que la manipulación genética... «La agricultura de toda la vida ha buscado híbridos para cultivarlos, ha hecho cruces entre distintas especies por la vía de probar y esperar a ver qué sale. A base de mucho tiempo y muchas pruebas, ha conseguido mejorar muchas plantas. Hoy día sabemos lo que buscamos y comprobamos los resultados en muy poco tiempo, simplemente añadiendo el gen que nos interesa. Detrás están la investigación científica de base, y la biotecnología».

Efectivamente, la manipulación genética produce, desde los tomates RAF, tan ricos y tan sanos, a la mayor parte de la insulina que está en el mercado, o muchos de los antibióticos, que también. Son los ejemplos que me pusieron una vez para convencerme, y me convencieron. Sólo que cabe preguntarse, por seguir con la metáfora bíblica, si no estaremos de verdad queriendo ser como dioses. Ahí están temas como la clonación o la investigación en células madre. «¿Como dioses? Me temo que todavía no estamos a la altura... Pero hay avances que nos permiten y nos permitirán más, el diagnóstico y la cura de las enfermedades. A eso vamos, diagnosticar, prevenir y curar. El cáncer, por ejemplo, va a seguir existiendo siempre, porque es el resultado de mutaciones celulares que se producen, por una u otra razón, a lo largo de la vida de los individuos. Pero se trata de poderlo diagnosticar pronto, a tiempo de curarlo, como ya se está



A su ingreso en
la Real Academia
Española
2003

haciendo muchas veces.»
«En este momento», sigue

Margarita Salas, «yo no estoy de acuerdo con la clonación reproductiva humana, pero sí con la regenerativa de tejidos. Los avances recientes, además, van a evitar la utilización de embriones humanos congelados, pero sí, en cambio, van a potenciar la producción y el uso de las células pluripotentes inducidas. Células de cualquier tejido, células de piel, por ejemplo, añadiéndoles determinadas proteínas, se transforman en células madre pluripotentes, capaces de regenerar cualquier tipo de tejidos distintos. Las posibilidades de curación que se derivan de estas biotecnologías son maravillosas». Mis muelas, pienso. Sé que ya existe la posibilidad de «sembrar» en los alvéolos las células madre que harán

crecer la que corresponde, en lugar de los engorrosos implantes o las no menos engorrosas prótesis.

Las posibilidades son infinitas, pero, ¿en España? ¿En la crisis? Margarita Salas dice: «La investigación en España tiene una buena calidad, existen excelentes grupos que no tienen nada que envidiar a los de colegas extranjeros. Sin embargo, falta cantidad, debido al escaso presupuesto de I+D que tenemos. Estamos bastante por debajo de la media de la Unión Europea de los 27. Para este año 2011, gracias al esfuerzo de la Ministra de Ciencia e Innovación, Cristina Garmendia, se pudieron congelar los presupuestos para el llamado Plan Nacional, que es el que suministra financiación para los proyectos de investigación. Sin embargo, el presupuesto se ha resen-

tido a nivel de puestos de investigación, y determinadas instituciones, como el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, han visto caer su presupuesto de un modo preocupante.

»Hay que decir que otros países europeos, como Alemania o Francia, han aumentado su presupuesto de investigación a pesar de la crisis. Yo espero que para el 2012 podamos descongelar el presupuesto de I+D en España. A pesar de la precariedad en los presupuestos de investigación, yo siempre digo que en España hacemos milagros, ya que con un escaso presupuesto somos el noveno país del mundo a nivel de la calidad de investigación».

La siguiente pregunta no puede dejar de ser la de la relación entre la ciencia y la ética. «La ciencia avanza, es imparable. El hombre va a seguir queriendo conocer más, y eso es bueno. Y no hay quien lo pare. Alguna vez he hablado de la alegría o la emoción de descubrir, que decía Severo Ochoa, la de estar donde nadie estuvo antes, y que es la razón última por la que investigamos. La ética, que siempre va por detrás de la ciencia, tiene que llegar lo antes posible, para resolver con urgencia los problemas que ésta plantea. Así que la pregunta es si está llegando a tiempo, porque parece que va con retraso. Detrás. Después. Es la realidad. Los científicos somos los primeros interesados en que hable la ética, y fueron los científicos los que, en los años 70, pusieron limitaciones éticas muy estrictas a la investigación en ingeniería genética. Después, a la vista de los avances que abren posibilidades nuevas pero plantean también nuevos problemas, han suavizado sus posturas.»

Me da la impresión de que Margarita Salas, y en general la biología

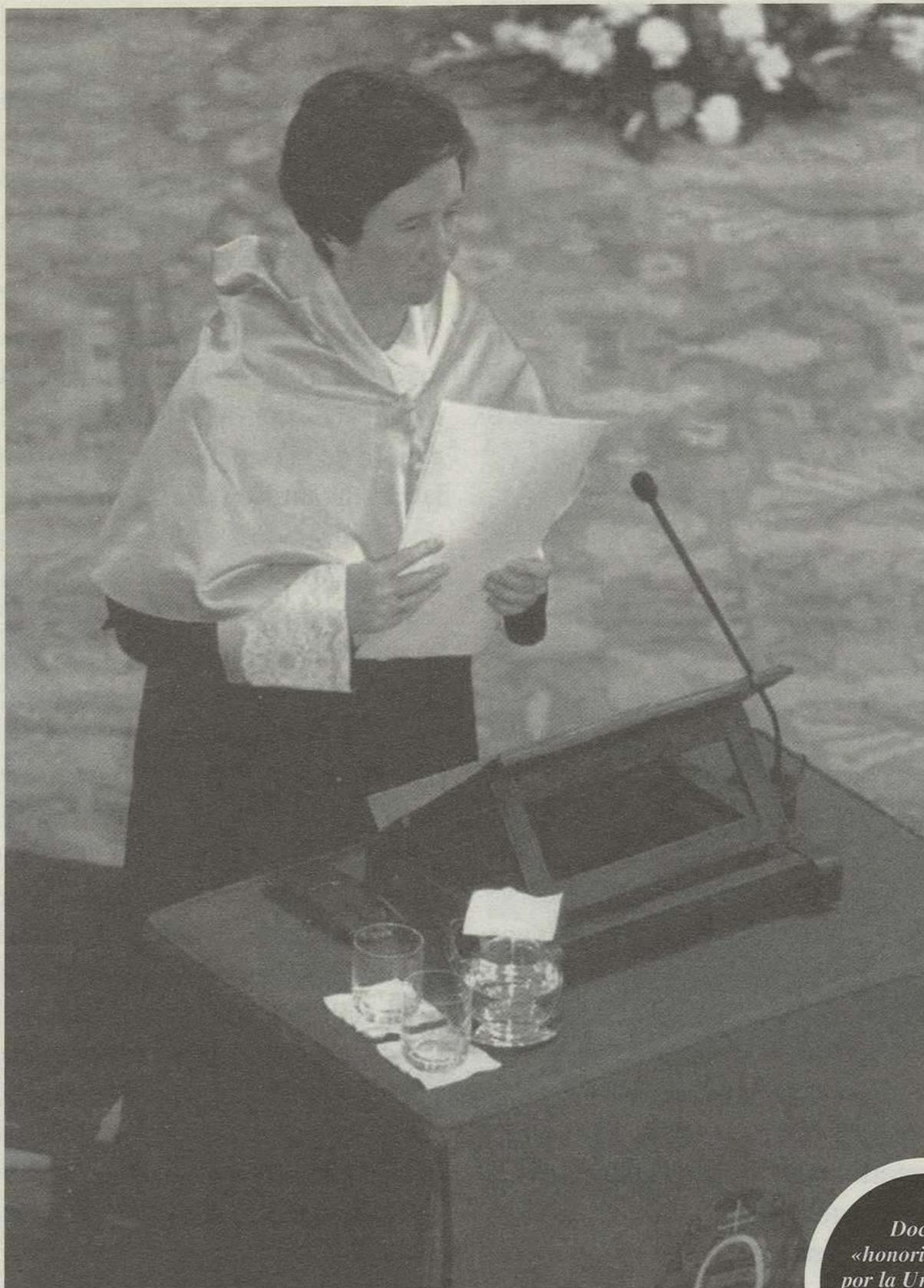
molecular, se mueve justo en el territorio de los que me parecen los límites de la vida. Esas formas tan elementales de lo vivo, tan dependientes de lo otro, como los virus o nuestras propias células, que tampoco pueden vivir de una en una. Y que a veces son destructivas, casi malignas, o a lo mejor malignas sin el casi. Como nosotros mismos. El caso es que en Estados Unidos sobre todo, pero también en el resto de Occidente, una corriente supuestamente científica plantea la biología como determinante del individuo, de su conducta. Concretamente, preconiza que la diferencia sexual es determinante en la supuesta diferencia de capacidades y de conductas entre hombres y mujeres, unos por la actuación de las hormonas, otros por la construcción cerebral. Y dice Margarita Salas: «Genéticamente somos distintos los varones y las mujeres. Los cromosomas XX y XY marcan nuestras diferencias físicas, pero yo siempre he sostenido que intelectualmente somos iguales. Además, mi experiencia en el laboratorio, con doctorandos de ambos sexos, me lo confirma todos los días. Hay diferencias entre individuos, no hay uno idéntico a otro, pero por género somos igualmente capaces, que es de lo que se trata.

»Esas teorías a que te refieres, están dirigidas a que la mujer se quede en casa, con la pata quebrada. Pero ya es un proceso imparable. En ciencia, en nuestros laboratorios, hay cada vez más mujeres, incluso más mujeres que hombres, porque cada vez más mujeres se plantean una vida profesional igual que los varones, y en pocos años cambiará aún más. Yo estoy en contra de las cuotas, porque no me gusta la discriminación, ni positiva ni negativa, pero espero que lleguemos a donde

nos permita nuestra capacidad». «La mujer —añade— tiene una carga adicional que no podemos ignorar: la maternidad. Por eso son necesarias, y hay que exigir las ayudas sociales —guarderías, leyes laborales, prestaciones— para que no se quede atrás. Pero capacidad, toda. La misma».

Algunas, como Margarita Salas, más. Mucha más capacidad, muchas más realizaciones. Porque justo el terreno de la ciencia dura no era, en la España de los primeros años 60, y ya lo decía más arriba, un terreno propicio para las mujeres. Así que le pregunto sobre la soledad de las científicas, de las investigadoras como ella, en un mundo de hombres. «Sí —dice—, durante mucho tiempo he sido la única mujer en determinados ámbitos. Cuando en 1988 ingresé en la Academia de Ciencias, era la primera mujer que lo hacía y he estado sola hasta hace bastante poco». También es miembro de número de la Real Academia Española de la Lengua, donde ocupa el sillón «i» minúscula. «Somos cinco académicas hasta ahora, pero eso está cambiando. El 5 de junio se dio un hecho bastante insólito: el nuevo académico era introducido por las dos últimas en tomar posesión, y eran dos mujeres... es simbólico, ¿no?»

«¿Ha tenido que renunciar usted a algo?», le pregunto directamente. «No. No he tenido que renunciar a nada. He tenido una vida fantástica, he hecho lo que quería hacer. Me casé a los 24 años, la edad a la que se casaban las chicas de mi generación, y tuve una hija tarde, a los 37, que es la edad en que tienen los hijos muchas mujeres ahora. Y he hecho todo lo que quería hacer: investigar, sobre todo, pero también todas las cosas que me gustan. Yo trabajo intensamente durante la semana, pero los fines de semana hago el resto de mi



Doctora
«honoris causa»
por la Universidad
de Oviedo
1996

vida: me gusta mucho la música, y la literatura, y el arte».

Leo en algún sitio que antes jugaba al tenis, y que ahora le sigue gustando mucho verlo jugar. No le pregunto por Rafa Nadal. «No. Realmente —dice— no he tenido que renunciar a nada».

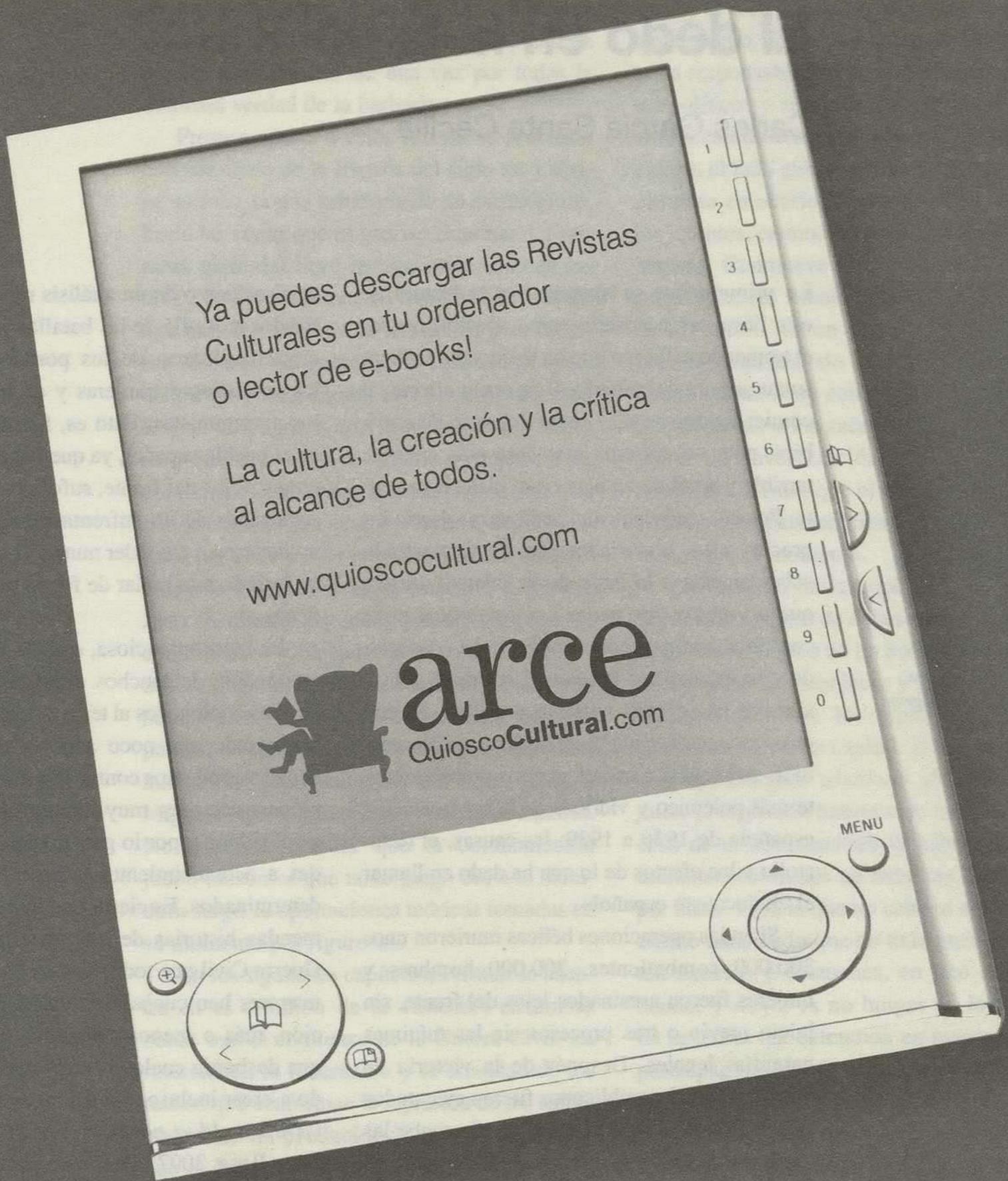
No ha renunciado a nada, y su genialidad ha sido recompensada. Como dice su ficha en Wikipedia, y como van confirmando las 6.480.000 entradas con su nombre que me aparecen en Google, en una décima de segundo, pertenece a las más prestigiosas sociedades e institutos científi-

cos nacionales e internacionales, a los consejos editoriales de las revistas científicas en que se corta el bacalao, y en su estantería están los principales premios, nacionales e internacionales. Su prestigio es imponente. La UNESCO la eligió como la Investigadora Europea 1999, y recibió el premio Jaime I de investigación en 1994. Fue Presidenta del Instituto de España entre 1995 y 2003, y dirige anualmente el curso de la Escuela de Biología Molecular «Eladio Viñuela», dentro de los cursos de verano de la Universidad Interna-

cional Menéndez Pelayo en Santander, donde se presentan y discuten las investigaciones más al día, a nivel internacional. Como decía más arriba, es miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de la Real Academia Española de la Lengua, de la Academia Europea de Ciencias y Artes, de la American Academy of Microbiology, de la American Academy of Arts and Sciences y es doctora Honoris Causa por numerosas universidades españolas e internacionales.

En la actualidad es investigadora *Ad Honorem* en el Centro de Biología Molecular Severo Ochoa, centro de investigación mixto del CSIC y de la Universidad Autónoma de Madrid, que ella contribuyó decisivamente a crear, y donde sigue abierto el trabajo con el virus Phi29 y su curiosa manera de duplicarse, y es presidenta de la Fundación Severo Ochoa. Y más que se me queda en el tintero. Lo dicho, sólo le falta el Nobel.

«Yo no creo en los milagros, y el premio Nobel sería un milagro...» Margarita Salas no ejerce esa falsa humildad de quienes dicen no querer reconocimiento a su trabajo, ya saben, el tópico de a mí no me importa, y me cuenta: «En 2007 fui nombrada miembro de la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos. La gente se muere por estar ahí, y para mí, es magnífico, y hay quien dice que, después del Nobel, es la distinción más importante para un científico». Yo le digo que a lo mejor, hasta antes que el Nobel, que en ciencias será lo que sea, pero en Letras, por ejemplo, lo tiene Cela y no lo tiene Borges... Un placer entrevistar a esta gran señora, aunque sea por teléfono. □



Revistas Culturales

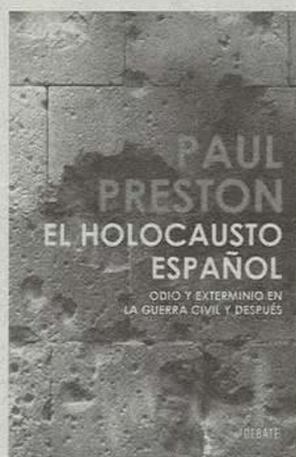
EN FORMATO ELECTRÓNICO

www.quioscocultural.com

PATROCINADO POR 

El dedo en la llaga

Carlos García Santa Cecilia



EL HOLOCAUSTO ESPAÑOL

Paul Preston

Traducción de Catalina Martínez Muñoz y Eugenia Vázquez Nacarino
Debate
Barcelona, 2011

Lo primero que se aprecia tras la lectura de este libro, tan necesario como apasionante, es el tremendo esfuerzo que ha tenido que realizar su autor para culminarlo. Con razón afirma, al comienzo, que ha sido «muy doloroso de escribir», pues se enfrenta a la cara más amarga, terrible y cruel de un país en su historia reciente. Por eso creo de justicia comenzar dando las gracias a un historiador que ha demostrado sobradamente a lo largo de su dilatada carrera que no rehúye los temas controvertidos ni se conforma con reelaborar lo que ya ha conseguido con éxito. Paul Preston (Liverpool, 1946) siempre ha seguido adelante y aborda en esta ocasión, con decisión y sin declinar un momento de su propósito inicial, el tema probablemente más polémico y vidrioso de la confrontación española de 1936 a 1939: las causas, el desarrollo y los efectos de lo que ha dado en llamar el «holocausto español».

Si en las operaciones bélicas murieron unos 300.000 combatientes, 200.000 hombres y mujeres fueron asesinados lejos del frente, sin juicio previo o tras procesos sin las mínimas garantías legales. Después de la victoria de Franco, 20.000 republicanos fueron ejecutados y 500.000 más partieron al exilio, sin contar las víctimas de las condiciones inhumanas de las cárceles y los campos de concentración. Estos son los datos de los que parte el autor para calificar de «holocausto» el caso español, lo que le ha costado una tromba de críticas y descalificaciones, por supuesto de la derecha montaraz, pero también de buena parte de la izquierda intelectual. En ningún lugar del libro he leído que Preston trate de equiparar lo ocurrido en nuestro país con la sistemática planificación que supuso la exterminación de los judíos por parte de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, que parece que se adueñaron no sólo del horror sino también de buena parte de campos semánticos.

Llámeselo holocausto, masacre o catástrofe —lo mismo da—, lo ocurrido en España mere-

ce el esfuerzo de un análisis riguroso y globalizador más allá de las batallas y de las operaciones militares, de los posicionamientos de las potencias extranjeras y de la peripecia de los protagonistas. Esto es, fijando la atención en el pueblo español, ya que fue el pueblo llano el que, lejos del frente, sufrió las terribles consecuencias de un enfrentamiento que muchos no llegaron a entender nunca y que todavía hoy es fácil de manipular de forma partidista y torticera.

La labor minuciosa, callada y escasamente reconocida de muchos cronistas locales o de simples aficionados al tema —que son legión—, ha logrado que poco a poco, en las últimas décadas, podamos contar con investigaciones y reconstrucciones muy numerosas de la represión, si bien y por lo general parciales y referidas a acontecimientos concretos o a lugares determinados. Es cierto que muchas de las tremendas historias de odio y exterminio de la Guerra Civil que todos hemos oído de nuestros mayores han cuajado en una literatura de ficción, más o menos cercana a sucesos reales, que desborda cualquier expectativa y ha llegado a crear incluso una suerte de contra-género (*¡Otra maldita novela sobre la guerra civil!*, Isaac Rosa, 2007). Pero no es menos cierto que de este mismo caldo de cultivo han ido brotando, a su vez, relatos que se sustentaban en fuentes solventes, en testimonios directos y en investigaciones rigurosas. Otros historiadores han ido poco a poco recogiendo, contrastando y desbrozando estos trabajos iniciales hasta conformar un segundo círculo de estudios que contextualiza y da solidez a lo anterior. Creo que lo que consigue este libro es un paso más, un tercer círculo en el que compila y relata los hechos más significativos, interpreta sus claves y plantea las causas y los motivos últimos. No en balde Preston agradece su aportación a cerca de un centenar de historiadores. Es una parte esencial de la historia la que se ha ido destilando, y de ahí la importancia de esta obra que, a mi pare-

cer, no es una estación de llegada ni una mera síntesis de trabajos dispersos, sino un punto de partida para encarar de una vez por todas la dolorosa verdad de la barbarie.

Preston aporta a estos relatos su profundo conocimiento de la España del siglo XX y dirige su foco, con la sabiduría de un escenógrafo, hacia las zonas que es preciso iluminar. La primera parte del libro indaga sobre todo en las ideas, en los fundamentos teóricos enfrentados que hicieron inviable la República y sustentaron las bases del golpe de Estado. Es una aportación muy interesante, con la reconstrucción de una bibliografía que se ha tragado la historia y que hoy —espero— haría sonrojarse a los contertulios más ultramontanos. Qué leía y a qué revistas estaba suscrito Franco, dónde buscaba las citas para sus escritos Mola o cómo cuajaron las delirantes teorías del sacerdote Juan Tusquets son jalones que explican que los conmitones sublevados estuvieran convencidos de que su enemigo no era un proletariado hambriento y necesitado de cambios, sino una partida de rifeños, como reiteró el autor con humor en la presentación del libro, junto a Miguel Ángel Aguilar, en el Ateneo de Madrid. No debemos olvidar que la confabulación judeo-masónica que tanto juego dio a la dictadura surge de aportaciones teóricas tomadas en su momento por rigurosas.

En los siguientes capítulos, Preston se adentra en el estallido de la violencia en ambas zonas tras el comienzo de la Guerra Civil. La rotundidad, la reiteración y la crueldad de los relatos que conforman la represión de los sublevados me ha producido el mismo escalofrío que la lectura de algunas páginas de Roberto Bolaño. Analiza el autor la actuación de Queipo de Llano, cuyos excesos verbales y sexuales son sencillamente repugnantes, y la de Mola, ideólogo del alzamiento y de la necesidad de golpear primero y por sorpresa para desarmar al enemigo, según sus planes previstos y de los que queda constancia escrita. Más adelante, se explicará la extendida teoría del general Franco según la cual la reconquista del territorio no era sino el medio para conseguir el fin último: la redención de los españoles, como explicó al embajador italiano.

En el otro bando, la violencia se produce, sin embargo, de abajo a arriba, lo que no excluye la responsabilidad de determinados dirigentes políticos y sindicales. Creo que el libro no ahorra calificativos ni justifica la represión ejercida en el lado gubernamental, de una crueldad pasmosa en ocasiones, aunque aporte también los intentos, en muchas ocasiones fallidos, para atajarla. Conmueve el destino de muchos de estos hombres bienintencionados, la mayoría de los cuales fueron ejecutados poco después por los golpistas, sin la conmiseración de los que salvaron. Muy comentado ha sido el capítulo dedicado a los sucesos de Paracuellos y el grado de involucración en los mismos de Santiago Carrillo, que el libro analiza con precisión y desapasionamiento y queda fijado, al menos por el momento.

La cuestión básica que plantea Preston y que ha sido objeto de debate no es, a mi entender, si se produjo o no un holocausto, sino si se puede analizar, establecer y graduar la violencia ejercida sobre los españoles. No es un asunto menor, sino capital. Es evidente que si el golpe hubiera triunfado el mismo 18 de julio, la represión habría sido muy distinta, en caso de existir; también lo habría sido si los militares sublevados no hubieran sido seguidos por nadie. Pero lo que no cabe es dejar correr el asunto aduciendo que en toda guerra se cometen excesos y desmanes, en uno otro y otro bando, y mejor es no hurgar en los horrores. Es la teoría tan extendida en nuestros días de pasar página, y más esta, tan canalla. Pero ni fue igual ni respondió a las mismas causas y motivaciones ni tuvo los mismos efectos sobre la indefensa población civil, como demuestra Paul Preston en este libro poniendo el dedo en la llaga.

Una última cuestión, en cuanto a la edición. Un libro que compila tantas y tan variadas fuentes y que sin duda tendrá un enorme peso en trabajos posteriores, requiere un índice bibliográfico, pues rastrear las fuentes desde las notas se hace a veces premioso. Lo tenía el libro anterior de Preston publicado en la misma editorial, *Idealistas bajo las balas* (2007), y lo recomiendo vivamente para futuras ediciones. □

Por un concepto no idealista de justicia

Alberto Sucasas



TRATADO DE LA INJUSTICIA
Reyes Mate
Anthropos
Barcelona 2011

Este *Tratado de la injusticia* propone, a contracorriente de las tendencias hegemónicas en filosofía política, una *teoría negativa* de la justicia. Negatividad, en primer término, por cuanto remite cualquier elaboración conceptual de lo justo a una previa, y fundante, experiencia de injusticia acontecida: lo originario no es una noción de justicia, desde la cual condenaríamos como injustas acciones, situaciones o instituciones, sino que, muy al contrario, toda definición o concepción de la justicia presupone, tanto en sentido lógico como temporal, una experiencia de la injusticia en forma de indignación moral ante el sufrimiento de víctimas inocentes. Eso proclaman de forma tajante las primeras palabras del libro: «Este tratado o tratamiento de la injusticia se acerca a la justicia escuchando la significación de las experiencias de miseria material o de humillación moral, como si en el sufrimiento de esas experiencias estuviera el secreto de la justicia» (pág. 9). Pero la negatividad de la *in-*justicia no solo está en el origen de cualquier teorización de la justicia, sino que la acompaña a lo largo de toda su andadura e impide su clausura en la verdad definitiva de un sistema: «La justicia no puede ser pensada positiva sino negativamente, como tarea infinita» (pág. 294). La facticidad de la injusticia no juega aquí el papel, meramente propedéutico, de instancia desencadenante de un proceso reflexivo en lo sucesivo autosuficiente, sino que actúa como perpetuo desafío al narcisismo de la teoría. Dicho con la máxima radicalidad: una presunta teoría de la justicia que pretendiese articularse desde la omisión de la injusticia devendría, *ipso facto*, inconsistente.

Tal primado de la experiencia sobre el concepto no solo tiene consecuencias en el ámbito de la filosofía práctica; expresa, antes bien, la necesidad de una revisión en profundidad de la orientación dominante en la filosofía occidental. Inspirándose en el Rosenzweig que denuncia en aquélla la ininterrumpida («de Jonia a Jena») vocación monista de un *logos* obsesio-

nado por reducir lo real a la idea, la pluralidad a lo Uno, Reyes Mate diagnostica en el pensamiento europeo una grave patología, la del *idealismo*: la innegociable querencia por el concepto y la esencia únicamente puede abrirse camino abandonando en las cunetas del proceso reflexivo cuanto aparezca como inesencial o accidental; se promueve de ese modo una *ratio* intrínsecamente a-pática, que sacrifica el singular y su sufrimiento (su *historia passionis*) a la apoteosis del sistema omniexplicativo. Innegociablemente idealista, la razón europea sirve a una pulsión totalitaria, a un monismo atávico, que permite al autor de *Tratado de la injusticia* tender un puente entre el «todo es agua» de Tales y el «todo es raza» de Hitler: ambos lemas definirían los dos hitos extremos de una realidad civilizatoria que, a lo largo de más de dos milenios y medio, ha mantenido, bajo su aparente hostilidad hacia la barbarie, una complicidad inconfesable con ella. De ahí el empeño de «someter el idealismo a la crítica de las ideologías» (pág. 68), restableciendo «la experiencia del singular ninguneado» (*ibid.*). En términos programáticos, se trata de subordinar el conocimiento a la verdad (en la estela de Benjamin, afirma Mate: «La verdad (...) es la presencia de lo ocultado, es decir, el conocimiento entendido como revelación o manifestación de lo ocultado tras la apariencia» [pág. 166]), el pensar impasible al pensar compasivo, la intencionalidad a la alteridad, Atenas a Jerusalén.

De aquella propensión idealista deriva lo que el autor denomina el «equivoco originario» invalidante de las teorizaciones tradicionales sobre la justicia, que, identificando injusticia con desigualdad, olvidan que aquella remite a una culpa (del causante de la injusticia) o responsabilidad (de quien la hereda): «Las injusticias no *están ahí* como los ríos o las montañas, productos del azar, sino que *han sido causadas* y/o heredadas por el hombre» (pág. 10). No se trata de un mero error o déficit lógico: la conversión de la injusticia en desigualdad consti-

tuye una estrategia exculpatoria por parte de quien, culpable o responsable de la injusticia, anhela evadirse de ese peso. El resultado es la invisibilización de la injusticia (que la reduce, añadiendo al crimen original un «crimen hermenéutico»); de ella se nutre el «equivoco originario». Únicamente la denuncia y neutralización de éste pueden exonerar a la teoría de la justicia de su pecado original. Para ello resultan inútiles las teorías procedimentalistas, infectadas del mal a superar. El dilema reza: «Dos maneras, pues, de abordar la justicia: como consenso racional o como respuesta a la injusticia» (pág. 16). *Tertium non datur*.

Desde tal compromiso discursivo, *Tratado de la injusticia* asume el empeño, a la vez crítico y constructivo, de elaborar una *teoría negativa* de la justicia. Lo hace revisando, en primer término, las aportaciones de antiguos y modernos. Son los primeros, contra lo que cabría esperar, quienes salen mejor parados. Aristóteles y Tomás de Aquino asientan una triple axiomática: 1) materialidad (la justicia no reside en la imparcialidad de un procedimiento, sino en la reparación de un daño concreto); 2) heterología (el núcleo del que dimana lo justo no se halla, por ende, en el yo que actúa, sino en el otro al que se adeuda reparación); 3) justicia general (virtud colectiva, la justicia no solo atiende a la distribución equitativa de los bienes comunes, sino que prioriza la contribución de todos a su generación, por lo que la comunidad ha de promover el pleno despliegue de las capacidades de todos sus miembros).

La justicia de los modernos habría socavado esos tres principios: insistiendo en la prioridad del procedimiento (la libertad de los sujetos prevalece sobre el derecho al pan), postergando la alteridad (la del otro dañado, la de la víctima) en nombre de una intersubjetividad simétrica de conciencias autónomas y, por último, sacrificando la idea de justicia general a la de justicia distributiva. La sustancia moral del sujeto no viene ya determinada por su condición de deudor, responsable de la injusticia sufrida por el prójimo, sino que se define en función de una libertad o autonomía escasamente proclives a hacerse cargo del desafío de una sociedad desigual. Desamparo resultante de un formalismo que, por centrarse en la pureza racional del procedimiento, se desentiende de la materialidad del daño: «Mal asunto para los débiles si tenían que fiar sus derechos a la fuerza del mejor argumento» (pág. 137).

Mate asigna un papel crucial a Rousseau en la aventura moderna de la justicia, pues detecta en su obra una incoherencia fatídica: si el *Discurso sobre el origen la desigualdad* devuelve la injusticia a sus causas históricas (por lo que la agenda política del presente no puede desentenderse de las injusticias pretéritas), *Del contrato social* propone un modelo social definido, exclusivamente, por la igual libertad de sus miembros. Ahí estaría el origen de la dualidad *bourgeois/citoyen*, escándalo para Marx y acicate para el Hermann Cohen, que concibe la desigualdad como pobreza (frente a la mera constatación de una yuxtaposición —hay ricos y pobres—, la denuncia de un vínculo genético —hay pobres *porque* hay ricos—), pero que apenas inquieta al procedimentalismo de Rawls (o Habermas): remitidas a una cruel «lotería natural», las desigualdades aparecen como fruto del azar, extinguiéndose la huella de las injusticias provenientes del pasado. El imperativo procedimental, cuya máxima expresión es el «velo de la ignorancia», impide encarar el origen de la injusticia: «Rawls borra todo rastro referido a cómo se ha constituido la fortuna o el infortunio recibido» (pág. 154).

No hay otra salida que rehabilitar el papel del tiempo (y, con él, de la memoria) en orden a elaborar una teoría de lo justo que no haga caso omiso de la interpelación de la injusticia: «Esta atemporalidad es lo que impide entender la desigualdad como injusticia. El problema de la justicia es el tiempo. La injusticia es una desigualdad que tiene en cuenta el tiempo porque es histórica. Por eso hay que ver lo que hay detrás del espejo, lo que se esconde tras la apariencia, lo olvidado por la presencia. Estamos hablando de la memoria. Queda abierta entonces la relación entre memoria y justicia, entre olvido e injusticia» (pág. 159). Si el idealismo desprecia el sufrimiento de las víctimas como algo inesencial, una concepción exigente de la justicia impone un compromiso anamnético con el pasado olvidado del sufrimiento: «identificar la mano que golpea y de esta suerte no endosar al destino lo que pertenece a la historia del hombre» (pág. 58). Ello supone un trabajo de la memoria que, frente a la reconstrucción historiográfica del pasado (ateniéndose a los hechos, hace suya la perspectiva del vencedor), es capaz de adoptar «el punto de vista de quien padece la experiencia de injusticia: el ofendido, el esclavo, el explotado, el torturado, en una

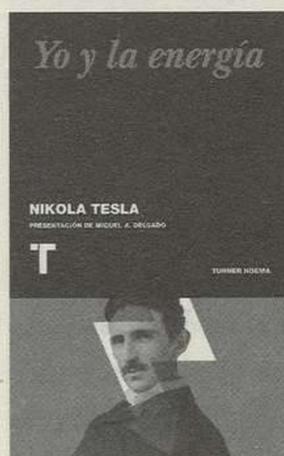
palabra, la víctima» (pág. 206). A una justicia fecundada anamnéticamente no solo le compete la tarea de garantizar el pleno desarrollo de las capacidades de todos los hombres, sino también la de revisar las injusticias pasadas; aun a sabiendas de su impotencia para reparar el daño sufrido, debe proclamar la vigencia de aquellas en una experiencia atravesada por el duelo y la deuda. Solo así cabe preservar la idea de una política exenta de violencia y domina-

ción: «Para pensar seriamente la justicia o la paz entre los vivos hay que tomarse muy en serio la justicia respecto a los muertos» (pág. 225).

Dedicado «a los sin-nombre», este *Tratado de la injusticia* culmina la aventura teórica que Reyes Mate inició con *La razón de los vencidos* (1991) y ha proseguido con obras mayores como *Memoria de Occidente* (1997), *Memoria de Auschwitz* (2003), *Medianoche en la historia* (2006) o *La herencia del olvido* (2008). □

Nikola Tesla, el Frankenstein de la posmodernidad

Juan Ángel Juristo



YO Y LA ENERGÍA
Nikola Tesla
 Presentación de Miguel Ángel Delgado
 Traducción de Cristina Núñez Pereira
 Turner
 Madrid, 2011

Su nombre era persistente en una memoria que, sin embargo, no conseguía dotarle de profundidad, de añadirle algo más que una intermitencia recordada de vez en cuando. De este modo se presentó Nikola Tesla durante medio siglo al mundo, hasta que en la década de los años 80, al modo de una suerte de nuevo símbolo científico, las corrientes artísticas de la cultura *pop* del momento le tutelaron como un tótem a quien había que reivindicar mientras su contemporáneo, que además fue su rival y logró hundirle en el anonimato, Thomas Alva Edison, que para generaciones de norteamericanos había pasado por ser el paradigma del científico digno de ser admirado e imitado hasta la abnegación, se hundía poco a poco en el imaginario representado como un industrial dotado de pocos escrúpulos y demasiada ambición. Nikola Tesla, de ese modo, se convertía poco a poco en una suerte de símbolo del genio preterido y desconocido, amargado por una industria implacable que no veía con buenos ojos la labor social que desarrollaba en sus trabajos —quería ofrecer energía gratis a la humanidad—, y que, además, fue perseguido por fuerzas gubernamentales que secuestraron sus papeles del ruinoso apartamento donde el científico vivía, en busca de experimentos comprometedores. Y gracias al cine, en 2002 Christopher Nolan estrenó su película, *El truco*

final, basada en la novela de Christopher Priest, *The Prestige*, donde alude de forma explícita a la etapa de Tesla en Colorado Springs a la busca de las telecomunicaciones inalámbricas y la creación de torres donde concentraba rayos que inspiraron al Hollywood de la época para la creación de los tipos de científicos rodeados de cachivaches al modo del doctor Frankenstein; a la canción *tecno*, el grupo OMD, incluyó la canción «Tesla Girls» en su álbum *Junk Culture*; a la música *heavy metal*, el grupo Tesla reivindicó en la canción «Edison's Medicine» la injusticia cometida con el maestro; a la música culta, en el 2003 se estrenó en Hogarth, Australia, la ópera de Constantine Koukia, *Tesla. Lightning in His Hands*; al arte vanguardista, todavía se recuerda su homenaje en 2006 en el Centro Cultural Conde Duque, en la exposición titulada *Resonancias. Cuerpos electromagnéticos*, donde un grupo de artistas investigó los conceptos de vibración y magnetismo desarrollados por él, pero sobre todo los videojuegos, que lo tienen como protagonista de centenares de ellos, Nikola Tesla ha pasado a convertirse en la imagen del científico con el que se identifica cualquier persona decente, como lo fuera Einstein en la cultura *pop* de los años 60. Desde luego, sus logros científicos están ahí: desde la corriente alterna, la radio —finalmente se ha reconocido después de décadas de silencio que Tesla se

adelantó a Marconi en el invento—, la bombilla sin filamento, la lámpara fluorescente, los principios del radar, el submarino eléctrico, estudios sobre rayos X, transferencia inalámbrica de energía eléctrica, la famosa torre de Wardenclyffe, mediante la cual Tesla quería suministrar electricidad gratis a toda la población... pero no hay que olvidar que existe un halo de fracaso, de destino personal, de incompreensión y de rarezas dignas de un científico inusual; pretendía haber entrado en contacto mediante ondas con extraterrestres, que le identifican en el imaginario popular con el genio incomprendido y con haber sido el chivo expiatorio de oscuros intereses, mezcla explosiva e inigualable que cuando se produce, como es su caso, da lugar a la leyenda y al mito. Tesla se ha convertido, así, en el doctor Frankenstein de la posmodernidad, en el Boris Karloff de este nuevo milenio, una sociedad que valora más la preocupación social y hasta ecológica de la ciencia que no la mera explotación de los recursos. Cada tiempo reinventa su pasado.

Supe de Nikola Tesla gracias a algún que otro programa de televisión dedicado a figuras de la ciencia, de esos programas que tan bien saber realizar los anglosajones. Sin embargo tengo que calificar de sorpresa —sorpresa, por otra parte, un poco previsible si se supone que tarde o temprano alguien tendría que haberlo hecho—, la reciente edición de dos escritos de Nikola Tesla traducidos a nuestro idioma que bien podrían ser calificados de los primeros publicados de tan curioso científico. Se trata de dos textos, uno autobiográfico, *Mis inventos*, que data de 1919, y otro, *El problema de aumentar la energía humana*, de 1900, donde Tesla se plantea un problema muy de la época. H. G. Wells sería un escritor paradigmático en cuanto a las preocupaciones de trascendencia social de los inventos científicos de su tiempo, y que conecta de manera extraordinaria con las cuestiones que atañen a los problemas de la energía en estos comienzos del siglo XXI. Hay que decir que los editores han tenido la sensibilidad de acompañar con dibujos y gráficos originales los textos, respetando además lo dicho en los pies de foto, con lo que la publicación posee un aire de época que es de agradecer en estos tiempos de penuria y falta de imaginación de los que adolece tanto el mundo de la edición. Nos topamos, así, por ejemplo, con las maquetas casi inverosímiles, ya digo, de película dig-

na de Boris Karloff, de la Torre Wardenclyffe, con la inclusión de rayos que salen por todas partes hacia ningún lado pero que establecen entre el texto científico, de un rigor y seriedad esenciales, y los tebeos y novelas de ciencia ficción de la época un paralelismo inquietante, al modo en que lo tuvo el diseño de las V-2 alemanas y los cohetes de las series de televisión de los años 50.

Pero el valor de esta edición reside en el prólogo, por llamarlo de alguna manera, ya que se extiende a lo largo de 150 páginas, de Miguel Ángel Delgado, que es un verdadero hallazgo pues es el primer ensayo que un español establece ante la figura de Tesla. Miguel Ángel Delgado es un escritor conocido sobre todo por las críticas cinematográficas que realiza en su *blog* y que ha publicado recientemente en libro, pero se interesó desde hace tiempo por la figura de Tesla, quizá por lo que tiene de fenómeno sociológico. Y la verdad es que este estudio preliminar bien puede calificarse de una extraordinaria introducción al Frankenstein de nuestra época. La fascinación que Tesla ejerce sobre Miguel Ángel Delgado evidencia la magnética personalidad del científico pero también lo que trasciende de su obra estrictamente técnica. El autor no deja resquicio sin escudriñar que tenga relación con el inventor de la corriente alterna, desde sus orígenes croatas y el fondo social en que se desarrolló su infancia en el estertor del imperio austrohúngaro, hasta su llegada a América y el difícil camino que tuvo que abrirse ante los empresarios-ingenieros del momento, Edison y Westinghouse. Las luchas intestinas por las patentes y las sumas de dinero que cada detalle reportaba a las empresas, las descripciones casi mágicas de las primeras exposiciones donde se utilizó la energía eléctrica, los debates en torno a la silla eléctrica y la prolija descripción de su funcionamiento, los avatares casi épicos de una industria que por primera vez supo domeñar grandes lugares naturales, como las cataratas del Niágara, y convertir la fuerza del agua en energía, la rivalidad con Edison, legendaria, que Miguel Ángel Delgado restituye a su verdadera dimensión cuando demuestra que Edison fracasó en más empresas que en las que triunfó y que el verdadero genio oculto de las ganancias de Edison era Henry Ford, que en buena parte puso las condiciones para que el mundo funcionase como lo hace aún. Luego, ya dijimos, la restitución de un personaje olvidado

y su constitución en mito *pop*, alimentado además por el *glamour* de gentes como David Bowie, que encarnó al científico en la versión cinematográfica de Nolan, y que Miguel Ángel Delgado, con prolija atención, casi de archivista, desmenuza en todas sus manifestaciones, desde el cine y el arte hasta la música, los videojuegos y los cómics, ofreciendo siempre una visión distinta del personaje, que se transmuta al gusto del momento: se le ve en algunos cómics alimentando palomas y recibiendo los consejos

de su amigo Mark Twain con fruición mientras despliega algún invento colosal.

La edición se completa con un CD con las imágenes contenidas en el libro y cedidas por el Museo Tesla de Belgrado. Porque conviene añadir que Tesla, aun siendo croata, es un héroe en Serbia, hasta el punto de que el aeropuerto de Belgrado lleva su nombre. Debe ser el último triunfo de Tesla: haber puesto de acuerdo a croatas y serbios en rendirle memoria y homenaje. □

Sobre el oficio

Íñigo García Ureta



OFICIO EDITOR
Mario Muchnik
El Aleph
Barcelona, 2011

Al igual que Jorge Herralde o Rafael Borràs Betriu, Mario Muchnik es uno de los nombres clave de la edición en lengua española con el arrojo suficiente para escribir unas memorias editoriales y la constancia precisa para reincidir en el empeño. Así, además de ofrecernos (entre otros) un léxico editorial, un libro de estilo, acertadas semblanzas de Sábato o Cortázar o esa pequeña obra maestra que es *Editar Guerra y Paz*, a finales del siglo pasado se autoeditó dos libros de memorias esenciales y divertidísimos, *Lo peor no son los autores* y *Banco de pruebas*. Ambos son indudablemente deudores de otro libro de memorias editoriales, también esencial y también divertidísimo, titulado *Editing. El arte de poner los puntos sobre las íes y difundirlas*, de su difunto padre Jacobo Muchnik, quien prefería narrar cómo, preocupada por su salud, Marilyn Monroe le obligaba a tragarse un vaso de leche cada vez que la visitaba en vez de perderse en los autobombos más o menos habituales en este subgénero que tanto se confunde con la hagiografía.

Del Jacobo Muchnik escritor su hijo Mario ha heredado sobre todo el tono distendido, el gusto por incluir correspondencia y por privilegiar el diálogo y la anécdota como modo de lograr una atmósfera, y esa voz que nos lleva

de un lado a otro como quien conversa ante una copa, ya acabada la jornada. A esto debe sumársele también el punto ácido de quien se ha visto tragado por un conglomerado editorial —algo que Muchnik comparte con Borràs y— la bonhomía con que resucita a figuras clave del panorama internacional (Einaudi, Laffont...) y nacional. En ello existe una suerte de pacto entre caballeros, pues en todo momento el lector es consciente de que Muchnik no le exige que se muestre de acuerdo, y a cambio recibe una amenidad nada pomposa que entretiene e informa.

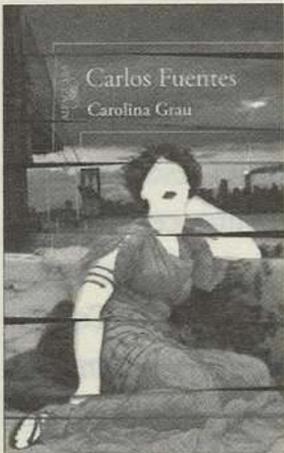
Oficio editor es, según nos confiesa, un encargo con vínculos casi familiares: se lo hizo Bernat Puigtobella, director de El Aleph, sello de Grup 62 que en su día fue la antigua Muchnik Editores, a la que el autor regresa así casi veinte años más tarde. Y para hacer frente a este encargo Muchnik recupera textos, anécdotas, correspondencias y opiniones que seguramente el lector de siempre ya conoce, y fabrica un libro que pretende funcionar ya como una introducción al oficio, ya como unas memorias editoriales al uso. A día de hoy, no obstante, este intento lo empañan dos pequeñas manchas. La primera es de orden sentimental y por tanto sólo puede aprender a aceptarse sin más: tal vez no haya nada más

violento para advertir la quiebra de este nuevo siglo con los usos del pasado que estas memorias editoriales. La segunda, sin embargo, es de indignación con quienquiera que sea responsable de la edición de este libro, incapaz

siquiera de advertir al autor que desde el 1 de enero de 2007 el ISBN cambió su formato de 10 dígitos a 13 dígitos. Al editor Mario Muchnik una cosa como ésta jamás se le habría pasado por alto. □

La gran novela como mujer ausente

Matías Néspolo



CAROLINA GRAU
Carlos Fuentes
Alfaguara
Madrid, 2011

Al alcanzar cierta edad, los buenos escritores suelen ver recompensados sus pasados esfuerzos y sacrificios creativos con todo tipo de homenajes y distinciones. Cuando hay talento y se han hecho las cosas bien, los merecidos reconocimientos llegan de un modo u otro. Lo que no es tan usual, aunque el retiro de un escritor siempre es elástico y difuso, es que a la edad de los laureles el hombre de letras continúe en plena actividad y conserve un completo dominio de sus facultades. Difícil encontrar un gran título en la obra tardía de un autor.

Puntualizar esto de entrada es de justicia, porque la excepcionalidad del mexicano Carlos Fuentes en ese sentido es ya encomiable. A su lista de galardones, que incluye el Rómulo Gallegos, el Cervantes y el título de miembro honorario de la Academia Mexicana de la Lengua, entre otras distinciones, se le suma ahora el recuperado Premio Formentor de las Letras para conmemorar el 50º aniversario de las célebres jornadas literarias de la península mallorquina. Premio que se llevaron antaño Beckett, Borges, García Hortelano, Semprún, Bellow y Gombrowicz.

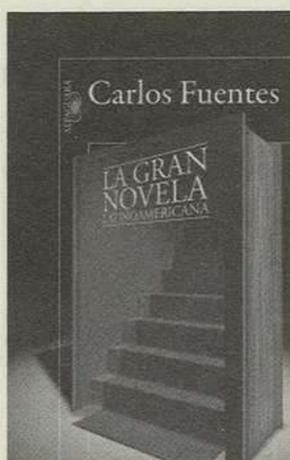
Y a sus 82 años Fuentes recibe el galardón con dos libros ambiciosos y arriesgados bajo el brazo que ya quisiera firmar más de un escritor en la flor de la edad. Se trata de dos nuevas obras de muy diferente índole y alcance: un volumen de cuentos titulado *Carolina Grau* y un voluminoso ensayo de historia literaria que responde a la consigna *La gran novela latinoamericana*. La experiencia es un peine que te llega cuando te quedas calvo, reza el refrán.

Pero lo cierto es que Fuentes sigue peinando canas y además las sabe llevar rotundamente bien. Como si de un buen vino se tratara, el añejamiento de los años al mexicano no ha hecho más que mejorarlo.

Ahora bien, hay escritores que en cierto modo promueven un diálogo franco entre sus obras de reflexión o ensayo y su ficción literaria —pienso en Piglia o Magris, sin ir más lejos— e invitan a una lectura cruzada en un línea de continuidad entre una y otra zona. No es el caso de Fuentes, poco amigo de la hibridación genérica, que siempre se tomó el trabajo de diferenciar claramente esos dos campos de su escritura.

Sin embargo, en este caso la lectura en paralelo de ambos títulos parece más que pertinente, no sólo por la coincidencia de su lanzamiento en librerías, sino porque el diálogo velado que establecen entre sí lleva a pensar, si no en la simultaneidad de su escritura, sí en una redacción separada por un periodo no muy largo de tiempo, como si estuvieran ligados por el mismo impulso. Planetas atraídos por la misma estrella, aunque girando sobre órbitas muy diversas.

Y esto es algo que se puede comprobar sobre la misma superficie del texto. «Soñó con tortugas de caparazón tan grande que podía cubrir una casa; playas de perlas negras, leonadas y vacías; mares del peje vihuela capaz de hundir con su fortísimo cuerpo un navío (...) ¿El descubrimiento de América o la invención de América? Carolina imaginó, transportándose al pasado pero nacida en el presente...» (pág. 119), dice el narrador del relato «Salamandra»



**LA GRAN NOVELA
LATINOAMERICANA**

Carlos Fuentes

Alfaguara

Madrid, 2011

de *Carolina Grau* en un largo párrafo, que bien podría ser un extracto literal del segundo capítulo «Descubrimiento y conquista» de *La gran novela latinoamericana*.

Pero hay más; con acierto Fuentes asigna a la «Verdadera historia de la conquista de la Nueva España» un carácter fundacional de la narrativa latinoamericana. Ese cronista heterodoxo que reconstruye los hechos casi sesenta años después de acontecidos llamado Bernal Díaz del Castillo, es el primer novelista. Y esa tensión entre recuerdo y deseo, entre realidad y ficción, es una de las principales ideas fuerza que atraviesa todo el ensayo y que en cierta medida articula su visión de la historia literaria del continente. La historia de una literatura anclada sobre una realidad hiperbólica, inasible y delirante en más de un sentido. De ahí que el mexicano vea a la gran tradición narrativa latinoamericana como un péndulo que oscila entre recordar el futuro e imaginar el pasado. Pero quien mejor enuncia esta idea es el narrador del último cuento de *Carolina Grau*: «Si me dejo llevar por la imaginación, acaso llegue al recuerdo. Pero si intento recordar, empiezo a creer que imagino» (pág. 150).

Y aquí es donde la lectura en paralelo genera una suerte de pulso entre el Fuentes narrador y el Fuentes ensayista, en el que sale perdiendo, a pesar de sus méritos y aciertos, el segundo. Las 170 páginas de *Carolina Grau* hacen perder fuelle al casi medio millar de *La gran novela latinoamericana*.

Carolina Grau es un pulido artefacto literario compuesto por ocho enigmáticos relatos de carácter onírico, fantástico o incluso surrealista, si se prefiere, sutilmente conectados entre sí, que bien pueden leerse como si de una novela se tratara. Novela, cuya compleja estructura quizá envidie más de un joven escritor obsesionado por la innovación formal y la pirotecnica experimental. Y la innovación narrativa con la que deslumbra el octogenario escritor no es otra que *Carolina Grau*, una suerte de entelequia transhistórica y omnipresente que articula, por pasiva o por activa, todas las historias como un insospechado «personaje omnisciente», para citar la acertada expresión acuñada por el crítico Iñaki Ezkerra.

Carolina Grau es el nombre que lleva en los labios el abate Faría cuando se fuga del Castillo de If, mientras Dantés se pudre tras los muros, en una inversión de *El conde de*

Montecristo y explícito homenaje a Dumas; pero también el inconfesado móvil que empuja al excéntrico arquitecto de la prisión. *Carolina Grau* es un fugaz perfil contemplado por Leopardi a través de un ventanal de la mansión de Recanati que pierde al poeta; un ídolo olmeca que cobra vida ante un desertor de Cortés; una mujer que acaba devorando al hijo que ha parido, un niño brillante que vomita oro; una bióloga de México DF que parece encarnar a una salamandra precolombina... Más que la esencia de lo femenino, o un arquetipo de la mujer, *Carolina Grau* es un lugar vacío, un gran enigma. Aunque llegue a narrarse en primera persona en algún relato, *Carolina Grau* es el lugar de la ausencia. Trascendencia esquiva y siempre postergada, puro deseo que a la vez contiene todas las posibilidades. Algo así como un Aleph borgiano con faldas.

Pero además ese lugar vacío del anhelo es la condición de posibilidad de toda novela. «Si el abate escapa para recuperar el tesoro a fin de conquistar a una mujer (...), entonces nace una novela distinta. Una novela que no fue escrita» (pág.131), reflexiona el arquitecto del Castillo de If. Esa anhelada mujer ausente trasmutada en narración es la que persigue Fuentes en *La gran novela latinoamericana*. El movimiento es el mismo, sólo que el mexicano la busca aquí no a través de la ficción, sino mediante la crítica y la historia literaria.

Todo escritor construye su propia genealogía, se inventa su propia tradición. Y es lícito que así lo haga Fuentes. Esa es la operación que encierra este ensayo diacrónico de ritmo ágil que sorteja sin problemas el enciclopedismo estéril, con el que de paso el autor se traza un canon a medida. El andamiaje teórico se sostiene bien y funciona. A la citada tesis sobre la tensión entre memoria y deseo, realidad y ficción, en el mismo origen de la narrativa latinoamericana se le añade la noción de un trasplante al suelo virgen del nuevo continente de las tres cepas más productivas del vino renacentista; Tomás Moro, Maquiavelo y Erasmo. La utopía, su opuesto correlato político y la vindicación de la ironía y la duda.

Sobre esos tres ejes busca Fuentes la gran novela latinoamericana a través de la historia, y lo hace bien; sólo que la pesquisa presenta algunos baches, se sobrecargan las tintas en algunas zonas de manera un tanto caprichosa y ciertas omisiones pesan demasiado.

Impecable es el análisis de la obra de Bernal Díaz del Castillo, pero por la otra gran figura fundacional de toda una literatura mestiza como lo es el Inca Garcilaso de la Vega, pasa de puntillas. Y desde allí hasta el siglo XIX con Machado de Assis, quien retomaría la postergada tradición cervantina, hay un gran vacío.

Carpentier, Rulfo, Lezama Lima, Borges, Onetti... Los indiscutidos tienen su merecido capítulo. Pero poco y nada se dice de una amplia tradición heterodoxa que va de Juan Emar o Martín Adán a Macedonio Fernández o, algunas décadas después, Antonio Di Benedetto. Poco amigo del realismo a secas, Fuentes da un trato preferencial al barroco y al fantástico. Así, acepta a duras penas la herencia de Rómulo Gallegos, pero en el Cono Sur pasa casi completamente por alto la de Roberto Arlt, a pesar de que continuamente rinda una sincera pleitearía a la literatura argentina.

El *boom* y su herencia discontinua, que el mexicano etiqueta como *bumerán*, *post-boom* y *crack*, se llevan con creces el mayor número de páginas. El cuarto as del póquer latinoamericano tiene la elegancia de autoexcluirse y permanecer al margen, pero Fuentes se sabe parte de la historia y no puede reprimir las constan-

tes anécdotas y digresiones en primera persona, no sólo en los capítulos dedicados a Cortázar, García Márquez y Vargas Llosa.

La atención preferencial que reciben los autores mexicanos es explícita y esa honestidad ya la vuelve, además de comprensible, exculpatoria. Al igual que el desparpajo con el que Fuentes introduce a Juan Goytisolo en el canon latinoamericano —cosa que ya había hecho en 1969 en *La nueva novela hispanoamericana*— cuyas razones y argumentos son irreprochables. Pero no lo son tanto sus apuestas para el siglo XXI, resultan cuanto menos arbitrarias con sólo soslayar la ausencia de Roberto Bolaño. Silencio que quizá no sea otra cosa que un ajuste de cuentas frente al desdén que demostró el chileno en sus últimos años por la obra de Fuentes.

Con todo, *La gran novela latinoamericana* es un ensayo hartamente recomendable, ameno y, en algunos aspectos, esclarecedor. Pero como sucede que esa gran novela es, como Carolina Grau, el cruce entre el recuerdo del futuro y la invención del pasado y, por eso, el lugar del puro deseo, se trata forzosamente de una obra abierta. Y la prosa de Fuentes se revela mucho más feliz cuando anhela a la mujer ausente que cuando sueña a la gran novela que vendrá. □

Aprender a mirar

Jordi Gracia



LA RAMA QUEBRADA
José Félix Tezanos
Salto de Página
Madrid, 2011

A los sociólogos tendemos a asociarlos con el sopor y la lata retórica en los peores casos; en los mejores, a la solvencia meticulosa y analítica, a la aptitud para percibir en la espuma caudalosa de los datos menores las líneas maestras o el sentido de comportamientos colectivos habitualmente invisibles o anodinos para la mirada inexperta o peor entrenada. José Félix Tezanos pertenece a la segunda categoría pero desde este año pertenece a una tercera todavía más inesperada, aunque no del todo extravagante. El hermoso y clásico rótulo que titula este volumen no oculta un análisis político ni sociológico ni

pretende decorar un denso estudio científico porque es una novela. Pero además es una novela fundada en la mirada informada, escéptica e irónica de su autor, vertebrada a través de las peripecias de un personaje de otra galaxia cuyo fin en la Tierra es nada menos que comprender quién y qué son los humanos en los tiempos modernos, en plena aceleración tecnológica, integrados en los hábitos de consumo, de ocio, de sociabilidad y de formación de cualquier entorno occidental.

La tradición de este tipo de literatura es antigua y a menudo ha estado en manos de autores

corrosivos y nada complacientes con su sociedad. Y demasiado a menudo eso quiere decir también ideológicamente reaccionarios sin tapujos (como Quevedo), con matices importantes (como en el caso de Torres Villarreal) o sin rastro de reaccionarismo como es el caso del autor de *La rama quebrada*: aquellos hicieron reír a los lectores de sus *sueños*, como género fantástico de crítica social, ridiculizando las conductas, las modas, los hábitos. Tezanos ha optado por un modelo más valiente y atrevido porque en el fondo aspira a comprender piadosa e irónicamente las mutaciones de nuestro tiempo y también los costes de esas mutaciones: más próximo al Eduardo Mendoza de *Sin noticias de Gurb* pero sin la propensión puramente payasa que tan bien le sale a Mendoza.

Aquí el propósito es mostrar en el espejo limpio de un extraterrestre de buena fe las taras, las manías, los dolores y destrucciones que ha sido capaz de engendrar la realidad nueva de las sociedades occidentales, aunque es imposible evitar la asociación con numerosos ámbitos de la geografía española o de los fanatismos deportivos locales. Las virtudes de la amenidad y el ingenio se nutren de la capacidad de observación que se espera de un sociólogo pero también de algo que no suele poseer el científico social: una lengua, un estilo, y una capacidad para el juego lingüístico equí-

voco, para la interpretación dialógica, para el chiste verbal y la paradoja, muy inusual incluso entre novelistas, por decirlo así, profesionales. Y sin ganga: quiero decir sin sobredosis de ingeniosidades porque cada broma verbal tiene una intención irónica e incluso ideológica. El registro del estilo cambia sustancialmente en los informes que emite Adam a su lugar de origen y es en ellos donde quizá mejor se advierte la mano del profesional, como sucederá sobre todo en el último y crucial informe para comprender qué ha querido revelar Tezanos con esta novela: «Las cosas no son lo que parecen».

Por eso también la novela se convierte a lo largo de su andadura en la defensa de la complejidad moderna y esperanzada contra los catastrofistas y los apocalípticos simplones. Por eso en el fondo es también el relato de la formación del juicio por parte de un hombre intelectualmente bien dotado pero pésimamente informado desde su supervanzada galaxia de origen en torno al modo de ser contemporáneo: la lección implícita tiene que ver con la condena de los prejuicios, en este o en cualquier planeta, con la sensatez y la compasión, con la ironía y la distancia escéptica como herramientas de análisis de nosotros mismos, de nuestros felices chismes materiales y también intelectuales. □

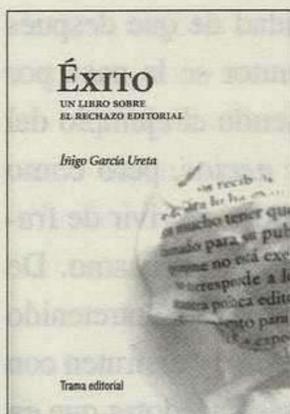
Amistades peligrosas

Paula Izquierdo

Lo primero que debe asumir un escritor o, más bien convenga decir, alguien que decide escribir y enviar su texto a una editorial, significa que si la editorial se lo devuelve, porque no está interesada, esto no implica que se le rechace a él como individuo, sino a ese *algo* con forma de manuscrito que envió en su día el aprendiz de escritor; más vale no perder la paciencia, pues probablemente pasen varios meses hasta que se lo remitan devuelto. Según explica Íñigo

García Ureta, cuando alguien escribe un libro puede optar por no enviarlo a la(s) editorial(es) y así no sufrirá ningún tipo de rechazo, y si lo hace y lo rechazan no significa que el texto sea bueno o malo, abyecto o una obra de arte. Hay millones de factores que influyen en que la decisión final del editor sea devolver el manuscrito, generalmente con una carta tipo.

Entre las páginas que ha escrito el autor y editor Íñigo García Ureta en *Éxito* hay miles de



**ÉXITO
UN LIBRO SOBRE
EL RECHAZO
EDITORIAL**

Iñigo García Ureta

Trama

Madrid, 2011

anécdotas, hechos reales o meros rumores, pero transcribe una cita de una carta que envió una revista a aquel que remitió —imaginamos que con toda su buena voluntad— a la redacción de dicha revista un manuscrito para que analizaran su posible publicación. Una cita que en este caso sí me parece vomitiva. Lo cierto es que, nos cueste dos años, tres o nueve, como le llevó a Javier Marías escribir *Tu rostro mañana*, no cabe duda que escribir una novela buena, mala, mediocre o regular implica un trabajo no sólo de atención y de búsqueda de coherencia, además de muchos otros factores; pensar en el tema a tratar, la búsqueda del punto de vista, los recursos narrativos a utilizar para que coadyuven a que la historia vaya en la trayectoria previamente decidida, la tensión dramática, la calidad de la sintaxis, los momentos de clímax o el / los cambio / s de dirección de la historia, el perfil de los personajes, los movimientos de estos dentro de la trama. Además de todo lo mencionado, escribir una historia requiere de un estado de soledad que muchas veces se hace insoportable. Bien: dicho lo cual, García Ureta recoge en su libro una carta de rechazo que resulta deleznable, y, además, coloca a quien la escribió en el último eslabón de la cadena humana; la transcribo a continuación:

«La habilidad de juntar palabras en una expresión comprensible o frase es lo que distingue a los seres humanos del diccionario o de otras especies de animales [nunca imaginé que los diccionarios fueran humanos] menos evolucionadas. Por favor, contáctenos de nuevo cuando alcance tal estado en su desarrollo».

Esta carta de rechazo de la revista *The Acorn* sí que es una bazofia, o también es posible que el mengano que la escribió ese día hubiera olvidado limpiarse los zapatos. El rechazo no es por definición sinónimo de fracaso; sin embargo, entiendo cómo se sentiría el receptor de estas líneas. Tampoco la publicación de un texto garantiza la felicidad, ni la fama, y mucho menos el éxito de ventas.

El problema con el que se batalla, y es difícil de superar, es ese sentimiento de culpa o de letraherido que un escritor padece cuando expone su obra al editor, ya que el editor no tiene por qué saberlo, y quizá ni siquiera se lo plantee, pero lo cierto es que con ese gesto de dejar en manos de un tercero el texto que le ha costado el tiempo que le haya costado, lo que está haciendo es entregarle su alma. O al menos así lo vive el

escritor. Comprendo que es muy difícil separar la obra del autor, pero es un ejercicio que todos los escritores debiéramos hacer.

Iñigo García Ureta compara el rechazo editorial con el desamor: si un buen día nuestra pareja nos abandona, no deberíamos considerar que no estamos a la altura o preguntarnos qué habré hecho yo para merecer esto. No, las personas cambian, el amor es un sentimiento subjetivo. Del mismo modo que una relación se acaba, cuántas relaciones, y ahora me refiero a aquellas entre editores y escritores, no empiezan nunca.

Por ejemplo, preguntada Ana María Moix, en su labor de editora, por el hecho de haber rechazado algún libro que más tarde se convirtiera en un éxito, contesta: «Nunca he rechazado un libro / autor que después fuera editado y lanzado a la fama. No es ningún mérito: tampoco he editado a ninguno que haya sido un *best-seller*. Si me ocurriera el caso citado, es decir, que rechazara un libro que lograra posteriormente un grandísimo éxito, me daría de cabezazos contra las paredes y me mesaría los cabellos como en las novelas rusas del XIX».

Evidentemente, como título esta reseña, las relaciones / amistades y odios entre autores y editores son siempre peligrosas. Estas relaciones siempre difíciles pueden o no llegar a buen puerto. Sin embargo, creo que lo más honesto es que el autor pretenda escribir una obra de arte y que el editor lea el manuscrito con la mayor atención y el menor prejuicio posible.

Pero a pesar de la creencia altamente extendida de que los editores son personas que dedican gran parte del día a leer manuscritos plácidamente, el caso de los editores independientes es muy diferente ya que tienen que gestionar una empresa y en muchas ocasiones atender la llamada a horas intempestivas de aquellos que han depositado «su alma» en las manos de dicho editor. De modo que la vida de un editor independiente no es ni mucho menos la existencia bucólica que todos tendemos a imaginar. Una editorial es un organismo vivo que hay que mantener, a veces con respiración asistida, para que no tenga lugar la defunción y pueda seguir jadeando, adelante. Así pues, tal y como aconseja el autor de *Éxito*: «Cuando te acerques a un editor, grande o pequeño, independiente o no, deberás tener presente que quizás éste lleva toda la jornada peleando con asuntos que poco o nada tienen que ver con el placer de la lectura. Y que bien puede haber

recibido 1.500 manuscritos que debe revisar antes del tuyo».

Entre los miles de factores que pueden facilitar o impedir la publicación de un libro se encuentra la figura del hacedor de informes de lectura. Este personaje es primordial para el posible recorrido del libro. Los editores, sobre todo los grandes, suelen disponer de distintos lectores para que hagan una primera criba del manuscrito. Depende, entonces, no ya de la calidad de texto, de la programación editorial del año en curso o del que viene, del gusto del editor, sino de la opinión de una persona que normalmente el autor nunca llega a conocer, pero del que depende que el informe sea positivo, es decir, favorable a la publicación o, bien, al contrario.

Siempre cabe la posibilidad de que después de treinta intentonas a un autor se le pase por las mientes suicidarse, siguiendo el ejemplo del autor de *La conjura de los necios*, pero como dijo Winston Churchill, el éxito es vivir de fracaso en fracaso y no perder el entusiasmo. De modo que les aconsejo que lean este entretenido y a veces desopilante libro, *Éxito*, y disfruten con las sabias opiniones y curiosas anécdotas que en él aparecen. Verán como leer, aspecto fundamental para ser escritor, les resarce consigo mismos y mirarán al resto de la humanidad sin agachar la cabeza, por muchos rechazos que hayan padecido. La vida es un permanente conflicto, y este libro demuestra que la literatura también. Pero, qué duda cabe: la perseverancia trae ventura. □

Un paseo por la ciudad sensual

Toni Montesinos



**SEVILLA,
UN RETRATO
LITERARIO**
Eva Díaz Pérez
Paréntesis
Sevilla, 2011

Poquísimas ciudades en el mundo que aúnen tanto encanto, arte e historia como Sevilla. Lo ha comprobado Eva Díez Pérez (Sevilla, 1971), y lo descubrirá el lector cuando conozca *Sevilla, un retrato literario*, un libro donde pulula una innumerable serie de escritores autóctonos, del resto de España o extranjeros que nacieron, vivieron o visitaron la capital andaluza en algún tiempo de los últimos cuatrocientos años y que dieron testimonio escrito de ello. Y es que «Sevilla es un inmenso y laberíntico mapa poético. Bajo la ciudad de charanga y pandereta o de la eternamente repetida imagen de postal, se oculta una cartografía de escritores casi siempre olvidados», afirma la autora en el prólogo. De tal forma que «en estas calles librescas nos toparemos con poetas ultraístas, tertulias de humanistas, *soirées* de vanguardia, barrocos metafísicos, gabinetes de ilustres y escuelas literarias que a lo largo de los siglos han ido forjando el imaginario de una ciudad literaria como pocas, aunque desgraciadamente sea más conocida por un ingrato catálogo de tópicos y folclorismos superficiales».

Por medio de dieciséis «paseos», Díaz Pérez, que ya había consagrado dos novelas históricas a Sevilla, nos lleva de la mano para enseñarnos las huellas visibles e invisibles de los escritores que pisaron las distintas áreas de su ciudad: los Alcázares, Santa Cruz, Alfalfa, Sierpes, La Alameda, El Guadalquivir, Triana... La escritora se convierte en una guía cultural de lo más completa y entretenida, pues documenta el trato literario que ha recibido cada zona que recorre, mezclando en sus explicaciones anécdotas, vivencias y libros de épocas lejanas o recientes con la actualidad. De tal modo que resulta natural que, por ejemplo, en el «Paseo segundo», después de ver cómo el checo Karel Capeck (el que acuñó, en una de sus obras, el término *robot*) observa la Giralda —«Así son las cosas en España: hay cimientos romanos, lujo árabe y razón católica»— nos crucemos con el Thomas Mann que, en la primavera de 1923, contempla la catedral, reconozcamos pasajes de varias *Novelas ejemplares*, pues «Cervantes conocía bien Sevilla, ya que residió durante algún tiempo, más desdichado que feliz, como

colector de impuestos», o nos acordemos del quevediano protagonista de *Vida del Buscón llamado Pablos* en la actual calle Alemanes.

Precisamente, Fernando Iwasaki —autor peruano de apellido japonés y adopción hispano—, en un libro también publicado por la editorial Paréntesis, *Sevilla sin mapa* (2010), señalaba la fuente de inspiración que ha supuesto el lugar para una gran cantidad de artistas foráneos: «Sevilla es una ciudad privilegiada, pues posee una historia singular y ella misma vive poseída por leyendas literarias y musicales. Sin embargo, mientras que su historia la han escrito los propios sevillanos, sus mitos han sido creados por viajeros, artistas, músicos y escritores de todo el mundo. Así, las grandes leyendas de Sevilla se fraguaron tanto en los libros de Prosper Mérimée, Théophile Gautier y Richard Ford, como en las óperas de Verdi, Bizet, Mozart, Rossini, Beethoven y Beaumarchais». Y en efecto, Fígaro, Carmen o Don Juan son mitos universales asociados con Sevilla, así como es frecuente relacionar la ciudad con muchos de los mejores poetas que ha dado la lengua española: Antonio Machado y Luis Cernuda, que nacieron allí, Juan Ramón Jiménez y Jorge Guillén, que vivieron momentos angustiosos previos a sus exilios, Federico García Lorca, que se hospedó en abril de 1935 en los Alcázares, donde leyó por vez primera «Llanto por Ignacio Sánchez Mejías», y Miguel Hernández, quien se escondió en el mismo sitio huyendo de los soldados franquistas en unos días, además, en los que Franco visitaba la ciudad.

Pero no sólo, obviamente, Díaz Pérez destaca a los escritores de más renombre, sino que por su libro pasan muchos que la historia ha desatendido y que tuvieron una importancia considerable en su momento. Es el caso de Joaquín Romero Murube, muy vinculado con las generaciones del 27 y del 36 por su actividad cultural y su cargo de alcaide conservador del Alcázar —paseaba con Paul Morand, «un habitual viajero en Sevilla», y André Gide, quien «aprendió a seguir sus sentimientos en Sevilla, una ciudad sensual que le ayudó a comprender su homosexualidad»—, o de José Marchena, «más conocido como el Abate Marchena, uno de los personajes más fascinantes de la historia española del XIX (...) uno de los pocos españoles que participó de forma

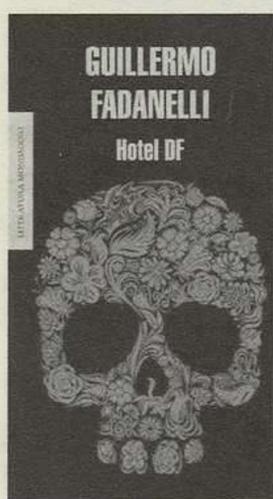
activa en la Revolución francesa». Asimismo, habría que citar muy especialmente a Rafael Laffón, autor de *Sevilla del buen recuerdo* (1973), «un libro de nostalgias, de lugares olvidados de la ciudad que son, en realidad, la infancia perdida del poeta (...) guía emocional de una Sevilla definitivamente perdida», la de inicios del siglo XX, «los que quizá atisbaron algo de lo que alguna vez fue la ciudad».

Porque la mirada de Díaz Pérez es cariñosa, pero no complaciente a secas, y también pone el dedo en la llaga en la forma en que Sevilla no ha sabido atarse a su pasado artísticamente glorioso: «Aún espera la estatua de Cernuda su lugar en la ciudad, un proyecto retrasado una y otra vez mientras los monumentos a sus toreros surgen como hongos. En el cementerio de Sevilla tampoco están sus mejores poetas, sino los exagerados mausoleos de sus toreros. Curiosa relación la de Sevilla con sus hijos más ilustres, con los que la hicieron de verdad inmortal». Porque inmortal es el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, que nació en la calle Redes en 1547 y recreó en su obra «la vida canalla de la ciudad»; o el fragmento de uno de los mejores observadores externos de la ciudad, Benito Pérez Galdós, que en *Fortunata y Jacinta* describe a la «romántica y alegre ciudad» a la que acude en viaje de novios la pareja protagonista. Lord Byron, Jean Cocteau, Washington Irving, Rubén Darío, Marguerite Yourcenar... la lista de escritores fascinados por Sevilla es inacabable. Thomas Mann dijo de ella: «Recordaré siempre el día de la Ascensión en Sevilla, con la misa en la catedral, la magnífica música de órgano y la corrida de fiesta por la tarde», y Théophile Gautier, tras alojarse en la calle Sierpes en 1840: «Es una ciudad grande, difusa, moderna, alegre, riente, animada. (...) El ayer no le preocupa, el mañana menos todavía; ella es sólo presente».

Este presente atrae tanto al turismo más convencional como a los viajeros más exigentes desde el punto de vista cultural. Ciertamente, los típicos prejuicios aún asolan la ciudad, una «descripción costumbrista de Sevilla, plana, tópica, sin matices, repetida y ya cansina», dice Díaz Pérez; pero en las calles y plazas, en los monumentos y arquitecturas, en los libros escritos en ella y sobre ella, también hay una Sevilla, para quien quiera buscarla y habitarla, que habla de la mejor literatura de todos los tiempos. □

Hotel DF

Alejandra Díaz Ortiz



HOTEL DF
Guillermo Fadanelli
Mondadori
México DF, 2011

Ubicada en el centro del centro de la ciudad más grande del mundo, la recién publicada novela de Guillermo Fadanelli (México, 1963) cumple con todos los requisitos de un viaje a las tripas de la capital mexicana: buen ritmo narrativo, los tópicos desarrollados y los tipos de los estereotipos, impecables. Declara Fadanelli que situó la historia en un hotel como una gran metáfora del Distrito Federal. Y nada más cerca de la verdad.

Para entender tal asociación de ideas hay que conocer la estrecha relación que guardamos los mexicanos con los hoteles. Nuestra cultura de hotel va más allá de las vacaciones o de los viajes de negocios. En un país en el que sobra humanidad en cualquiera de sus conceptos, gente, ruido, casas habitadas por familias demasiado numerosas, atascos, basura, noches y días sin transición, un cuarto de hotel se presenta como un pequeño oasis en el que poder aislarse, sea para pecar en compañía o para, precisamente, huir de los pecados mundanos.

El Hotel Isabel, sede de la trama, se ubica en la esquina que forman, por un lado, una de las calles donde, en una frontera del imaginario colectivo, se separan el mal menor del mal mayor del centro histórico: la de República del Salvador. En el otro vértice, la majestuosa calle de Isabel la Católica. Y es justo ahí donde la metáfora se va tornando realidad.

Lo mismo sirve para hospedar turistas extranjeros que para dar cobijo a los amantes furtivos. Admite, sin más preguntas, almas sin dueño: «Si usted se llama Pedro López, puede escribir Pedro López, de todas maneras nadie va a creer que así se llama». En el bar, siempre abierto, se da de beber a los mandrines de la ciudad como al Nairobi o al Boomerang Riaño, personajes disimulados entre músicos argentinos de gira. A su lado desayuna una española aburrida de estar aburrida que, sin pensarlo, cruza el charco con la esperanza de que México la solace. Inevitable, su carácter se revela incapaz de entenderse con la ciudad: «No soy un extraño, vivo

en esta ciudad. Si somos honestos, la desconocida es usted».

Respondiendo al mito urbano mexicano de que un hotel en el DF que se precie de haber ostentado alguna estrella debe ser, sin lugar a dudas, propiedad de emigrantes españoles, el Hotel Isabel es propiedad de unos asturianos que viven en Asturias. Se precisa la puntualización como parte de la trama. Por ello, no debe resultar extraño al lector que en la historia de Fadanelli y, como muda metáfora de los descubrimientos y conquistas que se han dado a lo largo de la historia del lugar, siempre esté presente un cuadro barato de la reina Isabel la Católica, mismo que desaparece la noche en que Camila Salinas (nombre de corrido mexicano) y su banda de delincuentes huyen con sesenta millones de pesos y un cargamento de armas. La pintura de la Reina Católica se la llevan de recuerdo, porque los mafiosos también tienen corazón: «¿La pintura? ¿Cuál pintura? A nadie le interesa. Si tuviera valor estaría en la pinacoteca, no en un jodido hotel».

Más que una novela, yo llamaría a *Hotel DF* una recopilación de relatos breves. Está dividida en tres partes, con sesenta y una historias, cuyo hilo conductor es el periodista Frank Henestrosa, *El Artista* (o, quizá, el *alter ego* del propio Fadanelli), que un buen día decide, con cinco mil pesos en el bolsillo, ser un turista en su propia ciudad: «Invadiré Europa sin subirme a un avión».

Henestrosa, un habitante más de los veintitantos millones que cohabitan en la urbe capitalina, es la mano que va abriendo cada una de las puertas de este hotel. En un juego literario que va de primera a tercera persona, Fadanelli nos hace padecer las dolorosas resacas de Stefan Wimer, junior alemán, güerito y simpático confundido con gringo, y los celos que ello conlleva: «El vicio más venenoso es ese puto amor por los rubios». Limpiaremos las botas de Gloria Manson, la mujer de un viejo y fracasado actor de comerciales. Comeremos

sardinas con La Señora, el jefe de la mafia local: «¿La historia de este barrio?: puta madre, dioses y cucarachas».

Porque la Ciudad de México es eso: un infinito montón de barrios que, como en el sistema planetario, van girando alrededor del eje central, del Zócalo a Tepito. De Tepito a La Doctores. De La Doctores a La Morelos y así, en círculos concéntricos, hasta dónde nadie puede asegurar que termina la capital. De la misma forma que el autor va moviendo a sus personajes, perdidos en la ciudad que nunca se detiene.

Como si de una mala musa se tratara, Fadanelli ama, y desprecia, a su ciudad. En *La otra cara de Rock Hudson* (Anagrama, 2004), el DF también es su escenario. Entre sus calles, sucias y malolientes, Johnny Ramírez va cometiendo una serie de crímenes mientras trata de encontrar el sentido de los mismos. Es una historia que le sirve al autor para reflexionar sobre una ciudad en la que, aparentemente, nada progresa. En *Lodo* (Anagrama, 2002), una novela sobre la pasión, opta por La Condesa, un barrio de clase media, más no por ello exento de pecados. No queda duda de que el autor se mueve muy cómodo por los callejones capitalinos.

Hábil en el manejo del lenguaje coloquial, y del muy particular *caló defeño*, en el que hasta la exótica palabra *ergástula* no se sale de lugar, la novela de Fadanelli me llevó a recordar algunas escenas de la película *El Callejón de los Milagros* (Jorge Fons, 1995), rodada en pleno centro de la capital y en la que una serie de personajes, igual de perdedores que los de su novela, pase o no pase lo que haya de pasar, nunca deja de jugar al dominó. Porque siempre debe haber algo con qué jugar para poder sobrevivir a la ciudad.

En *Hotel DF* el juego es femenino. Las mujeres que van apareciendo, tan derrotadas como ellos, cambian de colores y profesiones como si de un burdo maquillaje se tratase. Ahí está, bien retratada, la jefa criminal que igual maltrata a su marido que manda matar a los traidores. Eso sí, con cargo de conciencia. Descubrimos a la chica Lomelí, de profesión prostituta, ex presidiaria, con un balazo en el cuello y amante de un policía: todo lo que se espera de ella. Del otro lado de la balanza, la mujer decente, la mexicana honrada, la trabajadora resignada, la Jodida Flora. Amable, limpia las habitaciones, calla cuanto en ellas

acontece y regala maternales consejos a sus habitantes.

Confieso que me resultó algo chocante que Fadanelli diera voz al amor en el personaje de Sofía Sandler, una jovencita judía, de familia rica, rubia y hermosa, enamorada desde niña de su primo Gabriel, un artista plástico más imbécil que talentoso, misógino, pero lo suficientemente listo para comprender que es ella, un alma cándida a la que no duda en maltratar y pervertir, la única que podrá salvarlo de su propia destrucción: «Si decidí encerrarme en esta mazmorra fue para pasar unos días tranquilo, en el anonimato. ¿También debo escapar de ti, pinche vieja?». Evidentemente, Sofía —el amor incondicional— muere, víctima de sus buenas intenciones, mientras compra drogas en una calle oscura.

La otra mujer, la que se presenta como un inexorable colofón a la vida de Frank Henestrosa, es Susana Servín: «Bienvenido a la vida, *Artista*, ¿no querías un amor inusitado? ¿Un estímulo? He aquí el obsequio del Hotel Isabel: la mujer verdadera». Aunque la tal mujer verdadera sea coja e insulsa: «Susana y yo bebemos en silencio, conversar nos llevaría al desánimo».

Así pues, los estereotipos locales, cumplidos. «En el DF nadie extraña a nadie, todos desean la ausencia del otro», reflexiona Henestrosa, mientras cede el paso a su inevitable destino, a la Cojitranca Servín. Final feliz.

Por último, dos cosas inevitables para cerrar los tópicos. La primera, la cocaína, siempre omnipresente en la novela, buena para esnifar y buena para el negocio, depende del lado en que se esté. Y, por supuesto, las pistolas, ¿cómo no! ¿Alguien podría entender una novela sobre México sin ellas?

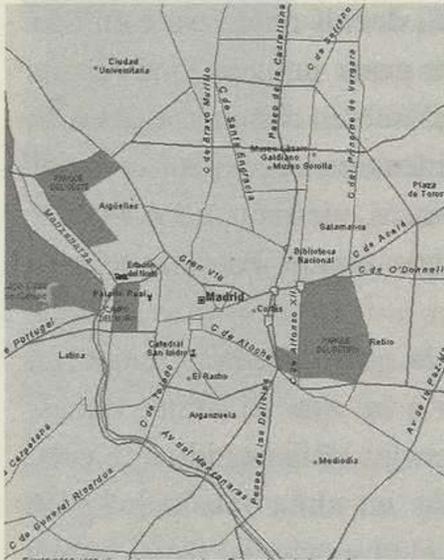
Mientras lo pienso, rapeo la letra de *Chilanga Banda* (Jaime López), que se ha convertido en el himno popular del DF con la versión del grupo Café Tacuba:

*Transando de arriba abajo
Ahí va la chilanga banda.
Chinchín si me la recuerdan
Carcacha y se les retacha.*

Como escribiera Roberto Bolaño, inevitable referencia en cuanto a literatura y al DF se trata: «Las metáforas son nuestra manera de perdernos en las apariencias o de quedarnos inmóviles en el mar de las apariencias». □

Correspondencia

Madrid



Juan Ángel Juristo

Agosto, mes propicio a Pan, se ha trocado durante unos días en Madrid en una versión posmoderna de la Semana Santa en tiempos que parecían definitivamente idos. Lo de la versión posmoderna es pertinente porque ayuda a explicar algunos de los sucesos un tanto surrealistas que han transformado durante una semana la capital de España en una suerte de ciudad sitiada por la dictadura del buen rollo, versión muy actual de la disuasión a hostias de otros tiempos.

Trátase, en el fondo, del

aggionamiento obligado de la Iglesia que, hay que reconocerlo, no es ni sombra de lo que fue no hace mucho. Trátase, en realidad, de hacer cumplir la afirmación heideggeriana de la manifestación del Ser, sólo que hoy día, como cualquier hijo de vecino un poco avisado sabe, la manifestación del Ser sólo acontece si existe la publicidad, el marketing. Sin él no hay Ser que exista porque no puede manifestarse, nadie es capaz de reconocerlo. Así que la Iglesia, ante la convocatoria de las Jornadas de la Juventud que ha reunido a cachorros católicos de los cuatro rincones del mundo con la presencia de Benedicto XVI en los días que van del 16 al 21 de agosto, ha desplegado todo su aparato mediático de gran empresa —lo que en realidad ha terminado siendo, después de haber pasado por ser la Gran Madre acogedora y el Martillo de Herejes de toda laya y condición, y, a la vez, representación del Poder como Estado Soberano, que es, y sigue siendo—, con un resultado que sobrecoge por su eficacia, todo hay que decirlo, ayudada, de forma fiel hasta parecer perruna, por los estamentos públicos españoles.

Comenzó todo el día mismo de la llegada de los peregrinos, cuando no había rincón en Madrid que no estuviese ocupado por corrillos de jovencitos entonando cánticos y canciones un poco pasadas de moda en guitarras malamente rasgueadas, cuando no había restaurante en Madrid que no estuviese lleno porque ofrecía, cuan gesto de Midas, baratos

menús del Peregrino, cuando el Metro estaba tan lleno que parecía a todas horas horario punta en un día de invierno, cuando no había modo si uno paseaba por las calles de quitarse esa procesión hormonal de camisetas amarillas y banderas al viento solano. ¿Qué hacer ante aquello? En realidad nada, resignarse. El gesto del viandante era, a este respecto, significativo. ¿Por qué tamaña resignación de una gente, como la madrileña, proclive al amago de bronca en pequeña escala sobre todo cuando el calor aprieta? La respuesta es complicada, por sutil, y tiene que ver con los modos de disuasión empleados por los últimos descubrimientos del marketing: el buen rollo. Todo consiste en ir con buen rollo. ¿Y en qué consiste la cosa? Desde luego en ofrecer un aspecto aseado, decente, en sonreír de continuo, como si uno estuviese en una agradable fiesta familiar, en no ofrecer en ningún momento actitud alguna que pueda interpretarse como gesto violento o desagradable, entre otras. Con ello se consigue todo: invadir una ciudad, ir casi gratis en el metro, comer de gorrilla, dar la tabarra en las calles con canciones inimaginables, cualquier cosa, en realidad, y tengo para mí, cuando a uno le aprieta la paranoia, que estos días papales en Madrid han sido en realidad un experimento ultramoderno de cómo invadir un país de modo que los paisanos no se percaten de la cosa hasta que pensando, pensando, terminen por darse cuenta de que al lado del buen rollo, la *blitzkrieg* como arma estratégica era pura inocentada de otros tiempos más rudos, brutales, de corraje y procesiones un tanto ruidosas.

Claro que todo tiene un límite. El día antes de que el Papa aterrizase en Madrid hubo manifestación de laicos, lo que no deja de tener gracia en un Estado que se dice aconfesional, y las Juventudes del Papa, hay que decir que en su versión de banderita española y algunas sudamericanas porque el que esto suscribe y que estaba allí no vio en el lugar muchachada norteamericana, belga, alemana o neozelandesa, estaban esperando a los sincristo en Sol para abroncarles porque nada fastidia más que a uno le quiten el buen rollo, es una manera de desenmascarar demasiado violenta, como cuando a un paranoico le dicen que lo es y la emprende a golpes con el mensajero, en fin, algo parecido a la rabieta de Göring cuando su triunfante aviación, que había machacado media Polonia, Bélgica, Francia y demás, se vio frenada en los cielos de Gran Bretaña. El buen rollo, ultimísima estrategia cristiana favorita en tiempos de paz, naufragó como metáfora en Sol aquella tarde.

Hay que decir que me temía lo peor. Mientas iba a Sol y a Tirso de Molina a ver cómo se desarrollaba la manifestación laica iba pensando que ante tanta hormona juvenil y el calor reinante, la cosa podía acabar mal. No acabó peor por la policía, que empujaba con amabilidad a los papistas mientras daba pescozones a los laicos en espera de que la noche, cómplice de tantas cosas, le permitiese ensañarse con el chivo expiatorio de siempre, aquel que tiene aspecto contestatario, desaliñado, anarcoide, que no tiene buen rollo, vamos. Y así fue, días tras día, hasta que las Juventudes del Papa terminaron esfumándose porque todo, hasta una invasión, tiene fecha de caducidad.

Pero lo más sorprendente, ha sido la surreal y perruna disposición de nuestros poderes públicos y las instituciones culturales, privadas o no, que han contribuido a hacer de Madrid en una semana de agosto, mes propicio a Pan, una versión edulcorada de una ciudad secuestrada por los ejercicios espirituales de otros tiempos. No ya por los confesionarios minimalistas, doscientos apostados en el Retiro, que recordaban una escena onírica propia de Fellini, al fin y al cabo esto puede tener su lado divertido y era pura parafernalia vaticana, como los zapatos rojos de Prada que calzaba Benedicto XVI, sino por la exposición del Museo del Prado con obras religiosas de excelente factura, como *El descendimiento de la Cruz*, de Caravaggio, cedido en esta ocasión por el Vaticano, o la muestra de la Thyssen, gratis, claro, titulada *Contextos* y que ha expuesto obras religiosas de Durero, Brueghel, Giovanni Paolo Pannini o Il Guercino, el visionado de películas religiosas el día del espectador en los cines de la calle Fuencarral en una versión de calidad —se exhibió la excelente *De dioses y hombres*, de Xavier de Beauvois—, de los filmes de romanos que nos ponían en Semana Santa en tiempos idos y nada añorados, la muestra rara, curiosa, de un auto sacramental de Calderón de la Barca, no estrenado en cuatrocientos años, *Año Santo en Madrid*, que trata del peregrinaje de un pecador hasta la capital, y una multitud de conciertos en las calles de Madrid que iban desde la curiosa versión a la americana de conciertos de música de películas, esto en Chamberí, a algo un poco más acorde con los tiempos en la Plaza de España con un concierto de música moderna cuyo título contenía la palabra LOVE, al marketing vaticanista no se le escapa una, y jugar inconscientemente con la Love Parade es un acierto publicitario.

Sin embargo, tanta disposición por parte de los poderes públicos y de los estamentos correspondientes hacia la cultura no dio los resultados apetecidos. La Juventud del Papa gusta de Via Crucis como el que tuvo lugar en Recoletos, con figuras de la pasión por doquier, de encuentros multitudinarios como el de Cuatro Vientos, mostrenco a todas luces, porque la tan cacareada sociedad del espectáculo de la que hoy tanto se habla ya fue inventada por el gesto barroco de la Contrarreforma, y lo que apetece es el mogollón, el sentirse juntos en rebaño ecuménico y, también hay que decirlo, el botellón nocturno, producto español tan conocido en el mundo como el Quijote, la Costa del Sol, el Real Madrid y el Barça. Mientras,

en el gallinero nacional no hubo tregua, como era de prever: petición de dimisiones de ministros, de delegados del gobierno, y todo ello en medio del buen rollo que se demostraron, como es deseable, los representantes del Estado español y el del Vaticano. El Papa no se mostró demasiado apostólico y las declaraciones oficiales no pasaron de abstractas consideraciones dignas de un oscuro galimatías budista ante los problemas acuciantes del momento, como que la economía debe estar hecha a medida del hombre y no al revés y cosas así, lo que deja a mucha gente con la agradable sensación de que en realidad ha criticado al capitalismo especulador e implacable.

Y el Papa volvió a su sede y sus Juventudes se esfumaron después de manifestaciones de laicos y de gays, que reivindicaron en su gueto de Chueca, no se mezclaron con las manifestaciones anteriores de anticristos que hubo lugar en días anteriores sino de manera tímida, alternativas familiares distintas a las defendidas por el Santo Padre. Fue una suerte de desenmascaramiento del buen rollo que venía bien después de los sucesos de Londres, tan concretos, tan desagradables... una lección de realidad, en el fondo, una lección de que este mundo está ahí, sin dar treguas arcádicas tan *kitsch* como la que se quiso representar en un Madrid calentado y calenturiento en el ferragosto. Ni por esas. □

COLABORADORES

- **JUAN IGNACIO MACUA**
Museólogo
- **JEAN MEYER**
Historiador mexicano
- **MARGARITA SALAS**
Bioquímica española. Profesora *Ad Honorem*
en el Centro de Biología Molecular
Severo Ochoa
- **ROSA PEREDA**
Periodista y escritora
Coordinadora de LETRA INTERNACIONAL
- **JORGE VOLPI**
Escritor mexicano

PORTADA

Alexandre Arrechea
*The past still remains open
for interpretation*
2011



TRADUCTORES

ELENA GARCÍA ARÉVALO
René Cuperus, Ann Catherine Jungar,
Werner A. Perger

LETRA INTERNACIONAL no se hace responsable de las opiniones de sus autores, ni se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre ellos.

Jean Meyer, por cortesía de la revista *Nexos*; ilustraciones del *Cuaderno Central*, por cortesía del artista; ilustraciones Jean Meyer, por cortesía de galería Raquel Ponce, Madrid; ilustraciones Jorge Volpi, por cortesía de galería Distrito Cuatro, Madrid; ilustraciones J. I. Macua, por cortesía de galería Casado Santa Pau, Madrid; fotografías de M. Sala cedidas por M. Salas; © de las reproducciones autorizadas VEGAP, Madrid, 2011.

Queda prohibido expresamente que cualquiera de las páginas de LETRA INTERNACIONAL sea utilizada para la realización de resúmenes de prensa a los efectos previstos en el art. 32,1, párrafo segundo, del TRLPI. Cualquier acto de explotación de la totalidad o parte de las páginas de LETRA INTERNACIONAL precisará de la oportuna autorización.

DISTRIBUCIÓN

ESPAÑA	Librerías: Latorre Literaria; Quioscos de prensa: COEDIS
ARGENTINA	Prometeo Libros - Avda. Corrientes, 1916 - 1045 Buenos Aires Teléf. y Fax: 953 11 65
CHILE	Editorial Contrapunto - Avda. Salvador, 595 - Providencia - Santiago de Chile Teléf.: 223 30 08 - Fax: 223 08 19
COLOMBIA	Siglo del Hombre Editores - Carrera, 32 n° 25-46 - Santa Fé de Bogotá Teléf.: 337 94 60 - Fax: 337 76 65
ECUADOR	Libri Mundi - Juan León Mena, 851 - Quito Teléf.: 544 185 - Fax: 504 209
EEUU	Distribuidora de Libros Nuevo Siglo - P.O. Box 430569 - San Ysidoro, Ca 92143 - 0569 Teléf.: 84 09 08 - Fax: 34 14 69
GUATEMALA	Librería Sophos - Avda. Reforma, 13-89 - Zona 10 - El Portal, Local 1 - Guatemala Teléf.: 331 63 11 - Fax: 334 68 01
MÉXICO	Gandhi México - Miguel A. de Quevedo, 134 - Col. Chimalistac - 01050 México D.F. Teléf.: 661 10 41 - Fax: 661 20 43 Fondo de Cultura Económica. Librería Octavio Paz - Miguel A. de Quevedo 115 - Col. Chimalistac - 01070 México D.F. Teléf.: 480 18 05 - Fax: 480 18 04
PERÚ	La Casa Verde - Pancho Fierro, 130 - San Isidro - Lima 27 Teléf.: 440 82 20 - Fax: 221 03 81
URUGUAY	Ediciones Trecho - Maldonado, 1092 - 11100 Montevideo Teléf.: 408 36 06 - 907 561 - Fax: 900 59 83
VENEZUELA	Distribuidora Noray - Los Mangos, Edificio Alfa Las Delicias de Sabana Grande - 1050 A Caracas Teléf.: 761 35 76 - Fax: 762 02 10

REDACCIONES

BERLÍN:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Frank Berberich
Redacción: Dirk Höfer
Elisabethhof, Portal 3 B, Erkelenzdam
59/61, 10999 Berlín

BUCAREST:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: B. Elvin
Redacción: Irina Horea, Alexandru Sahigian
Aleea Alexandru, 38, sectorul 1, - Bucaresti.

BUDAPEST:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Eva Karadi, Karolyi Mihály
Nagyened u. 11/A,
1123 Budapest.

COPENHAGUE:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Peter Nielsen
Mediefabrikken, Store Kongensgade 40 E, 3,
1264 Copenhague

PARÍS:
LA NOUVELLE LETTRE
INTERNATIONALE
Dirección: Antonin J. Liehm
Fundador de LETRA INTERNACIONAL
27 rue Ambrosie, - 75011 París

ROMA:
LETTERA INTERNAZIONALE
Dirección: Federico Coen, Biancamaria Bruno
Via Trebbia, 3 - 00198 Roma

somos lectores profesionales y nos reunimos en Guadalajara

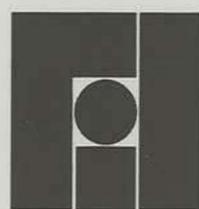
25 años
FIL Guadalajara

www.fil.com.mx

alemania
invitada de honor • guest of honor

26 NOV
4 DIC
2011
EXPO GUADALAJARA
MÉXICO

Guadalajara
International
Book Fair



Feria
Internacional
del Libro
de Guadalajara®



MARÍN
Fotografías 1908-1940

MARÍN

Fotografías 1908-1940

ISBN: 978-84-95886-54-5